

A black and white photograph of a man's torso. He is wearing a dark leather jacket that is open, revealing his bare midriff. He is also wearing a dark leather belt and jeans. His hands are tucked into his pockets. The lighting is dramatic, highlighting the textures of the leather and the contours of his body.

Noelia González Fernández

el gigoló seducido

eride ediciones



El gigoló seducido

Índice

[El gigoló seducido](#)

[Sinopsis](#)

[Cita](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

Cubierta y diseño editorial: Éride,
Diseño Gráfico Dirección editorial: Sylvia Martínez
Primera edición: agosto, 2016
El gigoló seducido
© Noelia González Fernández © éride ediciones, 2016
Collado Bajo, 13
28053 Madrid
éride ediciones
ISBN: 978-84-16596-94-2
Depósito Legal: M-30061-2016

Diseño y preimpresión: Éride, Diseño Gráfico Imprime: Safekat, S.L.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Este libro protege el entorno

Noelia González Fernández

El gigoló seducido



Sinopsis

Alison, una chica joven, con un trabajo estable y una vida sencilla, se encuentra, de un día para otro, con la peor noticia que le podrían dar: se está muriendo. A partir de entonces, decide hacer todo lo que siempre quiso hacer antes de que sea demasiado tarde. Contrata a un gigoló, Marc, segura de que con un profesional podrá disfrutar de todas las experiencias sexuales habidas y por haber, además de asegurarse de que los sentimientos no serán un problema. Lo malo es que el corazón no entiende de situaciones complicadas y termina haciendo acto de presencia por parte de ambos. Los dos se gustan, se atraen, todo es perfecto. Hasta que llega el día en que todo se descubre, y aquello que fue en un principio de color rosa, se vuelve negro.

*Para todas aquellas personas que tienen un sueño:
no se detengan, pues los sueños se hacen realidad.*

*Para mi abuela,
que no pudo ver este preoyecto terminado.*

Prólogo

Nunca piensas en lo corta que es la vida hasta que llega el día en que te dicen que se te acaba. Ahí es cuando verdaderamente te das cuenta del tiempo que has perdido en tonterías, que no podrás hacer realidad el sueño de tu infancia de convertirte en princesa, ni el de tu adolescencia de ser profesora, o el de adulto de formar una familia. Simplemente porque no te queda tiempo.

Así que decidí que el poco tiempo que me quedase de vida, lo iba a aprovechar al máximo.

Capítulo 1

—Alison, no puedes seguir así. Deberías ir a un médico y que te recete algo — mi amiga y compañera Brenda se preocupó al ver mi estado.

—Ya me estoy tomando un calmante —dije mientras me apretaba el estómago.

—Y ya ves de lo que te está sirviendo.

En ese momento me dio tal dolor que me tuve que agarrar a la mesa antes de caer al suelo.

—Definitivo, de hoy no pasa.

El dolor era demasiado fuerte, por lo que apenas me di cuenta de que Brenda me estaba pidiendo cita en el médico para aquella misma tarde.

—Hecho. El médico te verá a las cinco.

—¿Te das cuenta de que ya soy mayorcita? —dije algo más recuperada.

—Pero es evidente que no tienes ni idea de cómo cuidarte —me dijo mientras apoyaba la cadera en una de las mesas y cruzaba los brazos a la altura del pecho con aire chulesco.

—Marimandona.

—Ya, pero no te queda otra que gastarme así.

—No tendría que hacerlo si te despidiera.

—No puedes hacer eso. Uno, soy tu socia; y dos, no hay nadie en este mundo que te aguante, salvo yo.

No pude evitar sonreír ante su comentario. Tenía toda la razón.

—Está bien, socia —hice hincapié en lo de «socia»—, será mejor que te pongas a trabajar, tenemos clientes a los que atender.

Brenda desapareció por la puerta, no muy convencida de mi estado, pero le dije con la mano que se fuera, que ya me encontraba bien. Aunque no era cierto. Desde hacía unos días los dolores de estómago eran cada vez más fuertes y frecuentes. Casi no comía, tenía ojeras, había perdido peso... en fin, que estaba horrible. Pero aun así no quería ir a los médicos. No confío en ellos, no después de... Noté que dos lágrimas habían escapado de mis ojos, por lo que me las sequé y me dispuse a seguir con la masa de galletas que estaba preparando.

A las cinco menos cinco estaba entrando por la puerta de la consulta, y antes de darme tiempo a posar el trasero en las sillas de la sala de espera, la puerta se

abrió, salió un hombre y detrás una mujer vestida de blanco con una lista en las manos.

—¿Alison Gallardo?

—Soy yo.

—Pase.

Agarré el bolso con tanta fuerza que los nudillos se me pusieron blancos, cogí aire y me di valor para entrar en la consulta. Cuando lo hice vi que detrás del escritorio había un hombre de mediana edad escribiendo algo en unas hojas.

—Siéntese, por favor —me indicó la mujer que me había hecho pasar.

El doctor permaneció unos minutos más escribiendo y luego levantó la cabeza.

—Buenas tardes, soy el doctor Wilson —me dijo mientras me daba la mano para estrecharla—. Dígame... —buscó mi nombre en la ficha—, Alison, qué le ocurre.

—Me duele el estómago.

El doctor bajó de nuevo la vista para escribir, pero como no seguía hablando, levantó la cabeza y me miró, esperando que dijera algo más.

—Si no me dice nada más, no sabré qué le pasa.

—Ya le estoy diciendo lo que me pasa. Me duele el estómago.

—Ya veo. Verá, Alison, no sé si se lo habrán dicho cuando era pequeña, pero los médicos somos buenos, curamos a la gente, y venir a visitarnos no siempre implica una inyección. Así que haga el favor de tranquilizarse, ¿de acuerdo?

—Discúlpeme, pero no me gusta —el doctor me miró de forma extraña—. No tengo nada personal en su contra. Me refería a que no me gustan los médicos.

—Está bien. Empezaremos de nuevo. ¿Qué te ocurre?

Noté el sutil gesto de tutearme para tranquilizarme, y se lo agradecí, aunque no surtiera ningún efecto.

—Hace días que me duele el estómago. Unas veces más que otras, pero esta mañana ha sido más fuerte que las otras veces.

—¿Desde cuándo te duele?

—Desde... —miré a la pared que había detrás del hombre intentando recordar—, no sé, dos meses y medio o tres.

—¿Y llevas aguantando dolor desde entonces? —dijo el doctor mirándome asombrado. Yo incliné la cabeza afirmativamente—. ¿Y por qué no viniste antes?

—Ya se lo dije, no me gustan los médicos.

El doctor bajó de nuevo la cabeza y siguió escribiendo.

—Describeme cómo es el dolor.

—Empezó siendo un dolor normal, como si me hubiera sentado algo mal. A

veces me daban pinchazos, pero como puede ver, no le presté la menor importancia. Los días pasaban y el dolor aumentaba gradualmente al igual que los pinchazos. Era aguantable hasta hace unos diez días. El dolor es muy fuerte y los pinchazos son mucho peores que antes.

—Has dicho que esta mañana ha sido la vez más fuerte, ¿verdad?

—Sí. Estaba trabajando y me han empezado los pinchados tan fuertes que casi me desmayo.

—Vale, tumbate en la camilla.

Dejé mis cosas en la silla en la que estaba sentada e hice lo que me pedía. El doctor se levantó y se acercó a mí frotándose las manos.

—Descúbrete el vientre —lo hice mientras le miraba las manos con miedo. Él se dio cuenta—. Tranquila, solo me estoy calentando las manos antes de tocarte. Quiero que me digas cuándo te duele.

Yo asentí con la cabeza, conteniendo la respiración. Empezó a tocarme cerca de los costados, apretando con los dedos y moviéndolos ligeramente en círculos.

—¿Duele?

—No.

Fue moviendo las manos por todo el perímetro del vientre, pero cuando llegó al estómago, chillé.

—¿Ahí duele?

Asentí otra vez, pues era incapaz de hablar en ese momento. Siguió tocándome por la zona, produciéndome un dolor insoportable.

—Por favor, pare —le dije cuando ya no pude aguantar más.

—Está bien, ya te puedes levantar.

La mujer de antes, que resultó ser una enfermera, me ayudó a ponerme en pie.

—¿Te encuentras bien? Estás un poco pálida.

—Sí, se me pasará enseguida.

El doctor se había sentado tras el escritorio y estaba escribiendo todo lo acontecido en el informe.

—¿Qué me pasa? —le pregunté una vez me hube sentado de nuevo en la silla delante de él.

—Tienes dolor localizado en un punto bastante exacto, pero no sé por qué. ¿Te estás tomando algo para el dolor?

—Sí —le dije el nombre del calmante—, pero no me hace demasiado efecto.

—Te mandaré otro —y siguió escribiendo—. Esto es lo que vamos a hacer. Quiero que en esta semana te hagan una analítica y una ecografía de estómago, y que te den cita para mí la semana que viene —hablaba casi más para la enfermera que para mí—. Si en estos días ves que te pones peor, notas algo

extraño, lo que sea, te vienes antes. ¿Entendido?

—Sí, doctor.

—Pues entonces nos vemos la semana que viene —dijo tendiéndome un papel que previamente le había entregado la enfermera para que lo firmara.

Salí de la consulta más rápido de lo normal, pero necesitaba tomar aire. El miedo de estar allí, sumado con el terrible dolor que sentía en ese momento, me estaba agobiando demasiado.

De camino a la tienda me paré en una farmacia a comprar el medicamento que me habían recetado. Al llegar vi que Brenda estaba en la puerta.

—¿Qué te han dicho? ¿Qué te han mandado tomar? ¿Es grave? ¿Tienes que volver? ¿Sabes que tienes mucho peor aspecto que antes? ¿Se lo has contado todo al médico? Seguro que te has callado un montón de cosas para salir antes, como si lo viera.

Empecé a agitar las manos para intentar tranquilizarla, pero fue inútil.

—¿Te quieres callar y dejarme llegar? —la solté casi gritando. Se calló al instante.

—Perdona, pero estaba preocupada por ti —dijo bajando la mirada a los pies.

—Ya lo sé —dejé el bolso en el banco que había en la entrada y la abracé—. Y te lo agradezco.

—Bueno, cuéntame lo que te han dicho —me instigó soltándose del abrazo.

—No me han dicho nada. Me han mandado unas pruebas y que vuelva la semana que viene.

—¿Y ya está?

—Y me han recetado un calmante.

—Repito. ¿Y ya está?

—No pueden hacer más hasta que no tengan las pruebas que confirmen lo que me pasa.

—Pues entonces te acompaño a las pruebas.

—De eso nada. Alguien tiene que quedarse en la tienda. Además, tú no puedes pasar conmigo a las pruebas. De verdad, me ayudas más quedándote aquí.

—Está bien.

Aquellos días el trabajo en la pastelería eran demasiado para mí sola. Tenía que ocuparme de que el pan que estaba en el horno no se quemara, había que enrollar el hojaldre para las palmeras y los cruasanes, montar la nata para rellenar los pasteles, hacer jarabes... en fin, demasiado. Antes me ayudaba Macarena, la mujer que habían contratado mis padres cuando abrieron el negocio, pero había dejado el trabajo para ayudar a una de sus hijas que había tenido un bebé.

Aunque tener tanto trabajo tenía su ventaja: me ayudaba a olvidarme, mientras no me dieran los malditos pinchazos, de las pruebas que me tendría que realizar en unos días.

Y dicho día llegó antes de lo que me esperaba. Había tenido que ir por la mañana temprano al centro médico para hacerme los análisis de sangre en ayunas, y una hora después tendría la ecografía, también en ayunas. La verdad es que estaba bastante tranquila, teniendo en cuenta mi desagrado por todo lo relacionado con la Medicina, pero solo hasta que llegó la hora de hacerme la ecografía. Sabía que eso conllevaría dolor, pero yo creo que al desgraciado que me hizo la prueba le ponía oír mis quejas, porque cuanto más le decía que me estaba haciendo daño, más apretaba el puñetero aparato contra el estómago.

Al terminar salí pitando de allí, pero al parecer no tenía muy buen aspecto, ya que una de las celadoras que me encontré por los pasillos me obligó a acompañarla y tomar algo de agua hasta que me recuperase un poco. La verdad es que después se lo agradecí mucho. Aunque todavía quedaba lo peor, la espera hasta el día del diagnóstico, dentro de tres días. Solo esperaba que pasasen rápido.

Pero no. Los días se me hacían eternos a pesar de la cantidad de cosas que había por hacer, no era capaz de concentrarme en nada, estaba demasiado nerviosa. Además, tener a Brenda preguntándome cada dos por tres cómo me encontraba y vigilándome por el rabillo del ojo cuando estaba atendiendo a alguien no me estaba ayudando.

Al fin el gran día llegó.

—Bienvenida de nuevo, Alison.

—Hola, doctor.

—¿Cómo has pasado estos días?

—La verdad es que entre los nervios y las pruebas, no demasiado bien.

—Entiendo.

—¿Tiene ya los resultados de las pruebas?

—Sí, los tengo.

—¿Y?

—Necesito hacerte una última prueba.

—¿Otra?

—Sí. Una biopsia.

—¿Una biopsia?

—Sí. Mañana mismo tendrás que estar aquí a primera hora de la mañana y en ayunas. Te realizaremos la prueba y, en cuanto te encuentres bien, te podrás ir a casa. De momento es lo único que te puedo decir.

—Ya, pero...

—No puedo darte más datos hasta que no tenga el resultado de la biopsia.

Por más que intenté sonsacarle algo más de información al doctor, no fui capaz, no me quería decir nada por si estaba equivocado. Lo único que me dijo fue que intentara relajarme lo más que pudiera aquella noche. Fui incapaz. No dejaba de darle vueltas a la biopsia esa que me tendrían que realizar al día siguiente. El doctor me comentó que me tendrían que dormir ligeramente, sedar, creo que dijo, para evitarme todas las molestias posibles, y que me podría marchar a casa cuando me encontrase bien. La verdad es que me parecía raro que me mandara las pruebas de un día para otro cuando, por lo general, hay unas listas de espera interminables.

La espera se me hizo aún más eterna que la de los días anteriores, pero una vez más, ya me encontraba sentada en la dichosa sala que precede a la entrada de la consulta.

—Alison, su turno —dijo la amable enfermera una de las veces que salió.

Al entrar aquel día vi que el doctor no estaba escribiendo en los informes como otras veces, sino que estaba mirando hacia la puerta.

—Buenos días, doctor.

—Buenos días, Alison. ¿Qué tal estás hoy?

—Al grano, doctor. Y esta vez quiero que me diga todo lo que sepa, por favor. ¿Qué tal los resultados?

Vi que el doctor dejaba salir el aire mientras depositaba las gafas encima de la mesa.

—No voy a mentirte, Alison. No tienen buena pinta.

Aquellas palabras casi me paralizaron. ¿Qué quería decir con que no tenían buena pinta?

—Perdone pero, ¿puede ser más claro?

—El análisis muestra ciertos parámetros alterados, y la ecografía... muestra unas... unas masas...

—Por favor, doctor...

—Las pruebas mostraban diversas masas de tamaño considerable, de ahí que decidiera hacerte la biopsia ayer, para concretar lo que eran.

—¿Y bien?

—Tienes tumores malignos en el estómago. Tienes cáncer.

«Cáncer». Una de las palabras más temidas por la población, si no la que más.

—Cáncer —repetí.

—Lo siento.

—Bueno, supongo que ahora me tocará empezar un tratamiento, ¿no?

—No habrá tratamiento.

—Entonces, ¿qué otra posibilidad hay? ¿Operar?

—En tu caso... ninguna.

—¿Qué quiere decir con que no tengo ninguna?

—Lo que quiero decir es que...

En ese momento lo vi todo claro. La urgencia de hacerme las pruebas, los titubeos del médico... todo claro.

—Me muero.

El médico tragó saliva mientras miraba sus manos entrelazadas encima de la mesa. El silencio que siguió podía cortarse con un cuchillo.

—Lo siento.

—Pero, ¿cómo...?

—El cáncer no duele.

—Pero a mí me duele, entonces no será cáncer.

—No duele si no está en un estado demasiado... avanzado.

—¿Cómo de avanzado?

—Terminal.

—Pero si a mí solo me duele el estómago...

—Lo siento mucho, de verdad. Desde que ayer me dieron los resultados poco después de hacerte la prueba, estuve comentando tu caso con los expertos del centro. De hecho, va a venir a verte un...

En ese momento llamaron a la puerta, la cual se abrió dejando pasar a la enfermera, seguida de un hombre.

—Disculpe, doctor, pero acaba de llegar el doctor Peterson.

—Gracias, Ángela.

Cuando la enfermera se fue me presentaron a aquel hombre.

—Alison, éste es el doctor Peterson, jefe del área de Oncología del centro.

El hombre me estrechó la mano y se sentó en la silla que había a mi lado.

—¿Cómo está?

—Podría estar mejor, la verdad.

—Me figuro.

—Con él fue con quien estuve comentando ayer los resultados de las pruebas, y he creído que sería mejor que fuera él quien te comentara el caso —dijo el doctor Wilson.

Me giré en dirección al mencionado a la espera de una explicación.

—Supongo que ya te habrá comentado algo Wilson, pero tienes diversos tumores repartidos por el estómago, tumores malignos, que según los resultados obtenidos, indican que se encuentran en un estado muy avanzado, por lo que el uso de quimioterapia y demás no daría resultados positivos. ¿Operar? Es otra opción, pero en tu caso tampoco supondría nada por el estado en que te

encuentras.

—Pero si yo me encuentro relativamente bien...

—Es lo malo que tiene el cáncer, que cuando da la cara, hay veces que es demasiado tarde.

Solté un sonoro suspiro, apoyé el codo en el brazo de la silla y me sujeté la cabeza por la frente.

Me rondaba la temible pregunta, pero no me atrevía a formularla.

—¿Cuánto tiempo me queda? —pregunté a ambos, recomponiéndome. Ambos doctores se miraron, sin querer darme ninguno de los dos una respuesta.

—Poco —contestó el doctor Peterson.

—¿Cuánto?

—Tres meses. Cuatro a lo sumo.

—Dios mío... —dije mientras me encogía en la silla.

—Lo siento.

—Le agradecería que dejara de decir que lo siento, por favor.

—Como quiera. Si necesita cualquier... —en ese momento le sonó el *busca* —. Perdonad, pero hay una urgencia y me necesitan —se volvió a mirarme otra vez—. Si necesita cualquier cosa, por favor, avíseme.

—Gracias. Y perdone mis palabras de antes.

—No se preocupe, es normal que reaccione así ante una noticia como ésta — y sin decir más, salió de la consulta.

Cuando se cerró la puerta miré de nuevo al doctor Wilson.

—¿Y ahora qué? —le pregunté.

—Te recomiendo que si hay algo que quieras hacer, lo hagas rápido, disfruta lo más que puedas de todo aquello que te gusta. Intenta hacer realidad tus sueños.

—¿Qué voy a sentir?

—Tu cuerpo se irá degenerando poco a poco, aunque habrá momentos en los que parezca que estás sana, incluso puede que muestres una ligera mejoría, pero no quiero darte datos concretos para no condicionarte, y te haré venir alguna que otra vez para ver cómo evolucionas. Pero no quiero que te preocupes.

—¿No quiere que me preocupe? ¿Me voy a morir en cuestión de unos meses y no quiere que me preocupe? Usted no tiene ni idea de lo que estoy sintiendo ahora mismo.

—Sí. Sí que lo sé. Lo sé porque lo veo cada día. Y no hay peor cosa para un médico que no poder curar a uno de sus pacientes y tener que ver cómo lo pierde —dijo levantado ligeramente la voz, sin llegar a gritar, pero lo suficiente para intimidarme—. Perdona, no era mi intención, pero situaciones como ésta, en las que no puedo hacer nada...

—No se preocupe, tiene razón en lo que ha dicho. Pero es que aún no me creo todo lo que acaba de pasar. Parece el guión de una película —dije mientras me levantaba—. Ya no le molesto más.

Vi que el hombre se levantaba y rodeaba la mesa.

—No eres una molestia —dijo parándose a mi lado—. Te iré llamando para ver cómo estás, no hace falta que vengas siempre, y si necesitas cualquier cosa, ven directamente aquí.

—Está bien. Gracias por todo, doctor.

—Ánimo, Alison —dijo justo antes de abrazarme.

—Gracias.

Salí de la consulta como una zombi. No me daba cuenta de nada de lo que hacía, simplemente mis piernas me llevaban por instinto. Antes de lo que me hubiera gustado me encontraba delante de la tienda. Quise irme a otro sitio, pero Brenda ya me había visto por la cristalera y estaba saliendo de detrás del mostrador. Entré.

—¿Qué te han dicho?

No podía decirle que me estaba muriendo. Eso sería demasiado.

—Nada.

—¿Cómo que nada? Algo te habrán dicho, digo yo.

—Que tengo un virus.

—¿Un virus? ¿Todo esto por un simple virus? —Es que es un virus muy latoso que tardará en curarse. —¿Y qué es lo que tienes que hacer?

—Dejar que pase el tiempo, que se irá como vino. —¿Seguro que solo es un virus? Tienes una pinta horrible.

—Sí. Lo que pasa es que me han estrujado de nuevo el estómago y ahora tengo mal cuerpo.

—¿O es que no me quieres contar lo que de verdad te han dicho?

¿Cómo era posible que siempre se diera cuenta de todo? Supongo que es lo que tiene el no estar acostumbrada a decir mentiras y el llevar tantos años siendo amigas.

—Eso es todo lo que me han dicho.

—Está bien —me contestó, no muy conforme con mi respuesta.

—¿Te importaría cerrar hoy? No me encuentro demasiado bien y me gustaría tumbarme un rato a descansar.

—Claro. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Salí de la pastelería y me fui a casa. Al llegar me dirigí a mi habitación, me desplomé en la cama sin molestarme en cambiarme de ropa y dejé salir las lágrimas que llevaba conteniendo desde que salí de la consulta.

Capítulo 2

Los días siguientes a la fatídica noticia fueron horribles. Llegaba tarde a abrir la pastelería, hice mal las masas, quemé varias hornadas... en fin, era incapaz de concentrarme, y por si fuera poco, estaba de un humor de perros. Y la pobre Brenda, que antes de toda esta situación no me dejaba ni a sol ni a sombra por si me daban los terribles dolores, ahora hacía lo imposible por apartarse de mi camino. Y eso no podía seguir así. No me podía hundir, no ahora. No cuando nadie sabe qué es lo que me pasa. Les había contado a Brenda y sus padres que lo que me ocurría era un virus y que se me pasaría con el tiempo. Aunque precisamente tiempo era lo que no tenía.

Era domingo por la tarde y la tienda estaba cerrada. Solía aprovechar estas tardes para adecentar la casa, leer, ir a algún centro comercial y hacer la compra... Pero este domingo no sería así. Desde que llegué a casa lo único que hice fue ponerme el chándal más cómodo y viejo que tenía, sacar del congelador la tarrina de helado *antideprey* tirarme en el sofá como un trapo a llorar. Y ya estaba harta de esa situación.

—Hasta aquí he llegado —dije saltando del sofá sin darme cuenta de que tenía el helado, medio derretido ya, encima, el cual salió volando al levantarme—. ¡Mierda! —grité, y salí pitando a buscar algo para limpiar la mancha antes de que se secase.

Una vez hube puesto remedio a aquel estropicio, me senté de nuevo en el sofá, esta vez como una persona, y me puse a reflexionar sobre lo que me había dicho el doctor:

«Te recomiendo que si hay algo que quieras hacer, lo hagas rápido, disfruta lo más que puedas de todo aquello que te gusta.

Intenta hacer realidad tus sueños».

Mi sueño, el único que tenía, era ser feliz. Desde que era pequeña siempre había visto a mis padres con una sonrisa perpetua en la cara, buscando siempre la caricia del otro, cogidos de la mano cuando me llevaban al parque. Se querían, se amaban, y eso era todo lo que necesitaban. Y eso era lo que yo quería, lo que yo necesitaba en ese momento.

Desde que murieron no he tenido a nadie que fuera mío. Es verdad que los padres de Brenda me acogieron en su casa porque yo no tenía familia y me trataron como si fuera su propia hija; pero eran eso, los padres de Brenda. No podía decir que eran los míos. Y Macarena, que también había permanecido junto a mí en aquellos terribles meses llevando lo mejor que podía la pastelería, tenía su propia familia. Así que, ¿a quién tenía yo? A pesar de estar rodeada de gente todo el tiempo, no tenía a nadie. Y estaba decidida a ponerle remedio. Aquella noche iba a hacer lo que siempre me decía Brenda que hiciera: salir de caza.

«Alison, tienes veinticuatro años, sal a la caza de un maromo que te alegre la noche, ¡diviértete!».

Y eso es lo que pensaba hacer.

Me fui al armario y busqué la ropa más sexy y de zorrón que pudiera tener escondida en aquel batiburrillo de prendas. Me decanté por una minifalda de color negro, más parecida a un cinturón ancho, y por la camiseta que me regaló la propia Brenda el año pasado para mi cumpleaños. La tenía sin estrenar, no me atrevía a ponérmela. Era de color rojo, muy ajustada y con un escote que no dejaba nada a la imaginación. Ya sé que era raro que una chica de mi edad y en estos tiempos pensara así, pero yo me consideraba de las chicas de «la vieja escuela», la típica pava remilgada y vergonzosa. Dejé toda la ropa encima de la cama y busqué el calzado más conveniente al atuendo. Y lo encontré: botas negras altas con tacón de vértigo, también regalo de Brenda.

Cuando lo tuve todo listo me metí en el baño para empezar a prepararme. Me duché, me lavé el pelo, me puse un montón de potingues por el cuerpo... pero aún tenía un gran problema por resolver. ¿Qué hacía con el pelo? Lo tenía largo, ondulado y difícil de domesticar. ¿Una coleta alta? Demasiado de diario. ¿Un recogido? Demasiado de fiesta... Al fin me decanté por intentar una técnica que había visto hacía unos días en Internet: fui cogiendo mechones no demasiado finos, enrollaba las puntas, las cubría con papel de plata, les pasaba las planchas, y al quitar el paquetito... *voilà*, aparecía un rizo perfecto. Así seguí con todos los mechones y al terminar me metí los dedos por el pelo, igual que aparecía en el vídeo que había visto, y me despeiné todo lo conseguido hasta ahora. Me encantó el resultado, y ya me había quitado una cosa. Ahora tocaba el maquillaje. Me pinté como una puerta, y al mirarme en el espejo casi no me reconocí, pero no importó. La verdad es que no quería que nadie a quien conociera me viera con esa guisa. ¡Qué vergüenza!

Ya por la noche, justo antes de salir, me saqué una foto para enseñársela al

día siguiente a Brenda, «porque si le cuento lo que tenía pensado hacer y cómo iba, seguro que si no le muestro una prueba, no se lo creerá». De hecho, en ese momento, mirando la foto en el móvil, tampoco yo me lo creía.

Al salir, abrí la puerta de la calle muy despacio y saqué ligeramente la cabeza para cerciorarme de que no había nadie. Seguía viviendo en la misma casa en la que habían vivido mis padres, por lo que todos los vecinos me conocían. ¿Qué diría la encantadora pareja de ancianos que vivía enfrente si viera a su «dulce y angelical Alison»? Seguro que ni siquiera me valdría regalarles una caja diaria de las pastas que tanto les gustaban a ambos. Escuché que una puerta se abría y me metí corriendo en casa dando un portazo, y hasta que no dejé de escuchar ruido, no salí. En mi segunda intentona lo quise hacer tan rápido que casi me caí. Definitivamente, los tacones altos y yo no éramos muy buenos compañeros de viaje.

Ya en la calle, puse rumbo a la zona en la que se concentraban todos los locales de copas. A pesar de que era relativamente temprano para salir de fiesta, había bastante gente ya por la zona. Me decanté por el local al que tan solo había entrado una vez en una de las raras ocasiones en la que Brenda había conseguido arrastrarme hasta las tantas de la noche. En el interior fui paseándome por toda la sala hasta llegar a la barra, pero ningún chico me llamó la atención, por lo que decidí esperar a que entrara más gente antes de hacer la evaluación final. Al sentarme se acercó un camarero.

—¿Qué vas a tomar, preciosa?

—Una cola, por favor.

—¿Una cola? ¿Y no prefieres algo más fuerte? —¿Prefieres que la pida en otro sitio? —le dije sonriendo con sarcasmo. El hombre se giró y al instante me trajo el pedido. No le di ni las gracias.

Los minutos pasaban y yo cada vez estaba más aburrída. La música no me gustaba nada, el ambiente estaba muy cargado de tanta aglomeración de gente, me dolía todo de haber estado la mayoría de la noche de la misma postura, y mañana, o mejor dicho, hoy, tenía que madrugar, así que pagué mi consumición y me levanté de la silla. Un suplicio, pues las botas me estaban matando los pies, y eso que solo había salido a bailar una vez con un chico, bastante majo, por cierto.

—Menudo desperdicio de noche —dije en voz baja.

—¿Ya te marchas, bombón?

Escuché la pregunta detrás de mí y me giré.

—¿Perdona? —le contesté gritando porque yo tampoco me oía a mí misma —. No te escuché muy bien.

—Te decía que es un poco pronto para irse. La fiesta está en lo mejor.

»¿En lo mejor? ¿Eso quiere decir que esto todavía podía empeorar? ¡Sálvese quien pueda!».

—Pues que la disfrutes, pero yo me tengo que marchar ya.

Cogí el bolso de la barra, y cuando me disponía a alejarme de allí, el tipo me agarró del brazo, haciéndome daño.

—Oh, venga, pero si acabo de llegar. Tómate algo conmigo, yo invito.

—Te lo agradezco, pero no creo que sea buena idea—dije zafándome de su agarre de un tirón.

—Pero yo he dicho que te quedas —dijo agarrándome de nuevo el brazo.

Lo que ocurrió a continuación no sé cómo pasó, pero no me arrepiento. Agarré el bolso con la otra mano, y con toda la fuerza de la que fui capaz, se lo estampé en la cara, dejándole la hebilla del cierre marcada en la mejilla y consiguiendo zafarme de su agarre.

—¿Estás seguro de que quieres que me quede? —le pregunté con mi sonrisa más dulce y blandiendo aún el bolso en alto. El tipo no dijo nada, solo negó con la cabeza mientras se agarraba la cara—. Además, a mí me gustan los hombres, no los mojigatos en un cuerpo de gilipollas.

Dicho eso me giré, y al hacerlo, vi que el camarero que me había atendido la primera vez había presenciado toda la escena y me estaba sonriendo mientras asentía con la cabeza, así que no pude hacer otra cosa que devolverle la sonrisa. Y me marché.

* * *

—Bien. ¿A dónde vamos hoy? —me preguntó mi amigo mientras caminábamos por la calle.

—¿Que tal a algún sitio del que no te hayan echado todavía?

Alec paró en seco, se me quedó mirando, y yo hice lo mismo.

—¿Qué pasa ahora?

—Sabes que yo nunca busco pelea.

—No, solo te encuentras con ellas.

—¿Qué culpa tengo yo de que les guste a todas las nenas?

No pude evitar sonreír ante su comentario.

—Anda, Sandokán, sigue andando —dije empujándole por el hombro.

Seguimos andando un poco más y entramos en uno de los locales de copas que había repartidos a lo largo de toda la calle.

—Este sitio está muerto. Vayamos a otro —dijo Alec dándose la vuelta todavía en la entrada y dispuesto a marcharse.

—Eso te pasa por meterme tanta prisa para que acabara —le dije—. Además,

es demasiado temprano para que la gente salga a divertirse. Dale algo de tiempo.

—Está bien. Vayamos a tomar algo y me cuentas tu día.

Nos pedimos un cubata cada uno y fuimos a sentarnos al fondo para dejar pasar la noche. Varias chicas se nos acercaron, incluso bailamos con algunas de ellas. Por mi parte eso fue todo, pero por parte de Alec...

—¿Qué te parece el pibón que está sentada sola en la barra?

Alcé la cabeza buscando a la chica a la que se refería mi amigo.

—¿Cuál? —le pregunté al no verla.

—La de pelo largo y botas altas. ¿La ves?

Paseé la mirada a lo largo de la barra hasta que la encontré.

—Sí, la veo.

—Está buena, ¿eh?

—Normalita, como las demás.

—En eso te equivocas, amigo. Ésta está sola, aunque no por mucho tiempo.

Alec se terminó la copa de un solo trago y me entregó el vaso vacío.

—Deséame suerte, amigo.

—Con que no vuelvas con un ojo morado me conformo.

Y se fue. Le seguí con la mirada y me dispuse a presenciarlo todo. La chica se puso en pie a la vez que Alec llegaba a su lado. Vi que le comentó algo, pero como estaba lejos de ellos, sumado al ruido de la música que lo ensordecía todo, no sé qué le dijo, pero no tuvo que ser muy bueno cuando la chica se quería marchar.

Como siempre, Alec metió la pata al agarrarla del brazo. Eso estaba a punto de ponerse feo, así que me acerqué a ellos poco a poco, intentando no llamar demasiado la atención, pero poniéndome lo suficientemente cerca por si tenía que intervenir.

La chica se zafó del agarre, pero Alec lo volvió a intentar. Craso error, amigo. La mujer agarró el bolso y se lo estampó en toda la cara. Entonces decidí acercarme del todo.

—Además, a mí me gustan los hombres, no los mojigatos en un cuerpo de gilipollas.

«¡Toma ya! Esa mujer no se anda con tonterías». Vi que se alejaba en dirección a la salida, así que fui al lado de mi amigo.

—Te lo advertí —dije poniendo su vaso y el mío en la barra—. Además, te pedí que no te pusieran un ojo morado.

—No ha sido el ojo, sino la mejilla.

Le sujeté la cara para verle mejor el golpe.

—De todas maneras te va a salir un bonito moratón.

—Deja de cachondearte.

—No me cachondeo —le contesté sonriendo—, solo te digo lo que veo.

—¿Todo bien por aquí? —nos preguntó el camarero al retirarnos los vasos vacíos y viendo si la cosa pasaría a mayores.

—Creo que mi camarada va a necesitar un poco de hielo.

El camarero hizo ademán de coger algo de debajo de la barra, pero Alec le detuvo.

—No te molestes, tío, ya nos vamos —dijo Alec levantándose de la silla que había dejado libre la chica.

—¿Pero no tenías tantas ganas de salir hoy?

—¡Pues se me acaban de quitar! ¿Alguna otra pregunta?

Negué con la cabeza a la vez que intentaba ocultar una sonrisa.

—¿No? Entonces vámonos. ¡Y no te rías, coño!

Cuando Alec se ponía así era mejor dejarle, por lo que le seguí hasta la salida. Ya entraría en razón por la mañana.

* * *

En cuanto llegué a casa de la fiesta y cerré la puerta, tiré las malditas botas que llevaba en la mano todo lo lejos que pude. ¡Qué dolor de pies! ¿De verdad había chicas que hacían aquello todos los fines de semana y seguían vivas? Pues conmigo que no contaran. Todo el esfuerzo que había hecho no había servido para nada. Bueno, sí, para sacar una parte de mí que no conocía. ¿Cómo demonios había sido capaz de cruzarle la cara aquel tipo del modo en que lo había hecho, y encima disfrutarlo? «Cuando se lo cuente a Brenda dentro de unas horas seguro que no se lo creerá».

Fui a mi habitación, dejé las cosas allí y me metí de nuevo en la ducha. Al salir ni siquiera me puse el pijama, sino que me metí directamente con el albornoz en la cama. Aquella «no juerga» me pasaría factura en cuanto amaneciera.

Y lo hizo, ya lo creo que lo hizo. Decir que me dolían hasta las pestañas era decir poco, y mi aspecto... parecía que había cambiado mi maravilloso peinado de anoche por una melena de león, ¡y no había manera de domesticarla!

Como siempre, Brenda dio su puntada al verme llegar a la pastelería.

—¡Dios mío, Alison, estás horrible!

—Buenos días, amiga, yo también me alegro de verte.

—¿Cómo tienes esa pinta? ¿Acaso te dolió más el estómago y no has podido dormir? ¿Te encuentras bien ahora?

—La verdad es que no he podido dormir, pero no fue por el estómago, sino por que anoche salí.

—¿Adónde?

—De fiesta.

—¿Tú? ¿De fiesta? Ya...

—¿No te lo crees?

—No.

—Pues mira —dije sacando el móvil y enseñándole la foto que me saqué frente al espejo antes de salir anoche de casa.

—¡Alison! ¿De verdad eres tú? ¡Estás cañón!

—Supuse que no te creerías mi historia, así que justo antes de salir me hice la foto para enseñártela hoy.

—¿Y cómo es que te dio por salir de fiesta? ¿Con quién fuiste? ¿Por qué no me invitaste?

—Me dio. Yo sola. Porque fui de caza.

—¿Eh?

—Se me cruzaron los cables y decidí salir yo sola a cazar un maromo. ¿No es eso lo que siempre me dices que tengo que hacer? Pues mira, ayer lo puse en práctica.

Brenda no podía creerse nada de lo que estaba escuchando.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi mejor amiga? —dijo agarrándome por los hombros y zarandeándome—. Ahora en serio. ¿Cómo es que hiciste eso?

—¿No puedo?

—Sí, pero me extraña viniendo de ti. Como siempre que te he propuesto salir por la noche de juerga tú siempre decías que no, es raro verte así. ¿Y esas pintas? Pareces una buscona.

—Era mi intención. Quería llamar la atención de los hombres para ligarme a alguno. Pero chica, *na*.

—¿Me estás diciendo que no se te acercó nadie?

—No. Sí que se me acercaron. De hecho fueron dos chicos. El primero era bastante mono y muy agradable, incluso estuve bailando con él un rato, pero solo me sirvió para bailar, no me interesó nada más. Y el segundo...

—¿Estaba potente?

—¿Potente? ¡Era un gilipollas! Tuve que arrearle un bolsazo para que me dejara tranquila. ¡Menudo pulpo! Te aseguro que si me vuelve a ver no se me acerca.

Brenda me miraba con cara de asombro. Estaba flipando después de contarle todo lo que había ocurrido con el tipo del local.

—¿Y por qué este cambio tan de repente?

Esa pregunta me pilló por sorpresa, y como era lógico, no podía contarle la verdadera razón. Bueno, no toda.

—Quiero vivir —dije, dándome cuenta de la gran verdad que había en esas palabras—. Llevo encerrada en esta vida demasiado tiempo, y creo que ya era hora de que me soltara la melena.

—Sí, pero hoy déjate la recogida, da miedo.

Ambas nos reímos y nos pusimos a trabajar cada una en su tarea.

El día transcurrió con normalidad hasta que escuché una noticia en la radio. Estaban anunciando una empresa que ofrecía el servicio de acompañantes masculinos y femeninos para eventos. ¿De verdad la gente contrataba a una mujer o a un hombre para que les acompañara a un acto público? O, mejor dicho, ¿la gente era capaz de llevar a una prostituta colgada del brazo para que no vieran que estaba sola? ¿O contratar a un gigoló para que se muriesen de envidia las demás mujeres del acto? La verdad es que no presté atención al resto del anuncio, pero eso de contratar a un hombre de pega... me había llamado la atención. «¿Y si...? No, es una tontería». ¿Cómo se me había pasado siquiera por la cabeza?

—Estás desvariando, Alison —dije en voz alta.

—¿Hablando sola? —dijo Brenda asomando la cabeza por la puerta—. Definitivamente, la fiestecita de anoche te está pasando factura. Por cierto, a medio día cierro yo, ¿no?

—He pensado que quiero irme a casa a descansar a la hora de comer, así que si no te importa, ¿cierras también esta tarde?

—Claro —dijo desapareciendo al escuchar que se abría la puerta y entraba gente.

Como le había dicho a Brenda, a mediodía me fui a casa. Estaba rota, no podía ni con mi alma, ni siquiera tenía ganas de comer. Simplemente dejé el bolso y las llaves en la mesa del salón y me dejé caer en el sofá.

—Estoy muerta —dije soltando un sonoro suspiro.

Me giré para ponerme de lado y, al hacerlo, me fijé en que había dejado el ordenador portátil abierto y en espera encima de la mesa baja. Lo miré durante unos segundos mientras me decidía entre hacerlo o no. Pero lo hice. Me incorporé hasta quedarme sentada con las piernas cruzadas, me coloqué un cojín entre las piernas a modo de mesa y el ordenador encima. Lo abrí del todo, me metí en Internet y enseguida apareció la barra del buscador. Me quedé un instante mirando la barra parpadeante de dentro del recuadro. «¿Qué me pasa?» Estaba en casa, sola, y nadie tenía acceso a mi ordenador, así que, ¿de qué tenía miedo, si nadie se iba a enterar de lo que tenía pensado hacer? Fui presionando las letras y luego la tecla mágica, *Enter*. Acto seguido aparecieron en la pantalla un montón de entradas ofreciendo los servicios de hombres y mujeres para todo tipo de eventos, y para lo que no eran eventos.

Pinché en la primera entrada que había en la pantalla, pero no me gustó nada de lo que encontré y salí. Fui leyendo los pequeños resúmenes hasta que encontré uno que me llamó la atención. No tenía nada que ver con la página que había abierto antes, ésta era... elegante, parecía que te encontrabas en el mostrador de un hotel de lujo, de ésos que solo por mirar la fachada ya te están cobrando.

Empecé a recorrer la página: había una lista con los países en los que se encontraba esa compañía, otra lista con las personas más solicitadas, vídeos, fotos, enlaces directos a otras páginas... y una especie de buscador de personas. Pinché en él y se abrió otra pantalla que me recordó a los test del colegio, pues aparecía una pregunta y debajo las opciones, como en un test: «¿qué estás buscando?» Color y longitud del pelo, color de ojos, nacionalidad, idiomas que habla, dotación... Un momento, ¿también había una búsqueda para eso? ¿De verdad? Definitivamente, no tenía ni idea de dónde me había metido. Rellené el formulario, pinché en la palabra *Buscary* aparecieron diversos candidatos. Pero a todos conseguí encontrarles un fallo: que si demasiado bajo, que si demasiado caro, que si no habla mi idioma... En fin, un desastre, así que decidí buscar por los hombres que en ese momento estaban disponibles y me apareció otra ventana con todos los candidatos, la mayoría de ellos con el torso descubierto o con un desnudo integral. Tenía que reconocer que los chicos eran guapos y tenían un cuerpo de infarto, pero no me terminaban de convencer.

Ya casi al final de la página, cuando pensaba que me tocaría buscar en otro sitio, vi al único que llevaba ropa, un traje concretamente, y me llamó la atención. Pinché para ver su perfil:

Nombre: Marc.

Edad: 28 años.

Nacionalidad: italiana.

Idiomas: italiano, español, inglés, alemán. Horario: 24h.

Agenda: disponible.

Servicios:

- Acompañante en eventos.
- Acompañante de fin de semana.
- Dominación.

- Fantasías.
- Fiestas privadas.
- Juegos eróticos.
- Masaje erótico.
- Relaciones sexuales.
- Striptease.
- Tríos.
- Viajes.

Tarifas: pago en efectivo o tarjeta.

Seguí bajando para ver la tabla de precios. ¿Qué? ¿Cómo era posible que cobraran esa cantidad por un rato de sexo? Ahora entendía a lo que se referían con eso de dinero rápido. Pero estaba decidida. Era una locura, pero ya no pensaba echarme atrás. Continué leyendo y vi que para contactar con él podía usar el teléfono o el correo electrónico. Me decanté por el correo; estaba demasiado nerviosa y avergonzada como para hablar con él. Pero tampoco tenía pensado usar mi cuenta de correo personal verdadera, por lo que me creé una nueva para poder contactar. Le indiqué mi nombre, lo que me interesaba de él y mi disponibilidad. Una vez que obtuviera una respuesta, ya le daría algún dato personal que fuese necesario; no antes. Y le di a enviar. Cuando vi el mensaje que me indicaba que el correo se había enviado correctamente cerré el ordenador y regresé al trabajo.

Ya por la tarde, antes de ir a visitar a mis padres, paré en la floristería que estaba cerca de la tiendaya la que siempre le encargaba un ramo de flores vistosas para mi madre. Al llegar a mi destino dejé el ramo a los pies de la lápida y acaricié el nombre de mis padres grabado en la piedra.

—Hola, papá; hola, mamá. ¿Qué tal? ¿Me habéis echado de menos? Yo a vosotros mucho, como siempre —y no pude evitar que las lágrimas me picaran en los ojos, como cada vez que iba a visitar la sepultura. Parpadeé mirando al cielo antes de continuar—. Supongo que ya lo sabréis, pero hay un montón de pedidos en la tienda. Estamos mejor que nunca, pero desde que se fue Macarena no doy abasto a tantos pedidos. He pensado varias veces en contratar a alguien para que me ayude. Brenda lo intentó un par de veces, pero definitivamente lo suyo es hacer de relaciones públicas detrás del mostrador, no amasando y transportando bandejas de un lugar a otro.

Saqué del bolso el pincel y la pintura que había llevado para pintar las letras, que estaban deterioradas por el paso del tiempo.

—También tengo que contaros otra cosa. Hace unos días fui al matasanos, con lo que vosotros sabéis que me gusta ir, y me dijo que... que... —el labio

inferior me temblaba—, que tenía cáncer en el estómago, y que estaba muy avanzado para hacer nada, salvo esperar —las primeras lágrimas empezaron a salir—. Me dijeron que disfrutara del poco tiempo que me queda —me sequé las lágrimas con el dorso de la mano y empecé a extender con el pincel la pintura por las letras—. Los doctores fueron muy amables conmigo, a pesar de lo borde que fui con ellos. También me dijeron que me irían controlando para ver el estadio de la enfermedad en el que estaba, aunque no me dijeron lo que me podría pasar para no condicionarme —me sorbí la nariz—. Pero mirad el lado positivo —dije intentando sonreír—: dentro de muy poco estaremos los tres juntos de nuevo.

Aquel pensamiento hizo que estallara en llanto, impidiéndome seguir pintando las letras, y me dejé escurrir por el lateral de la tumba hasta el suelo. En esa posición, con las piernas encogidas, me abracé las rodillas, apoyé la frente en los brazos y dejé salir todo lo que no salió el otro día.

Cuando ya no tuve más lágrimas para derramar, me levanté del suelo y terminé de pintar las letras. Una vez lo tuve todo recogido, volví a tocar los nombres de mis padres, con cuidado de no estropear nada, y regresé a casa.

Siempre que regresaba del cementerio no podía evitar preguntarme qué hubiera pasado si yo no me hubiera encaprichado de ir a ver el centro comercial que habían abierto en el pueblo de al lado, si luego no hubiéramos ido a cenar y regresado tarde a casa. Qué hubiera pasado si...

Una pregunta que nunca obtendría respuesta. Al llegar decidí darme una ducha para apartar esos horribles recuerdos de mi mente. Cuando salí miré la nueva cuenta de correo. Me dio un vuelco el corazón al ver el nombre de Marc. ¿Ya me había contestado? ¿Tan pronto? Abrí el correo y lo leí:

De: Marc

Para: Alison

Asunto: Información

Hola, Alison.

El domingo puedo quedar contigo en el horario que me facilitaste. Lo que sí necesito que me digas es el lugar del encuentro y si necesitas que lleve algo en especial, un juguete o algo.

Espero tu respuesta.

Marc.

Me dispuse a responder al correo poniendo los datos que necesitaba. «¿Juguete?» ¡Dios, no! Y se lo envié. Estuve un rato metida en las redes sociales y luego me fui directamente a la cama.

Ya por la mañana decidí empezar con los preparativos. pero... ¿cómo se preparaba un encuentro sexual con un desconocido? No tenía ni idea, así que decidí preguntarle a Brenda.

—¿Me lo estás preguntando en serio?

—Sí.

—¿Y por qué me lo preguntas? ¿Acaso tienes pensado acostarte con un tío? —dijo mientras apoyaba los codos en una de las mesas, la cabeza en las manos y me miraba con ojos suspicaces—. ¿Alison?

—¿Qué? —dije dando forma a los panes que tenía en las manos, incapaz de mirarla a la cara por miedo a que me descubriera. Una excusa, una excusa, necesitaba una excusa.

—¿Me lo vas a contar o lo tengo que adivinar? —dijo Brenda, incorporándose y posando las manos en la mesa, y echando el peso sobre ellas.

—Lo que pasa es que anoche empecé a ver una película en la tele y... resulta que... una mujer se acostaba cada noche con un tipo distinto.

—¿Y?

—Pues que digo yo que no será llegar y listo.

—Pues sí.

—¿Cómo? —esta vez sí que dejé los panes olvidados y la miré a la cara.

—Pues eso, te dejas llevar y lo que surja.

—¿Así, sin más? Digo yo que tendrás que preparar algo, ¿no?

—Si fuese una cita sí, hay que cuidar todos los detalles; pero si simplemente es sexo, ¿qué más te da lo que piense el tío si no piensas volver a verlo?

—Bueno, sí, pero pienso que...

—Por eso sigues siendo virgen, porque piensas demasiado.

—¡Brenda!

Y se fue, dejándome totalmente cortada. ¿Acaso era raro que no quisiera estar acostándome cada noche con un hombre distinto? ¿Acaso era malo?

Seguí amasando los panes, esta vez algo más tranquila. Si lo pensaba bien, había que reconocer que Brenda tenía razón.

Lo del domingo era un encuentro esporádico. ¿Qué me importaba la opinión que tuviera un desconocido? «Además, habrá visto a todo tipo de mujeres».

Y con esa idea, seguí la jornada.

Capítulo 3

—¿Te marchas ya? —me preguntó Alec desde el sofá, sin levantar la vista del teléfono móvil.

—Sí. La casa de la mujer está algo lejos y no quiero llegar tarde.

—¿Dónde has dejado las señas?

—En el corcho de la cocina, como siempre.

—Vale. Ten cuidado, amigo —dijo tendiéndome la mano, casi sin incorporarse del sillón.

—Siempre —le contesté, chocando mi mano con la suya.

Y me fui. El trabajo esperaba.

* * *

«Domingo.

Hoy es domingo.

Hoy es domingo por la tarde.

Hoy es domingo por la tarde y está a punto de llegar mi... ¿qué? ¿Qué era? ¿Mi cita? No.

¿Mi pareja? No. ¿Mi contrato? No. Supongo que la calificación de “él” es la más adecuada. Entonces recapitulemos: hoy es domingo por la tarde y está a punto de llegar “él”. Mucho mejor». Llevaba todo el día de los nervios, pero el estado en el que me encontraba ahora no se podía calificar como nerviosa, sino aterrada. «¿Cómo será el tipo en persona? ¿Me gustará? ¿Le gustaré? ¿Dolerá cuando...?».

El ruido del reloj anunciando que era en punto me sacó de mis pensamientos. Segundos después sonó el timbre de la puerta. «¿Ya ha llegado? Menuda puntualidad». Hice el ademán de dar un paso para acercarme a la puerta, pero no fui capaz, tenía los pies clavados al suelo. Qué momento tan oportuno para quedarme paralizada. Empezábamos bien. Al final, un segundo timbrado consiguió que reaccionara. Me acerqué a la puerta y la abrí.

—¡Dios! —solté sin darme apenas cuenta.

—Alison, ¿verdad? —asentí con la cabeza—. Yo soy Marc

—y se inclinó para darme un beso en cada mejilla; pero un beso, no eso de

rozarse las mejillas. Fueron sus labios los que hicieron contacto con mi piel—. Encantado de conocerte. ¡Qué pedazo de tío! La verdad es que las fotografías no le hacían justicia, ¡en persona era mucho más impresionante! Dolía mirarle de lo guapo que era y, como es natural, no pude evitar recorrerle con la mirada de arriba abajo. «¡Es perfecto! ¿No se habrán equivocado en la página web y me han mandado a otra persona?» Alto, pelo negro y ligeramente más largo que la fotografía, tez morena, atlético, ojos azul intenso...

—¿Puedo pasar?

—¿Eh? —«¿qué es lo que ha dicho?»

—Que si puedo pasar.

—Claro. Perdona.

Abrí la puerta del todo y me aparté para dejarle paso, además de aprovechar para verle por detrás. Estaba igual de bien que por delante. Cerré la puerta y apoyé la frente sobre ella un instante, e inspiré hondo. Luego me giré y me acerqué a él.

—Una casa muy bonita —dijo dándose la vuelta al notar que estaba detrás de él.

—Gracias —fue todo lo que pude contestar mirando al suelo.

—Bueno, pues, ¿qué quieres hacer? —me preguntó, dejando la mochila que traía consigo en el suelo y apoyada en el sillón.

—¿Que qué quiero hacer? —«¿de verdad me está preguntando eso?»—. Acostarme contigo, ya te lo comenté en el correo.

—Ya, me refería a por dónde quieres empezar. ¿Algo en especial que te apetezca?

Negué con la cabeza. No podía hablar de la vergüenza que me estaba dando estar allí con un tío bueno al que no conocía de nada, y encima hablando de... eso.

—No tengo ninguna preferencia. Empieza tú por donde quieras.

—Está bien —dijo deleitándose con su blanca sonrisa. Marc se me acercó despacio, muy despacio, sin perder en ningún momento el contacto visual conmigo. Estaba segura de que me iba a besar, así que alcé la cabeza para facilitarle el contacto, ya que yo era más baja que él. Pero sus labios pasaron de largo por los míos y se dirigieron a mi oído izquierdo.

—Empecemos —susurró.

Su aliento me rozó la piel y sentí un hormigueo en la zona. Después se movió igual de despacio que antes, sin apartar casi la cabeza de donde la tenía, hasta colocarse detrás de mí. Alzó ambas manos y me recogió el pelo en una coleta baja que colocó sobre mi hombro, dejando después caer su mano por mi brazo en una caricia interminable mientras que con la otra mano me ladeaba la

cabeza para exponer mi cuello. Noté que pasaba la nariz por la sensible piel de la zona y aspiraba.

—Hueles bien —dijo justo antes de besarme el cuello. Solté un suspiro al escuchar y sentir aquello. Casi no podía respirar, el corazón me iba a mil por hora. Subió una mano a mi garganta para exponer aún más, si era posible, mi cuello, y empezó a hacer un recorrido ascendente de besos desde el hombro a la parte de detrás de mi oreja, pasando por la clavícula y el cuello, para después girarme ligeramente la cabeza hacia él y continuar besándome la mejilla, la mandíbula, la barbilla... Pero yo aún tenía que contarle algo que no me había atrevido a decirle por correo.

—Soy virgen.

Marc se detuvo en seco.

—¿Cómo has dicho? —dijo apartándose un poco de mí para poder mirarme a los ojos.

—Soy... virgen —repetí.

Marc se apartó de mí al instante.

—¿Virgen? ¿Te refieres a que nunca has estado con un hombre? —me preguntó con incredulidad.

—Sí, a eso me refiero.

—Joder —dijo mientras se pasaba las manos por el pelo y me daba la espalda. Después se giró para mirarme—. Tengo que irme —dijo, acercándose al sofá y agachándose a por su mochila.

—¿Te vas? ¿Ahora? No puedes irte, te he contratado por un tiempo y tienes que cumplir tu parte del acuerdo.

—Lo siento, pero no me puedo acostar contigo. Ya sé lo que acordamos, pero de verdad que no puedo.

—¿Te resulto repulsiva? —le pregunté temiendo su respuesta.

—¿Repulsiva? Déjame que te diga que me resultas de todo menos eso.

—¿Entonces? —le pregunté abrazándome a mí misma. Me sentía desnuda a pesar de no haberme quitado ni una sola prenda de ropa.

—Eres virgen, y no me acuesto con vírgenes; es demasiado complicado después. Además, tu primera vez debería ser con alguien especial, no con un desconocido.

«¡Dios, qué vergüenza! Y encima se atreve a ponerme la típica excusa que sale en las películas». Tenía que desaparecer de allí.

—Si esperas un momento te traigo el dinero que te debo —dije dirigiéndome al dormitorio. Cuando pasé por su lado,

Marc me agarró del brazo para detenerme. Su contacto me quemó y me solté de inmediato.

—Perdona —dijo bajando la mano—. No me debes nada.

Como has dicho, teníamos un acuerdo y yo no he cumplido mi parte.

—Pero... tú has... me has tocado...

—Créeme, nena, eso solo ha sido una caricia. Si te hubiera tocado de verdad... —no pude evitar sonrojarme aún más—. Lo siento —dijo acercándose de nuevo y dándome otro beso en la mejilla—. Adiós.

Después de eso pasó por mi lado, salió por la puerta y cerró casi sin hacer ruido. «¿Qué es lo que acaba de pasar?».

* * *

«¡Una virgen! Estoy a punto de llegar a casa y aún no me lo creo. ¡Me ha contratado una virgen!».

—¡Joder! —exclamé golpeando el volante.

Cuando entré en el apartamento que compartía con mi amigo Alec vi que estaba igual que cuando me marché, con la diferencia de que ahora estaba mirando en mi dirección en vez de al móvil.

—¿Ya estás de vuelta? —me preguntó extrañado—. Pues sí que ha sido rápido.

Tiré la mochila al suelo sin muchos miramientos y me dejé caer a su lado en el sofá.

—Uh, qué mala pinta tiene eso. Cuéntame, ¿qué ha pasado? —dijo dejando el teléfono a un lado y girándose para mirarme.

—Era virgen.

—Joder —exclamó, y nos quedamos los dos en silencio—. No habrás hecho nada con ella, ¿verdad?

—No soy tan gilipollas, Alec. Me vine en cuanto me enteré.

—Bien hecho. Ya sabes los problemas que acarrea una primeriza.

—Sí, lo sé. Voy a darme una ducha.

Me levanté, cogí la mochila del suelo y me fui a mi cuarto. Al entrar volví a tirar la mochila, pero esta vez con rabia. ¿Cómo era posible que aquella chica fuera...? ¿Acaso no era tan importante la primera vez para las mujeres? Entonces, ¿por qué? —¡Joder! —exclamé una vez más.

Me senté en la cama y me agarré la cabeza con ambas manos. La verdad es que cuando una mujer de este... tipo me llamaba, me marchaba y punto, sin más. Pero esta vez era distinto. No tenía ni idea de por qué no me había enviado ninguna fotografía cuando contactó conmigo; pero desde luego no me esperaba encontrar lo que me encontré. Era una mujer; pero una mujer en toda la extensión de la palabra: llevaba un pantalón vaquero corto de color negro que

dejaba a la vista unas piernas infinitas y bien torneadas, una camiseta roja de manga corta que se ajustaba como un guante a sus curvas... ¡y qué curvas! Y ese pelo negro... Era una mujer preciosa, y cuando la miré a los ojos azules, vi que definitivamente había triunfado. Me chocó un poco que fuera tan tímida, pero supuse que sería por los nervios, que cuando estuviéramos en el fragor de la pasión sería muy ardiente, de eso no tenía ninguna duda.

—¡Joder! —dije dejándome caer hacia atrás en la cama.

Su piel era cálida y suave cuando le besé el cuello. Y cuando estaba a punto de besar sus labios me soltó la bomba.

—¡Joder!

Estaba cabreado, rabioso, decepcionado... y todo porque estaba excitado. Aquella mujer me había excitado por sí misma, sin necesidad de tener que recurrir a alguno de mis trucos como otras veces. «Y por estar excitado he tenido que salir huyendo sin darle apenas explicaciones. Pero cuando vi su mirada... ¿Cómo había pensado que me resultaba repulsiva? La pobre se ha quedado tan avergonzada... Pero no puedo hacer nada contra eso. Yo no me acuesto con vírgenes. Y punto».

Me levanté de la cama y me metí en el baño para darme una ducha. Necesitaba refrescar la mente... y el cuerpo.

* * *

«¿Qué es lo que acaba de pasar?». Estaba, literalmente, con la boca abierta. Me dejé caer de rodillas, me senté sobre los talones y apoyé las manos en las piernas. «¿Qué es eso de que mi primera vez tenía que ser con alguien especial? ¿Y no se le ha podido ocurrir que precisamente recurro a él porque no tengo a ese “especial” en mi vida?».

—¡Será cabrón! —exclamé. Me levanté y empecé a hablar sola en alto mientras me paseaba por el salón—. ¿Pero quién se cree que es? ¿Míster Universo? —me retiré el flequillo de la cara—. Capullo arrogante. Y encima me da un beso de consolación. ¿Pero quién necesita ser consolada? Puedo encontrar tíos a patadas si quiero; no con ese cuerpo, ni tan guapo, ni que me toquen y besen como él... —no me había dado cuenta de que me había detenido en el centro de la sala ni de que me estaba tocando la zona del cuello donde instantes antes estuvieron sus labios—. ¿A quién pretendo engañar? —me acerqué al sofá para sentarme—. La verdad es que no voy a encontrar a otro hombre como él.

Ya había estado buscando en la red y solo le encontré a él. Y la posibilidad de salir a conocer gente por mi cuenta también estaba vetada después de la otra noche. Así que, ¿qué opción me quedaba? Ése era el problema, que no me

quedaba ninguna opción.

—Está visto que tengo que resignarme a estar sola —dije soltando un suspiro y acurrucándome más en el sofá—. Aunque... —dije irguiéndome de repente—, siempre puedo insistir hasta que me diga que sí. ¡Decidido! —di un salto para ponerme de pie—. Mañana mismo le llamo. Pienso convertirme en su acosadora personal.

La verdad era que aún estaba algo avergonzada por todo lo que había sucedido, o mejor dicho, por cómo me había comportado ante él, y no tenía ni idea de cómo iba a reaccionar cuando tuviera que volver a hablarle. Pero por otra parte, había algo que me decía que la idea de insistir era la correcta, y por lo general, mis intuiciones solían ser buenas.

Me estaba empezando a comer la cabeza, y eso no era nada bueno. Tenía que ponerme a hacer algo o terminaría por arrepentirme de mi decisión. Y qué mejor forma de olvidarse del mundo que con un buen *brownie* caliente de chocolate y una gran bola de helado de vainilla. Así que fui a la cocina a prepararlo.

* * *

Lunes, 10:00 de la mañana.

«¿Le llamo? Seguro que ya se habrá levantado, aunque si ha estado trabajando por la noche... Será mejor que espere un poco más.

Pero si le llamo y está dormido no podrá reaccionar conscientemente y tendrá que aceptar mi propuesta.

Le voy a llamar.

Aunque a mí no me gustaría que me despertasen después de no haber pegado ojo en toda la noche.

Entonces no le llamo.

Aunque tampoco puedo permitirme el lujo de perder mucho tiempo, así que le voy a llamar.

¿Y si está trabajando en este momento? Entonces será mejor que no le moleste.

Le llamaré más tarde».

—Esos huevos ya están más que mareados de tanto movimiento —dijo Brenda apoyada en el quicio de la puerta del obrador.

—¿Eh? —no me había dado cuenta de que me estaba mirando.

—Que qué te pasa. Llevas un montón de rato batiendo esos huevos y mirando a la pared, distraída.

—Bueno, batir unos huevos no es que tenga mucho misterio.

—Sabes a lo que me refiero. ¿Acaso te está dando problemas el estómago?

La verdad era que la noche anterior me había estado doliendo bastante el estómago; pero más que el cáncer, creo que porque me empaché con tanto *brownie* helado.

—Estoy bien. Lo que pasa es que tengo que hacer algo y no sé cómo.

—Cuéntamelo, dos cabezas piensan mejor que una.

«Claro, ésa es una idea estupenda. No me imagino la cara que pondría Brenda si le dijera que tenía pensado llamar al tío que ayer me dejó plantada justo antes de acostarse conmigo porque era virgen».

—Creo que en este caso no me puedes ayudar.

—Mira que yo tengo muy buenas ideas.

—Te lo agradezco, pero no puedes.

—Tú te lo pierdes, pero si me dejas que te dé un consejo, coge al toro por los huevos.

—Querrás decir por los cuernos.

—No, por los huevos. Si coges a un toro por los cuernos, siempre te va a seguir embistiendo, pero si le agarras por los huevos... tú tienes el control.

Brenda tenía razón. Ya era hora de que tomara el control. Cogí el teléfono móvil, marqué el número que había guardado en la lista de contactos y respiré hondo antes de pulsar la tecla verde de llamada. Empezó a sonar.

Un toque...

Dos toques...

Tres toques...

—¿Diga? —respondió Marc al otro lado de la línea.

—Ho... hola, soy Alison, la cliente de ayer, ¿me recuerdas?

Pasaron unos segundos de silencio absoluto antes de que contestara.

—Sí, me acuerdo de ti. ¿Qué quieres?

—Bueno... pues... —estaba tan nerviosa que me temblaba la voz—. Quería preguntarte si puedes quedar hoy conmigo para hablar.

—¿Hoy? Pues verás... es que hoy tengo que trabajar.

—¿Trabajar? Pero si hoy libras —dijo otra voz masculina al otro lado del teléfono.

—¡Te quieres callar! —chilló Marc a la otra persona—. Perdona, es que...

—Si no quieres hablar conmigo me lo dices y punto.

—No quiero hablar contigo.

—Está bien. Entonces quedamos a mediodía en el parque que hay cerca de mi casa.

—Pero te he dicho que...

Y colgué. No quería darle tiempo a que me pusiera otra excusa. «Aunque yo creo que excusa más directa que la de que no quiere hablar conmigo no existe, pero por si acaso».

Entré a la zona de tienda, donde Brenda estaba sirviendo un surtido de pasteles a una señora.

—¿Qué pasa? —me preguntó cuando la mujer se fue.

—Tienes que encargarte durante un rato de la tienda tú sola, a mediodía. No será demasiado tiempo, media hora como mucho. Y si tienes algún problema, ya sabes, me llamas al móvil.

—Vete tranquila.

—Gracias —y me giré para meterme de nuevo en el obrador.

—Supongo que ya has cogido al toro por los huevos —me dijo sonriendo.

—Aún no, pero estoy en ello.

A mediodía me dirigí al punto de encuentro, pero al ver que Marc no estaba, decidí hacer tiempo dando un paseo por el parque. Era enorme, con un montón de árboles gigantescos, zonas verdes para picnic, bancos, zonas infantiles para que los niños pudieran jugar sin peligro, y en el centro, un lago inmenso con patos.

Me acerqué hasta el lago y me apoyé en la barandilla de piedra. Unos metros más allá había unos padres grabando un vídeo de su hija, que estaba dando de comer a los patos.

—Hola.

Me giré para ponerle cara a la voz. Era Marc.

—Hola.

—Ya estoy aquí. No suelo hacer esto, así que, ¿qué quieres? —Quería pedirte disculpas por lo que pasó ayer.

—Querrás decir por lo que no pasó ayer.

—No, me refiero a no decirte que nunca...

—No tenías por qué saber que yo no trabajo con todo tipo de mujeres.

—¿Y con qué tipo de mujeres trabajas?

—No hablo de otras clientas.

—No quiero saber nada de tus otras clientas, sino a qué tipo de mujeres sirves.

—Mujeres casadas, divorciadas, solteras...

—Yo soy soltera.

—Solteras que no sean vírgenes —desvié la mirada hacia el lago—. Perdona, no quería decirlo así.

—No pasa nada —sonreí—. La verdad es que te he llamado para proponerte otra cosa.

—Te escucho.

—Como bien sabes, nunca me he acostado con un hombre, y quiero que eso cambie.

—Ya, pero para eso ve a una discoteca y encuentras a tíos dispuestos a patadas.

—Eso ya lo intenté y no funcionó. Además, te quiero a ti.

—Mira, Alison...

—Aún no he terminado. No quiero contratarte solo por unas horas, sino por más tiempo.

—¿Cuánto tiempo más?

—Un mes y medio. Dos tal vez.

—¡Dos meses! Es demasiado tiempo. Además, te saldrá caro.

—El dinero no es un problema.

Soltó un suspiro, se pasó una mano por el pelo, se recostó de espaldas en la barandilla y cruzó los brazos a la altura del pecho.

—¿Y qué se supone que ocurrirá en ese tiempo?

—Que serás mi pareja.

—Definitivamente, no —dijo incorporándose.

—Déjame que te cuente lo que me interesa de ti.

—Está bien —y volvió a retomar su postura anterior.

—Quiero acostarme contigo y que convivas conmigo. Como si fuéramos una pareja, pero de pega, sin que interfieran los sentimientos por ninguna de las dos partes. Quiero que tengamos citas, que hagamos cosas juntos. Que las personas desde fuera nos vean como una pareja normal. ¿Qué me dices?

—Que es una locura.

—Ya, pero qué es la vida, sino una locura.

Se me quedó mirando fijamente a los ojos unos segundos, serio, sin pestañear.

—¿Por qué lo haces? ¿Por qué contratas a un desconocido para que aparente ser tu novio?

—Fácil —contesté encogiéndome de hombros—: porque no tengo.

—Date tiempo, ya encontrarás a alguien.

—Pero el problema es que no tengo tiempo.

—¿Que no tienes tiempo? ¿Vas a alguna parte?

—Es... una larga historia —miré el reloj de mi muñeca—. Y yo tengo que volver al trabajo. Me gustaría empezar cuanto antes.

—Aún no te he dado una respuesta.

—¿Y bien?

—Sigue siendo una locura, pero te prometo pensarlo.

—Gracias.

Y sin más me alejé de él. Tenía el corazón a mil, no me creía que lo hubiese hecho. Yo, la típica mojigata, pidiéndole a ese pedazo de hombre que se acostase conmigo. De película.

Cuando entré en la tienda, Brenda estaba cogiendo un pedido por teléfono, por lo que me dirigí al interior y me cambié de ropa para seguir trabajando.

—¿Ya estás de vuelta? ¿Cómo ha ido? —me preguntó Brenda cuando colgó.

—Pues la verdad, no lo sé. Todavía tengo que esperar una respuesta.

* * *

Me quedé un rato más en aquel parque después de que ella se fuera. Me desconcertó que Alison me llamara. Lo normal era que estuviera tan avergonzada que no quisiera verme la cara nunca más.

En cambio, me llamó y me citó en ese parque para soltarme una segunda bomba. Tuve que reconocer que era una mujer espectacular, y el trato que me proponía me reportaría una buena ganancia. Pero había algo que no encajaba. Por una parte, me llamaba la atención que una mujer como ella, que podría tener a los hombres que quisiera a sus pies, acudiera a mí. Y por otro lado, ¿qué habrá querido decir con que no tenía tiempo?

Decidí regresar a casa y hablar con Alec para que me diera su opinión.

—¿Qué tal te ha ido? —me preguntó al verme entrar en casa.

—No lo sé.

Fui a la cocina, cogí un par de cervezas, regresé al salón, le tiré una a Alec y me senté a su lado en el sofá.

—¿Qué quería esa mujer? —dijo dando un sorbo a su lata de cerveza.

—Quiere que me haga pasar por su novio.

—¿Y qué problema hay? No será la primera vez, ni la última, que lo haces.

—Quiere que esté con ella dos meses.

—Repito, ¿qué problema hay?

—Que es la mujer que fui a ver ayer.

—¿La virgen?

Incliné la cabeza hacia un lado y me le quedé mirando.

—Sí, ella.

—Mala idea —dio otro sorbo a su cerveza.

—Yo también lo creo.

—Entonces, ¿qué es lo que no tienes claro?

—La forma en la que hablaba. No es como si me estuviera contratando, sino como si me estuviera pidiendo ayuda. Y al despedirnos me miró con...

—¿Mala leche? ¿Deseo?

—Esperanza.

—Y le dijiste que no, claro.

—Le dije que lo pensaría.

—¿Qué? ¿Aún no has aprendido nada en estos años? La regla de oro es no acostarse con una virgen.

—Pero ella es diferente.

—Todas las mujeres son iguales. Les encantan los sentimientos y crear problemas.

—Me ha puesto la condición de que no habrá sentimientos por ninguna de las dos partes.

—¿Y tú te lo has creído?

—Puede que tengas razón.

—Lo sé.

—Voy a mandarle un correo diciéndola que acepto.

—Es lo mejor. Espera, ¿qué? ¡No!

Pero ya me estaba marchando a mi cuarto. Allí encendí el ordenador, abrí el correo electrónico y empecé a escribir el mensaje. Cuando terminé, le di a *enviar*. Esperé un rato por si se conectaba, pero como no lo hizo, cerré la página del correo y apagué el ordenador. Tenía muchas cosas que preparar.

Capítulo 4

De: Marc

Para: Alison

Asunto: decisión tomada

Hola, Alison, soy Marc.

Estuve pensando mucho en tu propuesta y ya tomé una decisión. He decidido aceptar.

Mañana tengo trabajo, pero el miércoles estoy libre.

Te llevaré a cenar, yo invito. Pasaré a recogerte sobre las nueve. Estoy deseando ver a dónde nos lleva esta locura.

Marc.

P.D.: ponte guapa, tenemos una cita.

* * *

Era temprano para abrir el obrador, así que decidí mirar el correo por si Marc me había escrito. Y, efectivamente, lo había hecho. Hacía diez minutos que había leído el mensaje y aún seguía sentada en el salón sin poder creérmelo. Había aceptado. ¡Marc había aceptado!

—¡Sí, sí, sí! —dije dando saltos por toda la habitación.

Me senté otra vez a la mesa y volví a leer el correo. Al día siguiente tendría una cita. ¡Una cita! Pero no cualquier tipo de cita, sino mi primera cita. Y como es habitual en mí, empecé a comerme la cabeza: «¿qué me pongo? ¿Cómo tendré que comportarme? ¿Adónde iremos? ¿Tengo que ir muy elegante o solo bien vestida?».

Todo aquello me había empezado a dar vueltas en la cabeza desde que leí el mensaje, pero lo que de verdad me tenía aterrada era lo que ocurriría después, cuando estuviéramos los dos solos en casa. «Cuando le tenga tan cerca como la otra vez. Cuando empiece a tocarme como la otra vez. Cuando me bese como la otra vez...».

Al recordar todo aquello pude sentir su tacto de nuevo, como si en ese instante estuviera conmigo. Me toqué las mejillas; las tenía ardiendo.

Tenía que hacer algo para tranquilizarme, así que decidí ir antes al trabajo para empezar a preparar las masas. Pero seguía pensando en lo que pasaría el

miércoles.

No tenía nada elegante que ponerme. Mi ropero contaba con vaqueros, camisetas de algodón y algún que otro chándal. No solía salir mucho, y cuando necesitaba ropa elegante, se la pedía a Brenda. Pero para esta ocasión no quería nada prestado. Quería que fuera algo mío, por lo que me tocaría ir de compras aquella misma tarde, y tendría que pedirle una vez más a Brenda que se hiciera cargo de la tienda ella sola. «Pero para eso, primero necesito que llegue».

En cuanto lo hizo, la asalté:

—¡Brenda! —chillé en cuanto la vi entrar por la puerta.

—¡Joder, Alison, qué susto! —dijo dirigiéndose a la parte de atrás a guardar sus cosas—. Sí que te has levantando con energía esta mañana.

—No sabes cuánta. Te estaba esperando. Necesito hablar contigo.

—Desembucha —dijo acomodándose en la mesa que había enfrente de la mía.

—Necesito que esta tarde te quedes tú sola en la tienda.

—Claro, sin problema.

—Pero si aún no te he dicho por qué —se puso alerta de repente—. Tranquila, que no tiene nada que ver con mi estómago. Es algo bueno.

—Seguro que tienes una cita escandalosa con un maromo de infarto, ¿no? —dijo soltando una pequeña carcajada. Empecé a notar que las mejillas se me encendían de nuevo, por lo que bajé la cabeza para intentar ocultar el rubor y la sonrisilla nerviosa que tenía en los labios. Pero no fue suficiente y Brenda se dio cuenta.

—¡No! ¡No me lo puedo creer! —dijo dando una palmada—. ¡Sí que tienes una cita escandalosa con un maromo de infarto! —dijo gritando cada vez más.

—Baja la voz o te oirá todo el mundo.

—¡Pues que se mueran de envidia! —dijo colocándose las manos en la boca a modo de amplificador para que su voz resonara más.

—Estás loca —dije empezando a amasar de nuevo.

—De eso nada, mona —Brenda me apartó las manos de la masa y tiró de mí para que me acercara a ella—. Eso puede esperar. Tienes que contarme todos los detalles. ¿Quién es? ¿Le conozco? ¿Es el chico con el que estuviste hablando el otro día? ¿Cuándo me lo vas a presentar? ¿Es guapo? ¿Está bueno?

—Para el carro —dije zafándome de su agarre.

—Tenemos muchas cosas que preparar.

—Brenda...

—Ropa, zapatos...

—Brenda...

—Peluquería, maquillaje...

—¡Brenda!

—¿Qué?

—Te estás anticipando.

—Tienes razón, perdona.

Me separé un poco de ella y también me recosté en la mesa.

—¿A qué hora viene a por ti? Porque vendrá a por ti, porque si no...

—¡Brenda!

—Perdona, ya me callo.

Estuvimos en silencio durante un par de minutos, ambas mirando la masa que había en la otra mesa.

—La verdad es que sí que necesito tu ayuda.

—Dispara.

—La cita es mañana, y me ha dicho que me ponga guapa; pero no sé qué ponerme. No tengo nada en el armario adecuado para una cita.

—¿Adónde tiene pensado llevarte?

—No lo sé, no me ha contado nada.

—Está bien. Se me están ocurriendo un par de ideas...

—No quiero nada estrafalario, ya sabes que las cosas muy llamativas no van conmigo.

—¿Confías en mí?

—¿Tengo otra opción?

—No.

—Entonces sí, confío en ti.

—Perfecto. Cerraremos a mediodía y te haré una puesta a punto.

—¡No soy un coche!

No me contestó. Simplemente se alejó de mí y se fue a reponer los mostradores. La verdad era que estaba algo más tranquila ahora que Brenda se había ofrecido a acompañarme; pero también tenía la inquietud de no saber lo que se estaba imaginando. Podía ser muy peligrosa cuando daba rienda suelta a su imaginación.

Aquella mañana fue más ajetreada de lo normal, lo cual agradecí, ya que me ayudaba a tener la cabeza ocupada para no pensar en lo que ocurriría al día siguiente por la noche.

A mediodía cerramos la tienda, cogimos mi coche, y ambas nos fuimos al centro comercial. Brenda me agarró de la muñeca al bajarnos en el aparcamiento y, literalmente, me fue arrastrando de tienda en tienda. Entramos en tantas que perdí la cuenta.

—¿Estás segura de que no nos sirve ninguno de los vestidos que ya hemos visto?

—No. Esos vestidos eran bonitos, pero no eran perfectos. Y mañana todo tiene que ser perfecto —dijo arrastrándome a otra tienda—. Ven, entremos en esta *boutique*.

La tienda era grande y luminosa, con la ropa separada según el tipo de prenda y el color. Al momento se nos acercó una dependienta.

—¿Puedo ayudarles en algo?

—Pues... —empecé a contestar yo.

—Sí. Necesitamos un vestido de cóctel, de color negro, corte recto, que le quede a mi amiga justo por encima de la rodilla —dijo señalándome.

—Mmm... creo que tenemos algo que le podría servir. Síganme, por favor.

Brenda y yo seguimos a la mujer hasta el fondo de la tienda, donde se encontraban los vestidos, y nos sacó uno que se ajustaba a todas las demandas.

—Éste es un modelo que acabamos de recibir. Es un vestido de gasa, con escote barco y adornos en el mismo, a modo de collar. La longitud es hasta la rodilla, con el cuerpo ajustado y un ligero toque de vuelo en la falda. Pruébeselo.

Cogí el vestido de las manos de la dependienta y entré a uno de los probadores. La prenda era preciosa en la percha, y cuando me lo puse, supe que ése era el vestido que estaba buscando. Salí para que me vieran Brenda y la dependienta.

—Es perfecto, te queda genial —dijo Brenda dando una palmada.

—La verdad es que le queda como un guante, parece hecho para usted —comentó la otra mujer.

—Sí, me gusta mucho la forma en que me queda —dije mirándome en el espejo de cuerpo entero que había en la sala—. Me lo quedo —sentenció mirando a las dos mujeres.

—Estupendo. Démelo y se lo voy envolviendo.

Entré otra vez al probador para cambiarme. Al salir, Brenda y la dependienta me estaban esperando en la zona de la tienda dedicada a los zapatos.

—Toma, pruébatelos —dijo Brenda tendiéndome unos zapatos negros de tacón de diez centímetros con plataforma. Me los puse y empecé a andar por la tienda.

—¿Qué le parecen? —preguntó la dependienta.

—Son cómodos.

—No tienen que ser cómodos, sino perfectos —puntualizó Brenda.

—Está bien, son perfectos.

—Entonces te los llevas.

Al salir de la tienda Brenda me agarró de nuevo la muñeca y empezó a arrastrarme otra vez.

—¿Adónde vamos ahora?

—Te he vestido por fuera. Ahora tengo que vestirme por dentro.

Entramos a una tienda de lencería en donde las dependientas se nos acercaron como buitres. Definitivamente, iban a comisión. La mujer empezó a sacarnos conjuntos de ropa interior de todos los modelos y colores. Al final me decanté por un conjunto de sujetador y *culottenegros* de encaje y transparencias.

Después fuimos a un tipo de peluquería en el que además de arreglarme, me enseñaron a peinarme y a maquillarme de varias formas.

Cuando por fin regresé a casa eran casi las diez de la noche. Fui a la habitación y extendí sobre la cama todo lo que me había comprado. La verdad era que todo aquello me había costado un riñón, pero para lo que me quedaba en el convento...

Aquel pensamiento me hizo ser consciente de que la cuenta atrás había comenzado y que había empezado a hacer todo lo que quería antes de dejar este mundo. Los calmantes que me recetó el médico me ayudaban en algunas ocasiones, pero no hacían milagros. «¿Cómo voy a hacer para que Marc no se dé cuenta de lo que me pasa? ¿Y si lo descubre todo?».

Decidí apartar esos pensamientos de mi cabeza. La jornada siguiente tendría un día, y esperaba que también la noche, muy largos, por lo que necesitaría descansar todo lo posible.

* * *

—¡Ya estoy aquí! —gritó Alec desde la puerta de la entrada. A los pocos segundos estaba asomando la cabeza por la puerta de mi habitación—. ¿Qué haces?

—Estoy preparando el traje de mañana y demás.

—¿Todavía tienes pensado hacerlo? —me preguntó Alec, apoyándose en el marco de la puerta y cruzando los brazos a la altura del pecho.

No contesté, sino que me limité a seguir guardando las prendas en la bolsa de deporte.

—Tío, sabes que esto no va a terminar bien, ¿verdad?

—Eso no lo sabes. Además, ya no puedo hacer nada. Le dije que mañana pasaba a buscarla.

—¿Pasar a buscarla? No me digas que encima tienes una cita con ella —dijo asemejando unas comillas con los dedos.

—Ya sabes que no se habla de las clientas.

—Pero ésta no es una cliente convencional. ¡Es una virgen!

Sujeté con fuerza la camiseta que tenía entre las manos.

—Me está empezando a molestar que te dirijas a ella de esa forma.

—¿Ves? Aún no te has acostado con ella y ya te está manipulando.

—No me está manipulando nadie. Solo digo que se merece algo más de respeto por tu parte.

—Como quieras, amigo —dijo Alec, levantando las manos a modo de disculpa y desapareciendo por el pasillo.

Seguí guardando un par de cosas más en la bolsa antes de cerrarla. Aquella mañana me había acercado a uno de mis restaurantes favoritos a reservar mesa para la noche siguiente. Tenía pensado llevar a Alison a cenar, luego pasearíamos por algún lugar tranquilo, y después...

«No quiero pensar en lo que ocurrirá después. Aún me siento culpable por tener que acostarme con ella. Sigue sin parecerme correcto que yo sea su primer hombre, pero no ha habido forma de disuadirla. Nunca me he acostado con una virgen, así que esto es tan nuevo para mí como para ella.

No tengo que olvidar nuestro encuentro fallido. Cuando nos encontramos en el parque aún estaba avergonzada, por lo que tampoco sé cómo va a reaccionar ante mi nuevo acercamiento».

—¿Pedimos unas pizzas para cenar? —me preguntó Alec desde alguna parte de la casa.

—Claro.

Cerré la bolsa y la dejé al lado de la puerta. Después salí de la habitación y fui a buscar a mi compañero. Necesitaba dejar de pensar. ¿Y qué mejor forma que con pizza, cerveza y algo de fútbol?

* * *

—¿Estás nerviosa? —me preguntó Brenda mientras yo echaba el cierre de la tienda a la hora de comer.

—Sí, mucho.

—Tranquila, eres una mujer de bandera. ¿O es que ya no recuerdas todos los moscones que tenías detrás de ti en el instituto?

—¿Yo? ¡Pero si la que los tenía eras tú!

—De eso nada. Te perseguían a ti, pero como no les hacías ni caso, me los quedaba yo.

—¡Qué bonito!

—Bueno, no te desvíes del tema. ¿Lo tienes todo preparando para esta noche?

—Creo que sí.

—¿Segura?

—Que sí.

—¿También los condones?

Hice una mueca con la boca y encogí los hombros.

—Eso se me escapó.

—Siempre tengo que estar en todo —dijo Brenda alzando las cejas.

Metió la mano en su bolso, sacó un paquete nuevo de preservativos y me lo tendió.

—Toma.

—En vez de llevar pañuelos, llevas preservativos, qué práctica.

—No, tonta. Sabía que tú no los habrías comprado, y estoy segura de que te morirías de vergüenza si tuvieras que ir tú a por ellos, así que me pasé esta mañana por la farmacia antes de venir aquí, y te hice el favor de comprártelos.

—¡Qué haría yo sin ti! —dije poniéndome en pie y dándole un fuerte abrazo.

—No quiero ni pensarlo.

Y cada una se fue por su lado.

Al llegar a casa lo primero que hice fue comprobar el correo, por si Marc me había mandado algún mensaje diciendo que le había surgido algún compromiso de última hora; cosa que no me extrañaría si tenía en cuenta lo renuente que había estado ante mi proposición. ¿Tan raro era querer dejar de ser virgen?

En fin, mejor que no empezara a darle vueltas.

Para comer calenté un plato precocinado de pasta en el microondas. Tenía que hacer todo el ritual del aseo antes de mi cita, y eso requería un tiempo que casi no tenía.

Las horas pasaban y yo estaba cada vez más nerviosa. Intenté distraerme viendo la televisión, leyendo un libro, hojeando una revista, escuchando música, navegando por Internet... pero cada diez minutos, en el mejor de los casos, miraba el reloj. ¿Por qué el tiempo tiene que pasar tan despacio cuando necesitas que pase rápido, y tan rápido cuando deseas que sea lento?

A las ocho y media ya no podía más y me puse a pasear por el salón. Media hora. Solo quedaba media hora más y llegaría mi cita.

Mi cita.

Qué bien sonaba.

A las nueve menos cuarto, tras haber recorrido unos cuantos kilómetros sin salir del salón, me senté en el sofá a terminar de esperar.

Finalmente, el reloj marcó las nueve. ¡Al fin! Me puse de pie frente a la puerta, conteniendo casi la respiración. El timbre sonó justo a tiempo. Me acerqué al interfono y descolgué el auricular.

—¿Sí?

—Soy yo, Marc.

—Ah, hola. Sube.

Y presioné el botón para que pudiera abrir la puerta de abajo. Coloqué de nuevo el auricular en su lugar y me acerqué a la entrada, esperando a que tocara el timbre. Cuando lo hizo, abrí la puerta sin más dilación. Y ahí estaba, con su traje negro y camisa blanca.

—Hola —le dije, intentando que no se me notaran demasiado los nervios.

—Hola —contestó sonriendo—. ¿Puedo pasar?

—Claro. Perdona.

Cuando entró, cerré la puerta y, una vez más, aproveché para mirarle mejor.

—Toma, esto es para ti.

Me tendió una rosa blanca.

—Gracias, pero no hacía falta que te molestaras.

—No es molestia regalarle una flor a otra.

Bajé la cabeza para que no viera que me había sonrojado.

—Gracias.

—Estás... muy guapa.

—Gracias —respondí aún más sonrojada.

Sentí que se acercó a mí y segundos después, noté que su mano se posaba en mi barbilla y me alzaba la cara.

—Así. Mucho mejor —dijo sonriendo a la vez que dejaba caer la mano con una suave caricia—. ¿Estás lista?

—Sí. Cojo el bolso de la habitación y nos vamos.

Marc asintió una vez y yo me dirigí a mi cuarto. Al llegar me agarré a la cómoda y me puse una mano en el pecho. ¡El corazón me iba a mil! Tenía que serenarme o no sería capaz de terminar la noche. Respiré hondo un par de veces, cogí el bolso y fui a reunirme con mi cita.

Al entrar al salón vi que Marc estaba mirando los libros de las estanterías, y yo aproveché, otra vez, para mirarle a mis anchas. La verdad es que el traje le quedaba como una segunda piel, se le marcaban todos los músculos de las piernas, los brazos, la espalda...

—¿Nos vamos? —le pregunté antes de acalorarme más.

—Sí.

Él salió primero para que yo pudiera cerrar la puerta. Cuando metí las llaves en el bolso me ofreció su brazo.

—Señorita...

—Gracias —le contesté mientras entrelazaba mi brazo con el suyo.

Ya abajo, me abrió la puerta del coche y esperó a que estuviera bien acomodada antes de cerrarla. Luego pasó por delante del coche y se metió.

—¿Dónde vamos?

—Es una sorpresa —dijo poniéndose el cinturón.

No tardamos mucho en llegar a nuestro destino. Había reservado mesa en uno de los restaurantes más caros de la ciudad. Entramos y nos acercamos al hombre que había en la entrada.

—Tenía una reserva a las nueve —le dijo Marc al hombre.

—¿A nombre de quién?

—Marc Biaggio.

El hombre miró las hojas que tenía delante e hizo una marca al lado del nombre de Marc.

—Si son tan amables de seguirme —dijo el hombre cogiendo dos cartas y entrando en el salón. Marc me cedió el paso y ambos seguimos al hombre. La mesa estaba al fondo del salón, con dos sillas, un mantel de color crema y una lámpara en el centro que no alumbraba casi nada. Marc me sujetó la silla para que me sentara, y cuando lo hizo él, el hombre nos ofreció las cartas y nos dijo que no tardarían en atendernos.

—¿Te gusta? —me preguntó Marc poniéndose la servilleta en las rodillas. Yo le imité.

—¿Que si me gusta? ¡Es una pasada! Tenía conocimiento de este restaurante y siempre había querido entrar, pero nunca había tenido la oportunidad.

—Bueno, pues hoy estás aquí.

No pude evitar sonreír. Estaba empezando a ponerme roja otra vez, así que decidí mirar la carta para ocultarlo. Fui paseando la vista por los platos, y si uno tenía buena pinta, el otro era mejor; pero si uno era caro, el otro era indecente.

—Oye, ¿no crees que esto es demasiado caro?

—Sí, lo es —contestó Marc sin levantar la vista de su carta.

—Podemos ir a otro lugar que sea algo más...

—No vamos a ir a ningún lado —Marc cerró la carta y la dejó sobre el plato—. Te he invitado a cenar, así que no te preocupes por la cuenta. Además, el chef es un buen amigo mío.

—Está bien.

Ambos regresamos a las cartas. Un camarero se acercó, nos tomó nota de la bebida y los platos que íbamos a tomar y se marchó.

—Bueno, cuéntame algo de ti —dijo Marc acomodándose en la silla.

—¿De mí? No hay mucho que contar. Soy una chica sencilla.

—¿Sencilla? No existen las mujeres sencillas.

—Pues acabas de conocer a una —dije señalándome a mí misma.

—Está bien, señorita sencilla, ¿siempre has vivido aquí?

—Sí. Mis padres se mudaron a esta ciudad cuando se casaron y yo nací aquí.

¿Y tú?

—Yo no soy de aquí. Mi madre es inglesa y mi padre es español, pero yo

nací en Italia.

—Me encantaría poder ir a Italia.

—¿Qué te lo impide?

—No me queda tiempo.

Había soltado aquello sin darme cuenta.

—Siempre hay tiempo para divertirse.

Me relajé al ver que no había dejado del todo al descubierto mi secreto.

—Supongo.

En ese momento se acercó el camarero con las bebidas. Marc había pedido vino blanco y agua para ambos.

—Prueba este vino, es fantástico —comentó llevándose su copa a los labios.

Yo le imité llevándome la copa a los labios y di un sorbo pequeño. El caldo estaba frío, lo cual agradecí.

—¿Te gusta?

—Está muy bueno.

—Y... ¿a qué te dedicas?

—Tengo una pastelería cerca de casa. Era de mis padres y ahora la llevamos mi amiga Brenda y yo.

—Yo soy un desastre en la cocina.

—Pero algo sabrás preparar, ¿o acaso no comes?

—Sí, bueno, sé meter los platos precocinados en el microondas y pedir comida a domicilio.

Aquello me hizo gracia y no pude evitar soltar una carcajada. Las personas que había cerca se me quedaron mirando.

—Perdona, no he podido evitarlo.

—Puedes reírte todo lo que quieras, yo también me doy pena a mí mismo.

Los platos llegaron y comimos entre preguntas, miradas y silencios. Antes de salir, nos dirigimos a la zona de cocinas.

—Espera aquí, voy a visitar a mi amigo.

Marc se perdió tras las puertas de la cocina y yo aproveché el momento para ir al baño. Al mirarme en el espejo vi que el maquillaje seguía casi en su sitio, salvo en los labios, por lo que me apliqué más pintalabios y salí justo en el momento en el que se abría la puerta de la cocina y salían Marc y otro hombre vestido de cocinero.

—Alison, te presento a Ricciardo, el chef del restaurante.

—Encantada —dije tendiéndole la mano al hombre—. La comida estaba estupenda, muy buena.

—El placer es mío, y me alegro de que te haya gustado —dijo antes de besarme en la mano—. Marc me dijo que había venido a cenar con una

preciosidad y no quería perdérmelo.

—Ricciardo...

—Bueno, yo quise salir a cotillear a la acompañante de mi amigo, y la verdad es que ha merecido la pena.

Yo bajé la cabeza, pues me daban vergüenza sus palabras.

—Venga, ya está bien. Nosotros nos vamos. Gracias por la mesa.

—A mandar.

Y Ricciardo se perdió en la cocina. Cuando las puertas se cerraron, Marc se acercó más a mí.

—¿Nos vamos?

—Claro —dije sonriéndole.

Me di la vuelta para ir hacia la salida cuando sentí que Marc me ponía una mano al final de la espalda. Me tensé y alcé la cabeza para mirarle.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

Yo negué con la cabeza y seguí andando. Ya en la calle, me ofreció su brazo otra vez.

—¿Quieres regresar ya a casa o prefieres dar un paseo antes?

—Un paseo estará bien.

Caminamos a lo largo de la calle y llegamos a un parque que tenía fuentes rodeadas por bancos. No había farolas, pero las fuentes tenían luces que alumbraban lo justo para hacer íntimo el paraje. Nos sentamos en un banco uno al lado del otro, sin tocarnos. Poco después, Marc se me acercó, se giró en mi dirección, cruzó las piernas y pasó un brazo por el respaldo del banco, como si fuera por mis hombros, quedando yo casi aprisionada entre el banco y su cuerpo. Y eso me gustó.

—Gracias por la cena. Me ha encantado el restaurante.

—Me alegro.

—Aunque un sitio menos ostentoso también habría servido.

—Te he llevado ahí porque me gusta ese restaurante, no porque quisiera impresionarte.

—Pues lo has conseguido.

Seguimos hablando hasta casi medianoche. Después regresamos al coche. A medida que nos acercábamos a casa me iba tensando más y más. La noche había transcurrido mejor de lo que me había imaginado, incluso llegué a relajarme cuando estábamos en el parque. Pero ahora ya solo quedaba una cosa por hacer...

* * *

—Pues ya hemos llegado —dije, apagando el motor del coche.

Me bajé del coche para abrirle la puerta a Alison, me abroché la americana antes de abrirla, y me posicioné de tal forma que al salir a ella no le quedara más remedio que rozarse conmigo.

Habíamos llegado ya a su casa, por lo que la función estaba a punto de empezar. ¿Y qué mejor forma de hacerlo que ir calentando el ambiente?

Efectivamente, al bajarse no tuvo más remedio que rozar su torso con el mío, y alzó la vista. Yo le mantuve la mirada y vi que abría la boca para tomar aire. Aquello iba por buen camino.

Finalmente, terminó de salir del coche y cerré la puerta. Después me puse a su lado y volví a colocar la mano en su espalda, pero esta vez haciendo algo más de presión que en la ocasión anterior.

Ya dentro del portal, llamó al ascensor, y durante la espera no aparté la mano, sino que me pegué más a su cuerpo, con lo que mi mano se desplazó ligeramente hacia un lado. Noté que Alison repetía el gesto de tomar aire.

Buena señal.

Cuando se abrió la puerta del ascensor, ella se apresuró a entrar, dejándome atrás y deshaciendo el contacto conmigo, así que me coloqué enfrente y la miré fijamente a la cara. Al sentir mi escrutinio levantó la cabeza y la bajó rápidamente para volver a levantarla.

—¿Tengo algo en la cara? —preguntó tocándose las mejillas. —Sí.

—¿El qué? —preguntó, restregándose aún más la piel. —Belleza.

Alison dejó caer las manos y sonrió, al igual que yo. Tenía una sonrisa bonita.

Sonó el timbre que indicaba que el ascensor se iba a abrir y esta vez fui yo el primero en salir. Ella rebuscó las llaves en el bolso mientras yo esperaba apoyado en el quicio de la puerta.

El telón empezaba a levantarse.

La función estaba a punto de empezar.

Capítulo 5

¡Dónde coño están las puñeteras llaves cuando se las necesita! Por más que rebuscaba en el maldito bolso no las encontraba, y el tener a Marc tan cerca no me estaba ayudando demasiado que digamos.

—¡Aquí están! —exclamé sacando al fin las llaves del bolso, pero lo hice tan fuerte que se me cayeron al suelo—. ¡Mierda! —dije agachándome al suelo a por ellas.

Por el rabillo del ojo vi que Marc contenía a duras penas una sonrisa. No me gusta que se rían de mí, pero tengo que reconocer que la escena tenía su gracia.

Busqué la llave correcta para poder abrir, pero al parecer, aquélla no era mi noche. La maldita llave se negaba a entrar en la cerradura. O más bien, yo era incapaz de hacerla entrar en la cerradura con el temblor de manos que tenía. ¿Por qué tenía que ser tan consciente de la cercanía de aquel hombre? Y por si no fuera suficiente, las llaves se me escurrieron otra vez de las manos.

—Deja que te ayude.

Marc se agachó a por las llaves, y en vez de depositarlas en la mano que le había tendido para que me las diera, se colocó detrás de mí, muy, muy cerca de mí, puso las llaves en mi mano y la suya encima, llevó las manos unidas a la cerradura y la llave entró en ella sin rechistar. ¿Acaso no podía haberlo hecho antes? Pero ya nada importaba. Lo único en lo que me podía concentrar era en la suave caricia de la mano de Marc sobre la mía.

—Ya está —me susurró en el oído.

—Gracias.

Me giré para mirarle a la cara, esperando ver mofa en su rostro. No fue así. Me miraba fijamente a los ojos, sin pestañear, diciéndome más con esa mirada que en toda la noche con las palabras. Bajé la mirada a sus labios y tuve que tragar saliva antes de regresarla de nuevo a sus ojos. Marc se fue acercando lentamente, como si no quisiera que me perdiera ninguno de sus movimientos, y sentí cómo mis labios se separaban por voluntad propia al sentir los suyos tan cerca.

Estaba a punto de besarme, y yo estaba deseando que lo hiciera, así que cerré los ojos ansiando el contacto.

—¿Entramos? —preguntó Marc, su aliento haciéndome cosquillas en la cara.

Abrí los ojos de golpe y solté un suspiro. No me había dado cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

—Claro.

Empujé hacia dentro la puerta, ahora abierta, y dejé que esta vez fuera él quien la cerrase. Dejé el bolso y las llaves en la mesa del salón.

—¿Te apetece tomar algo? Tengo...

Antes de que me hubiera dado tiempo a terminar la frase, Marc me había agarrado del brazo haciéndome girar a la vez que me atraía hacia su cuerpo. Por puro instinto, levanté la mano que me quedaba libre para no chocarme con él, la cual fue a parar a su pecho.

—Me apetece tú —dijo muy serio y con voz ronca.

No pude evitar soltar otro suspiro. Noté que las mejillas se me ponían rojas, por lo que intenté cubrirme la cara agachando la cabeza. Él me soltó el brazo que me había agarrado y colocado a la espalda y me alzó la cabeza hasta que sus ojos se encontraron con los míos.

—¿Qué ocurre? —preguntó haciéndome una caricia en la barbilla con el pulgar antes de apartar la mano.

—Me ha dado vergüenza lo que has dicho.

—¿El qué?

—Pues... eso de... que yo te... —volví a bajar la cabeza. —Alison, mírame.

Oh, Dios, qué bien quedaba mi nombre en sus labios. Pero no podía mirarle a la cara, me daba demasiada vergüenza. Finalmente, respiré hondo y levanté la cabeza. Su mirada era mucho más intensa que antes.

—Me da vergüenza que me digas que te apetezco —solté todo seguido.

—Pero es cierto.

Marc se movió para quitarse la americana, la cual arrojó al sillón, y se colocó detrás de mí, tan cerca, que podía notar su pecho rozando mi espalda al respirar.

—Me apetece acariciarte.

Su mano derecha empezó a subirme por el brazo en una agonizante caricia.

—Me apetece abrazarte.

Su otra mano me acarició la cintura para luego pegarme más a su cuerpo. La primera mano ya había llegado al cuello, el cual fue acariciando hasta que consiguió que yo echara la cabeza hacia atrás y la apoyase en él.

—Me apetece besarte.

Con la mano que me había estado acariciando el cuello me hizo girar la cabeza hasta quedarnos cara a cara. Su contacto era cálido, puro fuego, pero no podía evitar que me diera cuenta de la similitud que estaba teniendo aquella escena con la vez anterior, y se me ocurrió algo.

—Tengo algo que decirte.

Bajó su cabeza hasta mi cuello, ahora totalmente expuesto, y su aliento me hizo cosquillas cuando habló.

—¿El qué?

—Nunca me han besado.

Marc alzó la cabeza y me miró antes de sonreír.

—Eso tiene fácil solución.

Se colocó delante de mí. La mano que tenía en mi cuello la llevó a la nuca y empezó a introducir los dedos entre el pelo a la vez que se acercaba lentamente. Sus ojos ya no buscaban los míos, sino que ahora estaban fijos en mis labios, los cuales no pude evitar humedecer y separar ligeramente.

Y entonces ocurrió. Sus labios se posaron en los míos, dulce, despacio, pero con decisión. Su boca se movía sobre la mía como si los labios estuvieran bailando.

El beso se fue intensificando. Casi no podía respirar. Cuando sus labios se separaban intentaba hacerlo, pero no había empezado a introducir aire en los pulmones cuando sus labios ya estaban reclamando los míos otra vez, con su mano impidiendo que pudiera apartar la cabeza de él. Sentí que su lengua se introducía poco a poco en mi boca y que su brazo me estrechaba más contra él. Si la primera parte del beso había sido intensa, los segundos que siguieron lo fueron mucho más.

Tan absorta estaba en lo que estaba experimentando, que no me di ni cuenta de que había levantado las manos hasta su cabeza para evitar que se separara de mí. Pero necesitábamos respirar.

Cuando nos separamos, ambos estábamos jadeantes.

—Para ser tu primer beso, no ha estado nada mal.

Y volvió a la carga, pero esta vez no solo me besó en los labios, sino que su boca se dirigió a la mejilla, a la oreja, al cuello... y sus manos no se quedaban atrás. Se dirigieron a la cremallera del vestido y empezaron a bajarla muy despacio, mientras sus labios besaban la piel que iba apareciendo. Después, sus manos hicieron ese mismo recorrido de forma ascendente.

—Tienes una piel exquisita —dijo poniéndose otra vez delante de mí.

No podía hablar. Solo era capaz de mirarle expectante, ansiosa por que sus manos o sus labios me tocaran de nuevo.

Y lo hicieron.

Empezó a bajarme el vestido lentamente, acariciando la piel que a su paso iba descubriendo. Al llegar a las caderas se agachó, pero sin dejar de acariciarme ni de mirarme a los ojos, ni siquiera al incorporarse. Me cogió de la mano para hacerme salir del vestido, ahora arrugado en el suelo.

Ya de pie, me abrazó y besó durante unos segundos. —Ahora te toca a ti —

dijo dando un paso atrás.

Me lo quedé mirando con los ojos como platos. ¿Quería que le desnudase?

—No sé lo que tengo que hacer —dije titubeando.

—Haz lo que quieras.

Recordé el momento en el que posé la mano en su pecho cuando me atrajo hacia su cuerpo. Quería ver ese pecho desnudo.

Me acerqué de la misma forma en que él lo había hecho conmigo, sin apartar la vista de sus ojos. Agarré una de sus manos y la alcé para quitarle el gemelo y desabrocharle el botón del puño, y repetí la acción con la otra mano, dejando los gemelos perdidos en el suelo.

Seguía mirándole cuando llevé las manos a sus hombros y empecé a acariciarlos, pero al comenzar a desabrocharle los botones de la camisa, no pude evitarlo y rompí el contacto visual. La tentación de ver aquel magnífico torso desnudo era demasiado grande, y yo no quería perderme ningún detalle. Fui desabrochando los botones de uno en uno, acariciándole, al igual que él, la piel que se iba descubriendo. Pero los últimos botones, más que desabrocharlos, los arranqué, haciendo que Marc sonriera.

Posé las manos extendidas justo encima del pantalón y fui ascendiendo, acariciando y apartando la tela para descubrir más piel. Según iba tocando su cuerpo Marc contenía más la respiración, y eso me gustaba. Quería hacerle sentir todo lo que él me había hecho sentir a mí. O al menos intentarlo.

Al llegar a sus hombros retiré la camisa por sus musculosos brazos y la dejé caer por su propio peso, haciendo un ruido sordo al llegar al suelo. Ahora tenía total libertad para admirar su magnífico cuerpo. Tenía los abdominales marcados, pero no en exceso, lo justo para hacerlos notar. Su pecho y sus brazos eran otra cosa. Y no pude evitar posar la mano completamente abierta sobre su pecho izquierdo.

Marc contuvo el aire y volví a mirarlo a la cara. Su mirada era mucho más intensa y oscura de lo que lo había sido hasta ahora. Me estaba mirando con verdadero deseo, o con lo que yo creía que era deseo. Posé la otra mano en su otro pecho y admiré el contraste del color de mi piel en la suya. Era perfecto.

Sin que me diera cuenta, Marc me rodeó la cintura con uno de sus brazos para atraerme hacia él y poder besarme con pasión, mientras su otra mano volvía a posicionarse entre mi pelo. Era increíble la sensación de sus labios húmedos sobre los míos, de su lengua rozando la mía, su respiración agitada en mi cara... y subí mis propias manos para abrazarle, pegando cada curva de mi cuerpo al suyo.

No sé cómo ocurrió, pero en cuestión de segundos, Marc me alzó en brazos, rodeando su cintura con mis piernas mientras caminaba en dirección al

dormitorio, todo eso sin dejar de besarnos.

Ya en el cuarto, me dejó en el suelo, pero como aún tenía los tacones puestos, perdí ligeramente el equilibrio.

—Será mejor que te descalces —dijo Marc besándome en el cuello. Como pude, me bajé de los tacones y los lancé lejos.

Marc seguía con los pantalones puestos, así que llevé las manos hasta su cintura. Sabía que estaba excitado porque al cogerme en brazos había notado esa parte de su anatomía contra mí, y ahora, mientras le desabrochaba el cinturón, su excitación era más que visible.

Una vez hube desabrochado el cinturón y el botón del pantalón, empecé a bajarle la cremallera, pero Marc me agarró las manos y me detuvo.

—Será mejor que dejes de hacer eso o la noche terminará antes de lo que me gustaría —su voz era mucho más ronca que antes.

Aparté las manos y las dejé colgando a cada lado de mi cuerpo.

—¿Y ahora qué? —le pregunté.

—Ahora tienes la última oportunidad para recapacitar sobre lo que está a punto de ocurrir. Si quieres que me detenga, dímelo ahora, porque en el momento en que te desnude completamente y te tumbe en la cama, no habrá marcha atrás.

¿Cómo podía creer que quería que aquello se terminara, con lo que lo estaba disfrutando?

—No quiero que te detengas. No ahora. Quiero que me hagas tuya.

¿En verdad yo había dicho aquello? Definitivamente, tantas sensaciones nuevas no me estaban sentando nada bien.

—Cariño, fuiste mía en el momento en el que te tomé en mis brazos.

Marc llevó las manos a mi espalda y me desabrochó el sujetador, dejándolo caer a los pies de la cama. Bajó la mirada y observó mi cuerpo desnudo. Yo intenté cubrirme, pero me apartó las manos.

—No te avergüences de tu desnudez. Tienes un cuerpo increíble.

No sé cómo, pero sus palabras consiguieron relajarme. Me tomó en brazos y se subió a la cama para tumbarme mientras él se quedaba de rodillas, mirándome.

—Definitivamente, eres preciosa.

Se tumbó de costado a mi lado y empezó a besarme el cuello, para comenzar a descender hasta llegar a los pechos, los cuales acarició antes de besar. Cuando sus dedos rozaron los pezones arqueé la espalda y contuve la respiración. Una sensación de calor se instaló en mi bajo vientre.

—¿Te gusta?

—Sí... —suspiré.

—¿Y esto?

Marc se metió uno de los pezones en la boca y lo acarició con la lengua.

—¡Dios, sí!

Siguió chupando ese pezón y luego el otro, para descender después por el estómago hasta llegar a la cintura del *culotte*, que aún llevaba puesto. Acarició la goma de la prenda antes de empezar a bajarla por las piernas.

Ahora sí que estaba completamente desnuda, y al contrario de lo que me había imaginado, no sentía vergüenza, solo un inmenso placer.

Dejó caer la prenda interior al suelo, regresó a la posición anterior y empezó a mordeme delicadamente el hueso de la cadera, a descender más y más... y no pude evitar retorcerme de placer. Marc colocó las manos en mis caderas, obligándome a permanecer quieta mientras él seguía descendiendo el reguero de besos por la parte exterior de las piernas hasta llegar a las rodillas, consiguiendo hacerse un hueco entre mis piernas abiertas ligeramente, para empezar la ascensión besando la zona interior de los muslos. Cada beso era más cálido e intenso que el anterior.

Nunca me había sentido como entonces. Había algo que me decía que estaba a punto de llegar al final, pero yo no quería que aquello terminase. Quería más.

Y de pronto, sentí los labios de Marc besando mi feminidad.

—¡Oh, Dios mío! —exclamé incorporándome.

Marc levantó la cabeza lo justo para encontrar mis ojos, sonrió y volvió a bajar la cabeza. Siguió besando y chupando aquella zona durante unos minutos más antes de ascender y cubrir parcialmente mi cuerpo con el suyo.

—¿Te ha gustado lo que te he hecho hasta ahora? —me preguntó, apartándome un mechón de pelo de la cara.

—Mmmm —fue lo único que fui capaz de contestar.

—Alison —esperó a que abriera los ojos para seguir hablando—, dime que te ha gustado.

—Me ha encantado —le contesté sonriendo.

Marc me besó en la boca, aproximando su cuerpo, aún infundado en los pantalones, al mío, haciéndome ser consciente de su grado de excitación.

—Ya no aguanto más —me susurró al oído.

Se levantó de la cama y se deshizo de sus pantalones. Debajo llevaba puesto un bóxer que siguió el mismo destino que los pantalones, dejando al descubierto su miembro erecto. Nunca me había gustado el cuerpo masculino desnudo cuando lo había estudiado en las clases de Biología; pero aquello... era hermoso, intimidante, perfecto.

—Mierda, me he dejado los condones en el coche.

—Yo tengo en la mesilla, en el primer cajón —dije llevando la mano al

mueble y sacando uno.

—Una chica preparada, me gusta —dijo sonriendo y cogiendo el condón que le tendía.

Abrió el paquete rasgando el envoltorio con los dientes, se lo colocó en la punta del pene y lo desenrolló por toda su longitud. Después, me separó un poco más las piernas y se tumbó encima de mí, cubriendo esta vez todo mi cuerpo con el suyo.

Sentir su erección sobre mi sexo me hizo suspirar.

—¿Estás preparada?

—Sí, lo estoy.

—Está bien. Puede que sientas un poco de dolor cuando te penetre, es algo irremediable; pero intentaré ser lo más cuidadoso que pueda. Lo último que quiero es hacerte daño —esperó a que le diera alguna indicación de que le había entendido. Asentí una vez con la cabeza—. Y ahora, relájate.

Me besó de nuevo, pero no como antes, sino exigiendo más, mucho más, mientras me masajeaba uno de los pechos. La sensación era muy intensa, sobre todo el roce de su pecho desnudo contra el mío. Noté que bajaba la mano, la que había estado antes en mi pecho, hasta llegar a la cadera, se apartó lo justo para introducirla entre ambos cuerpos y colocó su miembro en la entrada de mi sexo, pero sin llegar a introducirse. Se colocó todavía más encima de mí con ambos codos apoyados a los lados de mis brazos para no dejar todo su peso sobre mi cuerpo.

—¿Lista?

Asentí otra vez con la cabeza.

—Rodéame la cintura con tus piernas.

Lo hice, y el movimiento consiguió que me abriera más a él, produciéndose un roce que me hizo soltar un leve gemido. Marc me besó otra vez tan intensamente como antes.

—Abrázame —dijo contra mis labios.

Como pude, pasé mis brazos por debajo de los suyos y me aferré a él. Siguió besándome, y cuando pensaba que iba a perder la cabeza, me penetró con un solo movimiento. Sentí un dolor agudo, profundo, solté un grito y me tensé.

—Shhh, ya está, pequeña —dijo Marc acariciándome el pelo y besándome en la cara—. Mírame —no me había dado cuenta de que tenía los ojos cerrados—. Lo peor ya ha pasado. A partir de ahora solo sentirás placer.

Se quedó quieto un rato más y el dolor inicial se fue desvaneciendo, dejando paso a una sensación muy agradable. Marc, al ver que mi expresión se relajaba, se retiró ligeramente y se volvió a introducir.

—¿Bien? —preguntó, asegurándose de que no me hacía daño.

—Mejor que bien.

Marc se rio, bajó la cabeza y me besó. Empezó a moverse, despacio al principio y más deprisa después. Todo eran sensaciones. Notaba su miembro introducirse cada vez más en mi interior, sus caderas golpeando las mías, sus manos acariciando todo mi cuerpo, su boca apoderándose de cada centímetro de mi piel. Y de lo único de lo que yo era capaz era de aferrarme al él con fuerza y no parar de gemir.

—Oh, Alison, se siente tan bien —gimió Marc.

—Sí, se siente muy bien —asentí, y Marc incrementó el ritmo—. Por favor, no pares, no pares.

Bajé mis manos por su espalda hasta los glúteos, empujándolo contra mí e impidiendo que se apartase.

—No podría parar aunque quisiera.

Se incorporó sobre las manos, dejando caer gran parte de su peso ahora sobre sus caderas, haciendo el contacto aún más notable, dejándome ver cómo su miembro se perdía en mí. Coloqué las manos en su cadera y las ascendí hasta su pecho, acariciando cada centímetro de piel sudorosa.

—Vamos, nena, sé que estás a punto —Marc incrementó todavía más el ritmo, si eso era posible—. Déjate llevar, no te reprimas.

Y con una sola embestida más llegué al orgasmo. —¡Oh, sí! —grité.

Noté una explosión de placer entre las piernas que se iba incrementando con cada embestida de Marc. Instantes después él también llegó al orgasmo y se dejó caer encima de mí.

Estábamos jadeantes, y ninguno de los dos fuimos capaces de decir nada. Estábamos todavía subidos a la nube del éxtasis y era demasiado agradable como para alejarla, por lo que nos quedamos los dos tumbados, sudorosos y jadeantes, hasta que el sopor nos venció y sucumbimos a Morfeo.

Me desperté en mitad de la noche con frío, miré el reloj y vi que eran las 4:50 de la mañana. Estaba a punto de sonar el despertador, así que alargué la mano para apagarlo antes de que lo hiciera. No quería despertar a Marc, que seguía ligeramente tumbado sobre mí.

La persiana estaba levantada y la luz de la calle entraba en la habitación, haciendo posible distinguir al hombre que estaba en mi cama. Seguía boca abajo, con una de sus piernas y uno de sus brazos aprisionándome contra el colchón. Su cuerpo se elevaba lentamente por la respiración pausada del sueño.

Me deshice despacio de su abrazo para no despertarlo, cogí algo de ropa del armario y me metí en el baño para ducharme. Dentro del cuarto fui consciente de

todos los cambios que mi cuerpo había sufrido durante la pasada noche. Tenía los labios rojos e hinchados por los besos apasionados de Marc y los pezones también estaban rojos y mucho más sensibles que antes. Seguí bajando la vista por el espejo y vi que tenía sangre entre las piernas, hecho inequívoco que desvelaba la pérdida de mi virginidad.

Abrí el grifo del agua caliente y me metí debajo. Estuve en la ducha más tiempo de lo normal, dejando que el agua relajara los nuevos músculos que había descubierto por la noche que tenía y que ahora clamaban doloridos, pero lo único que conseguí fue imaginarme que en vez de ser el agua la que recorría mi piel, eran las manos de Marc las que lo hacían.

Rememoré cada beso, cada caricia, cada mordisco, cada movimiento de la noche anterior, y me excité. ¿Cómo era posible que un simple recuerdo me hiciera sentir así?

Cerré el grifo y salí de la ducha. Tenía que serenarme si quería ser capaz de hacer algo bien aquel día en la tienda. Salí del baño completamente vestida, cerrando también la puerta de la habitación con cuidado al salir. Marc no se había movido ni un milímetro.

Antes de irme a trabajar me tomé un café y le dejé una nota sobre la mesa de la cocina. Tenía que darme prisa si quería que los clientes tuvieran sus pedidos a tiempo aquel día.

* * *

Me encontraba solo en la cama, creyendo que Alison estaría en el baño, pero como no se escuchaba nada y como no salía de él, decidí ir a ver, poniéndome los pantalones de la noche anterior antes de ir a buscarla. No estaba en el baño, ni en el salón, ni en ninguna parte. Fui a la cocina para ver si la encontraba y vi que había una nota sobre la mesa.

Buenos días.

No quería despertarte esta mañana.

Estoy trabajando, regresaré a mediodía para comer.

No tienes que ocuparte de nada, ya apañaré la casa cuando regrese.

Puedes hacer lo que quieras: el vago, cumplir con algún otro compromiso, lo que quieras.

Gracias... por todo.

Alison.

Miré el reloj que había en la pared de la cocina y vi que marcaba algo más de las siete de la mañana. ¿Ya se había ido a trabajar? Quería haberla visto para comprobar cómo se encontraba, para ver su reacción. Dejé la nota sobre la mesa y rebusqué entre los armarios de la cocina una taza para servirme café. Después regresé a la habitación y vi la mancha de sangre en las sábanas.

La noche pasada había sido de todo menos predecible. Cuando vine a buscar a Alison me esperaba que abriera una mujer con un vestido de color rojo, o de algún otro color llamativo y tan pegado al cuerpo como si fuera una segunda piel, pintada como una puertaya la que seguramente le quedaría por darse los «últimos retoques»; es decir, que por lo menos le quedaría, como poco, otra hora para terminar de arreglarse. Por el contrario, me había encontrado con una hermosa mujer sutilmente maquillada, con un sencillo vestido negro y que simplemente tenía que coger el bolso para salir.

Pero eso no fue todo. Por norma general, a las mujeres que solían requerir mis servicios les encantaba salir a comer o a cenar a restaurantes cuanto más caros mejor; durante la velada no eran capaces de entablar una conversación interesante; y estaban deseosas de llegar al dormitorio. En cambio, Alison había preferido un sitio más sobrio al que ir y me había demostrado que era una joven bastante inteligente, capaz de tratar sobre cualquier tema; pero sobre todo, hacía que los silencios no fuesen incómodos. ¿Cómo lo había conseguido? No lo sé. Me había sentido a gusto, tranquilo, relajado. Había disfrutado de su compañía como no lo había hecho con ninguna otra persona antes, salvo con Alec, y eso me desconcertaba.

Luego, cuando llegamos a su casa, casi me desarma. Realmente era tan inocente... La había seducido, dejándome hacerle lo que quise, sin importar lo que fuera. Estaba seguro que me hubiera dejado hacerle más cosas, pero era su primera vez y no quería abusar demasiado de ella.

Dejé el café sobre una de las mesillas, retiré las sábanas manchadas, busqué unas limpias e hice la cama. Después fui a ducharme, no sin antes haber llevado las sábanas y la taza a la cocina. Ya en la ducha me coloqué de espaldas a la alcachofa, cerré los ojos y dejé que el agua caliente se escurriera por mi cuerpo. Las imágenes de la noche pasada me vinieron a la mente: Alison en mitad del salón, sonrojada cuando la estreché en mis brazos; Alison con la boca entreabierta esperando que la besara; Alison desabrochándose y quitándose la camisa...

Me giré para que el agua me diera en la cara y me despejara, pero eso no fue buena idea, porque la sensación del agua deslizándose por mi pecho se asemejaba a las manos de Alison acariciándome, el roce de sus pechos contra el

mío, sus manos bajando por mi cuerpo hasta mis glúteos para apretarme contra ella, el abrazo de sus piernas en mi cintura...

—¡Joder!

Coloqué las manos en las baldosas de la pared. El simple recuerdo de la noche pasada me había excitado. ¿Cuándo me había ocurrido eso? Nunca.

Terminé de ducharme y salí del baño. Aún llevaba la ropa de la noche anterior, por lo que tendría que bajar al coche a por la bolsa que había preparado con ropa limpia. Pero claro, en la entrada no había otro juego de llaves con el que abrir después la puerta. ¿Qué podía hacer? Decidí dejar el felpudo colocado de tal forma que la puerta no se pudiera cerrar. Solo esperaba que no hubiese una corriente de aire lo suficientemente fuerte como para ser capaz de empujar la puerta y el felpudo a la vez y dejarme en el descansillo hasta que llegara Alison.

Cuando regresé con la bolsa, la puerta y el felpudo no se habían movido, y pude entrar en la casa sin problemas. Me cambié, me puse cómodo en el salón y llamé a Alec.

—¿Diga? —contestó un Alec somnoliento al tercer timbrazo.

—Soy yo.

—¡Marcus!

—¿Te he despertado? —le pregunté, sabiendo la respuesta de antemano.

—Son las siete y media de la mañana, ¿tú qué crees?

—Oh, lo siento —dije con ironía.

—Seguro que estás muy arrepentido. Por cierto, ¿qué tal anoche con la virgen?

—Alec...

Ya le había dejado claro que no quería que se dirigiese a ella de esa forma. ¿Por qué tenía que seguir haciéndolo? Me estaba empezando a molestar.

—Vale, vale, como quieras, pero cuéntame qué tal te fue.

«Pues... me fue increíblemente bien». Había disfrutado mucho, disfrutado de verdad, como pocas veces había conseguido hacerlo hasta ahora.

—Bien.

—¿Bien? ¿Solo bien? ¿Para tan poco te dio la noche? Una de dos: o es mucha mujer y tiene demasiado potencial, o es muy poquita cosa y terminaste pronto, quedándote a medias.

—Ya sabes que nunca te doy detalles de las clientas.

—Pero ésta no es una clienta convencional. Es una...

—Alec...

Sabía lo que iba a decir y le advertí antes de que siguiera.

—Es nueva. No es una clienta normal. Vamos... dime algo más.

—Te diré que superó todas mis expectativas.

—¿Y qué cojones significa eso? Acabas de despertarme hace dos minutos y mi cerebro aún no funciona a toda potencia, así que ya me estás explicando eso.

—Quiero decir que te sorprenderías de lo que sucedió anoche.

—¡No! ¿En serio? ¿Tan bueno fue? ¿O acaso te estás quedando conmigo?

—No me estoy quedando contigo. Además, solo te llamaba para decirte que estoy bien, como hacemos siempre. Adiós.

—¡No seas cabrón! ¡Marcus! ¡No puedes dejar...!

Colgué dejando a Alec con la palabra en la boca. No me gustaba dar explicaciones sobre las intimidades de las mujeres con las que trabajaba, y ya le había dado más de las debidas sobre Alison. Tendría que contentarse con eso.

Regresé a la cocina en busca de algo en lo que entretenerme, y vi que había olvidado en la mesa la nota que Alison me había dejado antes de irse. La volví a leer. ¿A qué se referiría con «cumplir algún otro compromiso»? Cuando estaba contratado por una mujer, no estaba con nadie más que no fuera con ella. «Tendré que aclararle eso cuando regrese».

Volví al salón, me senté en el sofá y encendí el televisor para distraerme un poco, pero me quedé dormido antes de que dieran la segunda noticia en el telediario matinal.

Capítulo 6

—¿Qué tal te fue anoche?

No había escuchado la llegada de Brenda y me asusté al escuchar su voz tan cerca, esparciendo harina por todos lados.

—Una costumbre horrible la tuya de acercarte tan sigilosamente por detrás —le dije mientras me limpiaba la harina del cuerpo antes de darme la vuelta para mirarla.

—Ya, pero cuéntame cómo te fue anoche. ¿Hubo tema? —me preguntó sonriendo. Bajé la mirada y yo también sonreí.

—¡Claro que hubo tema! ¿Pero tú te has visto? ¡Estás radiante!

—Sí, hubo tema —afirmé sonrojándome.

—Pero mírate, si pareces un tomate sonriente.

—¡Brenda!

—Quiero que me des ahora mismo todos los detalles de lo que ocurrió anoche.

—Si quieres te hago un croquis —le dije poniéndome la mano en la cintura.

—Si lo prefieres —dijo sonriendo—. Ahora en serio, ¿qué tal te fue?

—Fue increíble. Me recogió en casa a la hora acordada y me invitó a cenar a un restaurante más que caro. Después fuimos a pasear a un parque cercano y nos sentamos en un banco. Y luego regresamos a casa y...

Bajé la cabeza otra vez, sonriendo.

—Pero mírate, si pareces una adolescente cachonda —dijo Brenda, también sonriendo.

—¡Brenda!

—Perdona, amiga, pero es lo que pareces. Pero tengo que reconocer que estás espléndida —se acercó para darme un abrazo—. Ya era hora de que disfrutaras un poco de la vida —dijo antes de retirarse.

—Gracias.

Brenda fue la primera en deshacer el abrazo y yo regresé al trabajo.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Me giré y vi a Brenda en la misma posición relajada de antes.

—Se llama trabajar, ¿te suena?

—Aún tienes que contarme los detalles de anoche.

—Ya te he dicho lo que hicimos.

—Esos detalles no son los que me interesan, sino los «detalles» —dijo haciendo hincapié en la última palabra.

—¿Qué es lo que quieres saber?

—¿Es bueno en la cama o es de los de cinco minutos y ya?

Me la quedé mirando con la boca abierta.

—¿En serio me estás preguntando eso?

—Con el sexo y el dinero no bromeo.

—Pues es... no sé, bueno... Ten en cuenta que no tengo con quién compararle.

—Pero yo sí, así que empieza a cantar.

—No me hagas esto, Brenda...

—Ésa es la función de las amigas.

—¿El ser cotilla?

—No, satisfacer la curiosidad de la otra, así que suelta por esa boquita.

—Pues fue muy... cuidadoso, atento, cariñoso...

—¿Estaba bien dotado?

—¡Brenda!

—¿Qué? —dijo encogiéndose de hombros—. Lo que me interesa es su físico, no lo que te hizo sentir, eso ya lo sé yo. Así que dime, ¿es pez o pezqueñín?

No pude evitar soltar una sonora carcajada al oírla hablar así.

—Es pez —dije siguiéndola el juego.

—¿Me lo vas a contar o te lo tengo que sacar con un sacacorchos?

—Está bien. Marc está cañón, tiene un cuerpo de infarto, unos músculos... unos abdominales... unos brazos... Exuda fuego y sexo por cada poro de su piel. Me recorrió el cuerpo con las manos y la boca varias veces. Y yo no me quedé atrás. Paseé la vista y las manos desde su pelo a su trasero, ¡y qué trasero! —dije poniendo los ojos en blanco y mordiéndome el labio inferior—. ¿Eso es lo que querías saber?

—¿Sabes si tiene algún hermano gemelo para mí? Aunque si estás dispuesta a compartir...

—Eso ni lo sueñes. Es mío. Y ahora que ya he satisfecho tu curiosidad, ¿puedo seguir trabajando?

Brenda desapareció del obrador para reponer los estantes y yo seguí con las masas.

La mañana fue más tranquila de lo normal, lo cual me vino bien, pues no hacía más que distraerme con la noche pasada.

A mediodía regresé a casa para comer, y al entrar vi a Marc sentado en el

sillón.

—Hola, ya estoy aquí.

Se acercó a mí, me agarró la cara con ambas manos y me dio un beso impresionante.

—Hola —dijo cuando nos separamos—. ¿Qué tal el día?

¿Iban a ser así todos los recibimientos? Porque creo que podría llegar a acostumbrarme.

—Tranquilo.

—Tienes harina en el pelo —dijo alzando las manos para intentar quitármela.

—Es lo que tiene el trabajar con harina a diario. Te sorprendería saber los lugares de mi cuerpo en los que he llegado a encontrarla.

—Si me dejas, puedo investigarlo —dijo apartando las manos de mi pelo para agarrarme de la cintura y acercarme a su cuerpo. Yo posé las manos en su pecho.

—Creo que lo mejor será que comamos algo.

—¿Y quién dice que yo no estaba pensando en comer? —dijo rozándome los labios con los suyos.

—Creo que la comida a la que te refieres tú y a la comida que me refiero yo no son la misma.

—Creo que no —dijo soltándome.

Fui a la habitación para dejar las cosas y vi que la cama estaba hecha. Después fui a la cocina, donde estaba Marc apoyado en la encimera.

—¿Qué es esto?

Me enseñó la nota que le había dejado antes de irme por la mañana a trabajar.

—Una nota.

—Ya sé que es una nota. Me refiero a tus palabras.

—No te entiendo.

Me acerqué a los muebles y saqué un par de platos, pan de molde y algo de embutido. No había dejado comida hecha y no tenía tiempo para preparar algo ahora, así que tendríamos que conformarnos con unos simples sándwiches.

—Dices que me dedique a otros compromisos.

—Sí, ¿y?

—¿Con otros compromisos te refieres a otras mujeres?

Dejé por un momento lo que estaba haciendo y me di la vuelta para mirarle a la cara.

—Pasarás mucho tiempo solo cuando yo esté trabajando. No pensarás que me crea que no vas a usar ese tiempo con otro de tus trabajos. No soy tan ingenua.

Me giré otra vez para seguir haciendo la comida, pero Marc me agarró de un

brazo, haciendo que girara para apoyarme de espaldas a la encimera y poniendo él sus manos en la encimera también, quedando yo aprisionada entre el mueble y su cuerpo.

—Te explicaré algo, Alison. Cuando una mujer me contrata, me entrego a ella y solo a ella. No hay terceras personas, ni por su parte ni por la mía; o si no, se rompe el contrato.

Estaba completamente pegado a mí, su pecho rozando el mío al respirar, nuestros labios a un suspiro de distancia, casi rozándose, sus ojos clavados en los míos, su cálido aliento en mi cara al hablar...

—Es cierto que esta vez el contrato es algo más largo de lo normal, pero no por ello menos importante. Tengo un compromiso contigo, solo contigo —apreté un poco más su cuerpo al mío—, a menos que ya no quieras tenerme aquí. En ese caso...

Se empezó a separar y noté que el aire corría entre nosotros. ¡No quería que se fuera! Alargué las manos para agarrarlo de las caderas y le atraje hacia mí.

—No quiero que te vayas.

Marc tenía una mirada felina y alcé la cabeza buscando sus labios. Él empezó a bajar la cabeza, pero no me besó, sino que se acercó a mi oído y habló con su voz más sensual.

—Ni yo quiero irme. Aún tengo muchas cosas que probar contigo —me dio un beso en el cuello y levantó la cabeza buscando mis ojos.

—¿Es una promesa? —dije sonriendo y bajando mis manos hasta su trasero. Marc sonrió y bajó un poco la cara, pero esta vez tampoco me besó.

—Es un hecho.

Abrí la boca para besarlo, pero se separó y se sentó en la silla de la cocina.

—¿Ya están preparados los sándwiches? Tengo hambre.

Me di la vuelta para seguir con la tarea y noté que me temblaban las manos. ¿Qué estaba haciendo conmigo? Cuando terminé, serví los platos y los llevé a la mesa.

—Te has cambiado de ropa.

—Sí.

—Pero anoche no traías bolsa alguna.

—La dejé olvidada en el maletero del coche, y esta mañana he tenido que bajar a por ella.

—¿Y cómo has hecho para abrir la puerta?

—Para sujetar la de aquí he dejado puesto el felpudo para que no se pudiera cerrar, y abajo he aprovechado que salía una persona para entrar.

Me levanté de la mesa y fui a buscar el bolso para darle mis llaves.

—Toma —le dije dejándoselas en la mesa—, yo tengo otro juego en la

tienda, que por cierto, está en esta misma calle, por si ocurre algo. Además, gracias por arreglar la habitación.

—No es nada, es lo mínimo que podía hacer. No pensarías que iba a esperar a que tú vinieras para hacerlo, ¿no? Soy hombre, pero también sé hacer las tareas de la casa.

Comimos y tomamos café mientras hablábamos de cosas intrascendentes. Tan a gusto estaba con él que no me di cuenta de que ya era hora de regresar al trabajo. Dejé los platos en la pila, cogí el bolso y me dispuse a salir. Marc también se había levantado y estaba sujetándome la puerta de la calle para que saliera.

—Deja los cacharros en la pila, luego los lavo esta noche con los de la cena.

—Vale. ¿Puedo usar tu ordenador para mirar el correo?

—Claro. No tiene contraseña, así que no tendrás ningún problema para entrar. También te he dejado un sobre con el dinero encima de la cómoda de la habitación. Y ahora me voy.

Marc me agarró de la cintura y me dio un pico.

—Hasta luego.

—Adiós.

Bajé por las escaleras como en una nube. Siempre me había comportado de forma esquiva con los desconocidos, pero con Marc me sentía a gusto; «aunque claro, no se podría decir que Marc es un desconocido después de lo de anoche. Anoche... Será mejor que deje de recordar, o la tarde va a ser muy poco productiva».

* * *

Cuando perdí de vista a Alison cerré la puerta y entré en la cocina para fregar los platos. Al terminar fui al dormitorio y, como me había dicho antes de irse, encontré el sobre con el dinero. Lo conté y lo metí en uno de los compartimentos de la bolsa de deporte.

Después encendí el ordenador y revisé el correo. Había varias peticiones de otras posibles clientas, y me dediqué a rechazarlas, ya que el contrato que tenía con Alison podría alargarse algo más, según me había comentado; así que no me iba a arriesgar.

Al terminar de revisar el correo seguí metido en Internet. Vi un anuncio de comida a domicilio y se me ocurrió que podría pedir algo para la cena.

Antes, en la cocina, mi propósito había sido excitar a Alison; y lo había conseguido, pero no había contado con que yo también me excitaría, y lo hice hasta tal punto que si no me hubiera separado cuando lo hice, la hubiera hecho

mía en el mismo suelo de la cocina.

«¿Qué me está pasando? En la ducha me he excitado solo con el recuerdo de la noche pasada, y antes, en cuanto rocé su cuerpo...».

Me eché hacia atrás en la silla y coloqué las manos en las piernas. Estaba duro de nuevo. Tenía que salir y despejarme. Me cambié de ropa, cogí la cartera y las llaves y me fui a la calle. Recorrí el vecindario para familiarizarme con la zona y llegué al parque en el que Alison y yo quedamos aquella vez para hablar, y me senté un rato al lado del lago. Cuando regresé a casa pasé por el restaurante chino que había visto antes y compré la cena. Quería dejarlo todo preparado para cuando Alison llegara.

* * *

Estaba muerta. La falta de sueño me estaba pasando factura, pero al fin estaba en casa. Entré en la cocina para dejar la bolsa con los cruasanes que habían sobrado en la tienda y después fui al salón para dejar las llaves y el bolso, y me quedé parada en la puerta. La mesa estaba puesta para dos personas. Es cierto que no había mantel y copas, sino el hule y los vasos de diario, pero me sorprendió verlo.

—¿Y esto?

Marc se levantó del sillón, dejó el libro que estaba leyendo en su sitio y se acercó a mí. Se inclinó para darme un beso, pero no sé por qué, decidí retirar la cara, por lo que sus labios me rozaron la mejilla.

—Te he preparado la cena.

—¿Tú? ¿Pero no decías que no sabías cocinar? Aparté la vista de la mesa y la posé en él. Estaba de escándalo. Llevaba puestos unos vaqueros y una simple camiseta negra, pero los pantalones le marcaban cada músculo de las piernas y la camiseta dejaba a la vista sus perfectos brazos. Me giré para para que no se diera cuenta de que me había afectado más de lo debido verle así.

—Y no sé. He ido a comprarla.

—Ya decía yo.

—Espero que te guste la comida china.

—Sí, mucho. Además, hace tiempo que no la como. Antes de que mis padres murieran solíamos ir al restaurante que queda cerca de casa, pero desde que ellos ya no están no suelo ir nunca; demasiados recuerdos dolorosos.

Marc se acercó por la espalda y me abrazó.

—He pensado que algo de comida oriental nos vendría bien para recuperar fuerzas —susurró, con su aliento rozándome la oreja.

El pulso se me aceleró al instante. Una oleada de calor me recorrió el cuerpo y un escalofrío me bajó por la espalda. «¿Cómo consigue hacerme sentir así cada

vez que está cerca?» Me removí en sus brazos para que me soltara y me di la vuelta.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, algo extrañado ante mi esquivo comportamiento.

—Sí, bien.

—¿Seguro? —dijo dando un paso en mi dirección. Yo retrocedí.

—Sí, solo necesito darme una ducha. Salgo enseguida. Tardo cinco minutos.

—Si necesitas ayuda en la ducha... no tienes más que decirlo —me propuso Marc con voz sensual.

¡Oh, Dios, qué voz! «¿De verdad me ha propuesto ducharse conmigo?». La imagen de ambos cuerpos metidos en la ducha, mojados, calientes, sus manos enjabonándose... Las mejillas se me pusieron rojas. Tenía que desaparecer de allí.

—No será necesario —le dije, saliendo casi corriendo al baño.

—Es una pena —me pareció oírle decir.

Apoyé la espalda en la puerta cerrada y dejé salir el suspiro que había estado conteniendo antes. Me acerqué al espejo y me miré. Estaba acalorada, el sudor perlando mi frente y mi cuello. Sus palabras, o más bien la forma de decirlas, me habían excitado. Si con un solo día conseguía hacerme sentir así, ¿qué ocurriría dentro de un mes?

Abrí el grifo del agua caliente, me recogí el pelo con una pinza para no mojármelo y, sin esperar a que se calentara del todo el agua, me metí en la ducha. Al salir del baño me di cuenta de que no me había soltado el pelo, y alcé las manos para deshacer el recogido. Marc me estaba mirando desde el pasillo con un recipiente de comida en cada mano.

—¿Ya?

—Sí.

—Pues a comer. Salir a comprar la cena da mucha hambre.

Su comentario me hizo sonreír. Ambos nos acercamos a la mesa y nos sentamos, uno enfrente del otro.

—¿Qué tal te ha ido el día?

—Bien. Todas las entregas han llegado a su destino a tiempo y se ha vendido casi todo. Estoy contenta. Por cierto, te he traído los cruasanes que han sobrado para que desayunes mañana.

—Cruasanes para desayunar... creo que lo podré soportar —dijo sonriendo.

—Me da pena tirar los bollos que sobran, y para el día siguiente la calidad es más baja que hoy, así que nos los solemos repartir entre Brenda y yo.

—¿Brenda?

—Es mi amiga y socia en la tienda. Y también está Dean, el hermano de

Brenda, que nos suele ayudar con las entregas cuando no está trabajando.

—¿Qué tipo de entregas hacéis? —me preguntó mientras se servía arroz tres delicias en el plato.

—De todo tipo; desde pan y bollería a tartas personalizadas para cumpleaños y demás.

Seguimos comiendo mientras Marc me hacía preguntas sobre mi trabajo.

—Mmm, ¡qué bueno! ¿Has probado los rollitos? —me preguntó.

—Aún no.

Marc cogió un rollito del plato, lo abrió por la mitad y le echó salsa agri dulce antes de tendérmelo.

—Toma, Pruébalo.

Levanté la mano para coger el rollito que me ofrecía, pero lo apartó antes de que pudiera cogerlo. Le miré extrañada.

—Muerde —me ordenó.

Me acercó de nuevo el rollito a la boca. Me le quedé mirando unos segundos antes de separar los labios para abrir la boca. Cuando noté que la comida estaba en mi boca mordí, haciendo que la salsa me cayera por la comisura de la boca.

—Muy bueno —dije como pude.

Cogí la servilleta para limpiarme, pero antes de que pudiera hacerlo, Marc alargó su mano hasta mí, me retiró la salsa de la boca con el pulgar y después lo chupó.

—Exquisito —dijo mirándome a los ojos.

Me quedé con la boca abierta. No me esperaba que me limpiase, pero que luego se chupase el dedo... era demasiado. Y por si fuera poco, ahí estaba esa voz tan sensual. ¿Qué se proponía este tío? Había conseguido que me acalorara otra vez. Busqué la pinza que me había quitado antes y me volví a recoger el pelo, pasándome la mano por la nuca para retirarme el sudor. Marc agachó la cabeza y siguió comiendo. No se había perdido ninguno de mis gestos, y su sonrisa lo demostraba.

Necesitaba alejarme de él para intentar calmarme, por lo que en cuanto terminamos de cenar me levanté y me ofrecí a recoger.

—Yo me encargo de recoger esto.

—Te ayudo —dijo haciendo el ademán de levantarse.

—¡No! —dije más alto de lo normal—. Tú has puesto la mesa, así que yo me encargo de quitarla.

En dos viajes conseguí llevar todas las cosas a la cocina, siempre bajo la atenta mirada de Marc, que no se perdía ninguno de mis movimientos. Por lo menos estaría a salvo en la cocina mientras fregaba los cacharros.

* * *

Alison había salido huyendo a la cocina. La había puesto nerviosa cuando la había dado de comer con la mano; o más bien la había excitado: su cuerpo la había delatado. Se había sonrojado, se le había acelerado el pulso y había empezado a sudar. Pues bien, ella había tenido el mismo efecto sobre mí cuando la había visto soltarse el pelo en el pasillo. Y los vaqueros tan ajustados y la camisa blanca que se había puesto al salir del baño no me estaban ayudando.

Decidí ir a buscarla y me quedé apoyado en el quicio de la puerta de la cocina. Estaba de espaldas a mí mientras fregaba los cacharros, moviendo ligeramente el cuerpo al enjabonarlos. Tenía una visión increíble de su trasero.

—¿Puedo ayudarte? —le pregunté sin moverme del sitio. Alison se tensó al instante.

—No hace falta, ya acabo.

—Está bien.

Intenté no hacer ruido para que creyera que me había ido y vi que se relajó, dejando caer los hombros hacia delante y exponiendo más la nuca. Ése era el momento. Me fui acercando muy despacio para que no se percatara de lo que tenía pensado hacer. Cuando estaba a un paso de ella miré su nuca, y como atraído por ella, coloqué las manos en la encimera para arrinconarla contra el mueble, pegué mi cuerpo al suyo para que no se pudiera escapar y le besé esa piel expuesta del cuello.

Alison dio un respingo y dejó caer a la pila el vaso que tenía en las manos.

—No podía dejar que fregaras tú sola —le dije al oído.

Se echó un poco hacia atrás, consiguiendo que nuestros cuerpos se pegaran todavía más, rozando su trasero contra mi más que excitada entrepierna. Contuvo el aliento.

—Ya te he dicho que no hacía falta.

Tenía los dos primeros botones de la camisa desabrochados y desde donde yo estaba, podía ver su pecho subir y bajar por la respiración acelerada. Aquello me hizo sentir otra punzada de deseo. Esta vez fui yo el que me moví para rozarme contra ella, pegándola completamente a la encimera.

No tenía escapatoria.

—Bueno, ya que estoy aquí, te ayudo.

Agarré sus manos, que había apoyado en el borde de la encimera, y las metí en la pila. Ella agarró el vaso que había soltado antes y el estropajo, y empezó a enjabonarlo de nuevo mientras yo colocaba mis manos en sus muñecas para acariciarlas. El jabón y el agua hacían que el contacto fuera más suave.

—¿No tienes calor? —me preguntó jadeando—. Creo que voy a abrir un

poco la ventana.

Intentó apartarse, pero por la forma en que la tenía abrazada, no pudo.

—Yo estoy muy a gusto.

Y la presioné con mis caderas un poco para que notara lo excitado que estaba.

—Eso ya lo noto —dijo suspirando.

Aquello me hizo sonreír. Estaba excitada, no podía negarlo, pero tampoco hacía nada por ponerle fin.

Estaba jugando.

Pues bien, yo también quería jugar. Empecé a mojarle los brazos hasta los codos y seguí ascendiendo, mojando las mangas remangadas de la camisa.

—¿Qué haces?

—Refrescarte. ¿No dices que tienes calor?

—Sí, pero no me estás ayudando mucho.

Metí una de mis piernas entre las suyas para separarlas y poder pegarme aún más a su delicioso trasero.

—¿No? Pues yo creía que sí. No te preocupes, yo me encargo.

Me mojé una mano en el agua fría y la llevé hasta su cuello, apoyándola abierta sobre su garganta y dejando que algunas gotas se perdieran por el escote de la camisa.

—Aaah.

Alcé las dos manos hasta su pelo para soltárselo.

—Es que me estaba distraendo con tu nuca y no podía poner todo mi empeño en lo que estoy haciendo.

—Pues menos mal...

Me mojé de nuevo las manos en el agua fría y las coloqué a ambos lados de su cuello, pero antes de retirarlas, le desabroché otro botón de la camisa, ya húmeda. Seguí repitiendo la acción hasta que le desabroché todos los botones, consiguiendo que la tela se le pegara al cuerpo de tan húmeda que estaba.

Alison estaba cada vez más excitada, hasta tal punto, que no estoy seguro de que fuera consciente de que estaba restregando su trasero contra mi entrepierna a punto de explotar.

—Esto se parece mucho a una película, ¿no crees?

—¿Eh?

—Que parecemos los protagonistas de esa película en la que él es un fantasma y va a ver a su chica —le dije antes de morderle el lóbulo de la oreja.

—*Ghost*... —susurró.

—Ésa...

—Pero tú estás muy vivo —dijo restregándose más contra mí. Puse otra

mano mojada en su cuello, pero en vez de dejarla allí, la fui bajando por el valle entre sus pechos, su estómago, su cintura... hasta llegar a los vaqueros.

—Oh, Marc...

Que dijera mi nombre hizo que me estremeciera. Ya no podía más, necesitaba hacerla mía. La giré para que quedara de frente a mí.

—Di mi nombre otra vez.

—Marc...

Le pasé una mano por la cintura para pegarla a mi cuerpo; la otra la puse en su nuca para que no pudiera apartar la cabeza, y me apoderé de su boca introduciéndole la lengua, mordiéndole los labios. Alison me correspondía con la misma necesidad, poniéndome las manos al cuello. Yo bajé las mías acariciando sus costados hasta llegar a sus piernas. Primero le levanté una y la coloqué en mi cintura, consiguiendo que mi entrepierna se pegara y se rozase con la suya, haciéndome gemir contra sus labios. Después hice lo mismo con la otra pierna, y la subí a la encimera, colocándome entre sus piernas abiertas.

—Qué tendrá la cocina... —dije apoyando la frente en la suya para tomar aliento.

—No lo sé, pero espero que dure.

—Yo también.

Volvimos a besarnos.

Le quité la camisa y la arrojé al suelo, luego ella se deshizo de mi camiseta lanzándola a algún punto de la cocina. Le bajé los tirantes del sujetador y se lo desabroché, dejando libres sus maravillosos pechos. Acuné cada pecho en una mano, rozando los pezones con los pulgares. Alison se arqueó, exponiendo más su cuerpo, pero a causa del jabón se escurrió un poco y decidí llevarla a un sitio más cómodo.

—Rodéame fuerte la cintura con las piernas y agárrate a mi cuello.

Ella lo hizo sin demora.

—¿Así? —dijo empujándome por la espalda hacia ella.

Dios, el roce de sus pezones erguidos contra mi pecho era increíble. La besé y la tomé en brazos para llevarla a la cama, pero cuando iba andando nuestros cuerpos se frotaban con fuerza y solo fui capaz de llegar hasta el sofá del salón.

—Ya sé que esto no es lo mejor del mundo, pero te deseo, te deseo mucho —le dije antes de besarla en el cuello y descender hasta sus pechos.

Me introduje uno de los pezones en la boca y lo chupé con fuerza para luego darle un pequeño mordisco.

—Oh... sigue... —susurró, agarrándome del pelo y apretando mi cabeza contra su cuerpo.

—¿Te gusta? —le pregunté, dándole la misma atención al otro pecho.

—Sí...

—¿Cuánto?

—Mucho...

Descendí la mano por su costado hasta los pantalones, desabroché el botón, bajé la cremallera e introduje la mano, aparté la ropa interior y seguí descendiendo hasta dar con su humedad.

—¡Marc! —gritó al sentir cómo mis dedos se colocaban en su entrada.

—Tranquila, cariño, esto acaba de empezar.

—Me estás matando.

—Si se pudiera morir de placer, tú ya me habrías matado hace tiempo.

Introduje con cuidado uno de los dedos en su interior y lo saqué. Alison separó más las piernas y arqueó el cuerpo. Bien. Repetí el gesto, pero esta vez con dos dedos, mientras que con el pulgar le acariciaba el clítoris.

—Marc, por favor, te necesito.

—Y me tendrás, pero primero quiero sentirte llegar en mi mano.

Incrementé la velocidad con la que introducía y sacaba los dedos y la presión del pulgar en su clítoris. No pasó mucho tiempo hasta que noté las contracciones de su orgasmo en mi mano. Alison echó la cabeza hacia atrás y gimió.

—Eso es —dije subiendo a su boca para besarla.

Me aparté de ella el tiempo justo para deshacerme de nuestra ropa y para colocarme el preservativo que siempre llevaba en el bolsillo del pantalón, y me tendí sobre ella, cubriendo totalmente su cuerpo con el mío. Estaba tan mojada que la penetré de un solo movimiento de mis caderas. Gemí cuando me hundí por entero en ella.

Empecé a moverme despacio para ir incrementando el ritmo. Estaba a punto, pero quería disfrutar un poco más de aquella adorable calidez. Alison colocó las manos en mis glúteos, incitándome a que la penetrara más profundamente, y cuando las embestidas se hicieron más urgentes, subió las manos hasta mis hombros para agarrarse, clavándome las uñas.

—Vamos, nena, córrete conmigo —dije incrementando las acometidas.

—¡Oh, Marc!

Eran tan fuertes las contracciones del orgasmo de Alison que hicieron que me corriera con fuerza.

—¡Alison!

Me desplomé sobre ella, dejando que las oleadas de éxtasis nos inundaran.

Me desperté en mitad de la noche, y vi que nos habíamos quedado dormidos en el sillón. Aún estaba dentro de ella, por lo que me retiré muy despacio para no despertarla; pero el roce de su cuerpo y el sutil gemido que soltó en sueños despertaron mi deseo. Me controlé a duras penas.

Me dirigí a la habitación, aparté las sábanas de la cama, fui a buscar a Alison al salón y la tomé en brazos para acostarla. Después me tumbé a su lado, y nos tapé con la sábana antes de tomarla en mis brazos y quedarme dormido.

Capítulo 7

Me desperté en mitad de la noche y, como estaba oscuro, supuse que aún era temprano. Miré al lado de Alison y no estaba. ¿Ya se había ido a trabajar? Imposible, era demasiado temprano.

Me desperecé y me froté los ojos cuando escuché el sonido de la ducha. Me levanté, y sin ponerme nada que cubriera mi desnudez, entré al baño. Alison se estaba duchando, y como el cristal de la ducha aún no se había empañado, pude deleitarme con la visión. Estaba debajo del chorro de agua, completamente mojada y con las manos apartándose el pelo húmedo de la cara, lo que hacía que sus pechos se irguieran orgullosos, incitantes.

Esa visión hizo que el miembro se me endureciera. Estaba harto de ver a mujeres ducharse y nunca había reaccionado así. Intenté largarme de allí y darle a Alison intimidad, pero al parecer mis piernas no querían marcharse aún, y me quedé clavado en el sitio mientras mis ojos no se perdían ningún detalle. El agua resbalaba por su cuerpo en una caricia, sus senos se movían libres con cada respiración...

Una punzada de deseo me recorrió por entero. Ya no tenía escapatoria.

Entré del todo al baño, abrí la puerta de la ducha y me colé dentro.

* * *

No sé cómo llegué hasta la cama. Lo último que recuerdo es el increíble orgasmo que me propinó Marc, seguido de un relajante sopor, y que me quedé dormida. Aún me da vergüenza pensar en lo que pasó anoche. ¡Estuvimos a punto de hacerlo en la cocina!

No me esperaba que Marc se tomara las molestias de preparar la cena. Llevaba varios años viviendo sola, y aún no me había acostumbrado a la presencia de otra persona en casa. Y cuando se me acercó... he de reconocer que salí huyendo. Pero que me diera de comer... eso fue demasiado. El simple gesto de verle chuparse el dedo... me deshizo. Me dejó tan agotada la sesión de sexo que me costó darme cuenta de que el despertador sonaba.

Estaba abrazada a Marc, por lo que intenté moverme lo más despacio posible para no despertarle, pero cuando silencié el despertador regresé a la posición en

la que me había despertado y me quedé mirándole. Las otras veces en la que estuvo desnudo no pude prestarle toda la atención que se merecía, ya que las sensaciones que estaba experimentando no me lo permitían. Pero ahora podía darme el lujo de mirar todo lo que quisiera y más.

Era un hombre guapo, muy guapo; y a pesar de eso, no era el típico chulo engreído que se creía un Dios. Al contrario, intentaba pasar lo más desapercibido que podía; cosa que era imposible. Tenía un cuerpo musculoso, lógicamente trabajado en el gimnasio, pero a pesar de tener los abdominales definidos, no era lo que más destacaba en él. Aunque a decir verdad, no había nada que resaltase más de lo normal, sino que todo en él era un conjunto.

Sus manos eran grandes y venosas, capaces de producir un placer inimaginable en puntos estratégicos; sus brazos musculosos abrazaban y daban protección contra su pecho cálido; unos labios que hacían maravillas...

Levanté la mano que había vuelto a apoyar en su pecho y dibujé el contorno de sus labios con el dedo. Marc abrió la boca en sueños y se humedeció los labios con la lengua. Seguí cada movimiento de su lengua y yo hice lo mismo. Me había ido acercando a sus labios sin darme cuenta, y hasta que mi pelo no cayó sobre él haciéndole cosquillas, no fui consciente de que estaba a punto de besarle. Me retiré de inmediato. ¿Pero qué estaba haciendo?

Salí de la cama y me metí en el baño para ducharme. Estaba otra vez excitada, así que puse el agua algo más fría de lo normal para aplacar el fuego que sentía y despejar la mente. No pudo ser. Al poco de estar bajo el agua, Marc se metió en la ducha conmigo.

—Hola —dijo acercándose su cuerpo.

—¿Qué crees que estás haciendo? ¿Acaso no ves que me estoy duchando? ¡Largo!

—Soy muy consciente de lo que estás haciendo, pero también soy muy consciente de lo que tú me estás haciendo a mí.

—¿Y qué se supone que te estoy haciendo?

Marc movió las caderas para que notase su inmensa erección.

—Esto me estás haciendo.

Y sin darme tiempo a más, cerró su boca sobre la mía en el beso más apasionado que me había dado hasta entonces. Alargó la mano para cerrar el grifo del agua, y me empujó para que apoyara la espalda en la pared de la ducha. La pasión resurgió dentro de mí y subí las manos hasta su cabeza para introducir los dedos en su pelo y evitar que se separase. Marc intensificó el beso, introduciéndome su lengua en la boca para buscar la mía. Pero tuvimos que separarnos para tomar aliento.

—Estás empapado —le dije retirándole las gotas de agua que tenía en la

cara.

Marc bajó una mano hasta mi entrepierna y me acarició.

—Tú también —dijo introduciéndome un dedo.

—Marc...

—Te estaba viendo desde la puerta y no me pude aguantar.

—¿Que me viste? —pregunté como pude mientras Marc seguía atormentándome con el dedo.

—No estabas en la cama y escuché la ducha, así que me levanté para ver lo que hacías.

—Oh, Dios... —Marc había introducido un segundo dedo—. No se puede hacer mucho en una ducha.

—¿Eso crees? Voy a enseñarte que en una ducha se pueden hacer muchas más cosas de las que te imaginas.

Marc sacó los dedos de mi interior y me giró para ponerme de cara a la pared.

—Apoya las manos en las baldosas.

Hice lo que me pedía, y con uno de sus pies me instó a separar los míos. Se colocó entre mis piernas y apoyó su pecho contra mi espalda.

—¿Estás bien así? —me preguntó al oído.

Solo fui capaz de asentir con la cabeza. Con una mano colocó su miembro en mi entrada, y con un solo movimiento de las caderas se introdujo en mí. Puso sus manos sobre las mías para sostenerse y empezó a moverse, cada vez más rápido. El sonido de sus caderas golpeando mis glúteos, unido a su respiración acelerada y a algún que otro gemido, creaban un ambiente muy erótico. Bajó una de las manos y empezó a acariciarme el clítoris a la par de sus acometidas.

—Si sigues haciendo eso no aguantaré mucho más —le dije entre jadeos.

Giré la cabeza para intentar verle la cara, pero sus labios se apoderaron de los míos. Todo era tan intenso que solo aguanté unas pocas acometidas más antes de abandonarme al orgasmo. Marc se tragó mis gemidos y sin querer le corté el labio al morderle. Me agarró de la cintura para sostenerme al ver que las piernas no me aguantaban el peso, me giró entre sus brazos y me pegó a su pecho.

—¿Ves como sí que se pueden hacer muchas cosas en una ducha? —dijo antes de besarme. Cuando nos separamos nos duchamos juntos, y entre el jabón se coló alguna que otra caricia por parte ambos.

Después, en la cocina, y tras hacer los cruasanes que traje ayer a la plancha, nos sentamos a la mesa para desayunar.

—¿Por qué te has levantado tan temprano? —me preguntó tomando su taza de café.

—Es la hora a la que me levanto siempre. Suelo abrir el obrador a las cinco y

media.

—¿A las cinco y media? —dijo, dejando la taza de nuevo en la mesa, asombrado.

—Sí, para que me dé tiempo a que las masas fermenten y esas cosas. Aunque creo que hoy más de uno se quedará sin su bollo por culpa de cierta persona — dije mirándole, mientras me metía un trozo de cruasán con mermelada en la boca.

—¿Yo?

—No, yo —dije alzando una ceja.

—Yo no tuve la culpa de nada.

—¿Quién fue el que se coló en la ducha?

—Estabas irresistiblemente sexy. Además, podrías haberme echado y no lo hiciste.

—¡Pero si no me diste tiempo!

—Ésa era la idea —dijo sonriendo.

Terminamos de desayunar y me fui a trabajar. Algunas horas después llegó Brenda con cara de pocos amigos.

—¿Te ocurre algo? —le pregunté cuando pasó por mi lado para dejar sus cosas en la parte de atrás del obrador.

—He vuelto a discutir con el gilipollas de mi hermano. Cada día le aguanto menos. No sabes la suerte que tienes de ser hija única.

—Venga, no será para tanto.

—¿Desde cuándo te pones tú de su parte?

—No me pongo de su parte. Solo digo que te conozco y estoy segura de que le has montado un pollo por una tontería.

—¿Y tú por qué estás tan sonriente? —dijo cuando se puso enfrente de mí y me miró.

—Estoy como siempre.

—De eso nada. Pero si no eres capaz de dejar de sonreír —dijo señalándome la boca con el dedo.

—Ponte a colocar los mostradores, que los clientes están a punto de llegar.

—No cuele el cambio de tema.

—No estoy cambiando de tema, solo digo que...

—Es por ese tal Marc, ¿no?

—¡No! ¿Pero qué dices?

—Mira, guapa, que no me he caído de un guindo. Tú has vuelto a tener fiesta privada. ¿Me equivoco?

Bajé la cara y ensanché la sonrisa.

—No, no te equivocas.

—¡Lo sabía!

—Esta mañana se metió en la ducha conmigo.

—¿Esta mañana? ¿Acaso se quedó a dormir?

—Está viviendo conmigo.

—¿Que está viviendo contigo? ¿No crees que es un poco precipitado?
¿Cuánto hace que le conoces?

Levanté la cabeza para mirarla a los ojos y dejé de sonreír.

—La vida es corta y quiero disfrutarla. Ya he perdido demasiado tiempo.

Brenda levantó las manos y desapareció en la tienda.

A media mañana el estómago me empezó a dar problemas. Por la mañana no me pude tomar las pastillas porque se me habían acabado, y ahora lo estaba notando. Llamé al doctor para pedir cita, y me dijeron que hoy tenía el día completo, que fuera mañana. Mientras el dolor no fuera a más, lo podría soportar.

Escuché que la puerta de la entrada se abría, y al momento Brenda me habló desde la puerta del obrador.

—Alison, aquí hay una persona que te está buscando.

Me limpié las manos en el delantal y salí para ver quién era. Marc estaba mirando el mostrador de las galletas.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Marc levantó la cabeza de los dulces y me lanzó su encantadora sonrisa.

—He ido a casa a por algo de ropa, y como me dijiste que trabajabas en esta calle, me he pasado a verte.

—Y tú eres... —dijo Brenda a mi lado.

—Te presento a Marc.

—¿Tú eres Marc? —dijo Brenda, abriendo los ojos como platos.

—El mismo —dijo él.

—Pero pasa, no te quedes ahí.

Marc rodeó los mostradores y se acercó a nosotras. —Y tú debes de ser Brenda.

Marc extendió la mano para saludarla, pero Brenda le plantó un par de besos.

—Alison me ha hablado mucho de ti. Dijo que estabas bueno, pero no especificó cuánto.

—¡Brenda! —la reocriminé.

—Eso es porque mi chica me mantiene en forma, ¿verdad?

Marc me rodeó la cintura, me pegó a su cuerpo y me dio un beso que me robó el aliento.

—¿Cómo quieres que te espere en casa? —me preguntó Marc cuando dejó de besarme.

—¿A qué te refieres?

—Pues a que si quieres que te espere en ropa interior para que me la quites tú con la boca, o te espero completamente desnudo para ganar tiempo.

No sabía dónde meterme, y para colmo, Brenda nos estaba mirando, literalmente, con la boca abierta.

—Creo que lo mejor será que pases dentro un momento —le dije a Marc, cogiéndole de la mano para que me siguiera.

—Encantado de conocerte —le dijo Marc a una Brenda ojiplática.

—Igualmente.

Ya dentro del obrador le solté la mano y me acerqué a él para que Brenda no pudiera oírnos.

—¿Se puede saber a qué ha venido ese numerito?

—¿Qué? Era una broma.

—Pues no tiene gracia —le dije cruzando los brazos sobre el pecho.

—Oh, venga —dijo acercándose a mí, poniendo sus manos en mi cintura—. Sabes que sí la tiene —agachó la cabeza para rozar sus labios con los míos antes de besarme—. ¿Verdad?

No pude evitar sonreír contra su boca.

—La verdad es que sí que tiene gracia. No me quiero ni imaginar lo que debe de estar pensando Brenda en este momento.

Me besó otra vez, y al levantar la cabeza, clavó la mirada en el tablón en el que Brenda colgó la foto que le enseñé de la noche que salí de fiesta.

—¿Quién es ésta? —me preguntó Marc, señalando a la chica de la foto.

—Soy yo —contesté avergonzada.

Marc se quedó un buen rato mirando concentrado la foto, antes de volverse a mirarme.

—¿Y de qué se supone que vas disfrazada?

—De putón.

—No sé si quiero saber por qué.

—Mejor no preguntes.

Marc sonrió y paseó la vista por todo el obrador.

—Así que aquí es donde trabajas.

—Sí.

—¿Y qué estabas haciendo? —dijo acercándose a una de las mesas—. ¿Se puede probar?

—¡No! Está crudo y te puede sentar mal —le dije, sujetándole la mano antes de que pudiera coger nada.

—¿Te preocupas por mí?

—Cuestas demasiado como para perderte tan pronto.

—No te vas a deshacer de mí así como así —dijo volviéndose y abrazándome.

—¿Es una promesa? —le pregunté sonriendo.

—No lo dudes —dijo antes de besarme—. Te dejo para que sigas trabajando. Marc desapareció y al instante entró Brenda.

—Muy majo tu Marc.

—¿Te ha gustado?

—Mucho, créeme.

—Me alegro —dije, y regresé a mi tarea.

—¿Dónde se supone que has encontrado a ese bombón?

—En Internet.

—Qué graciosa —dijo antes de desaparecer por la puerta.

—Si tú supieras...

A mediodía regresé a casa y encontré a Marc en la cocina, sirviendo dos platos para comer.

—¿Qué estás haciendo? Huele bien —dije asomando la cabeza por encima de su hombro.

—Tortilla de atún con ensalada.

—Alta cocina.

—Ya quisieran los cocineros preparar este pedazo de plato.

Ambos nos reímos.

—Dejo las cosas en el cuarto y vuelvo.

Al sentarme a la mesa me dio otro pinchazo el estómago, y Marc se dio cuenta.

—¿Te encuentras bien? —dijo dejando el tenedor en el plato y agarrándome la mano por encima de la mesa.

—Sí, bien. Solo me duele un poco el estómago.

—¿Seguro?

—Sí, ya se me pasa.

Ambos seguimos comiendo, pero Marc me miraba como esperando a que me volviera a doler.

—Tengo que admitir que para no saber cocinar está muy bueno.

—Cascar unos huevos, batirlos y añadirles una lata de atún no tiene mucho misterio.

—Aun así, me gusta.

—Tú lo que quieres es que te cocine todos los días.

—¿Cuela?

—Si quieres arriesgarte... ¿Qué quieres de cena?

—No, gracias. Mejor lo decidimos luego.

—Sí, mejor.

—Esta tarde voy a ir a ver a mis padres. ¿Quieres venir?

—¿A tus padres? Claro. ¿Por qué no?

—¿No te da miedo conocerlos?

—Me daría miedo si me importase lo que opinaran de mí. Pero resulta que la única opinión que me importa es, en estos momentos, la tuya.

—Entonces pásate esta tarde a eso de las seis por la tienda, y nos vamos desde allí.

* * *

A las seis menos cinco entré en la tienda.

—Hola.

Brenda alzó la cabeza de los papeles que tenía delante y sonrió.

—¿Otra vez aquí? Esto se va a volver una costumbre. —He venido a buscar a Alison.

—Claro, ahora mismo la aviso —dijo Brenda asomándose al obrador—. ¡Alison, tu galán ya ha llegado!

—¡Voy! —gritó Alison desde dentro.

No tuve que esperar más que un par de minutos antes de que apareciera. Se había dado tanta prisa que no se fijó en que tenía harina en la mejilla. Me acerqué a ella y le limpié la cara con una caricia.

—Tenías harina en la cara —le dije tomando su rostro entre mis manos y dándole un dulce beso—. ¿Lista?

—Lista.

Salimos a la calle, anduvimos hasta una floristería cercana y compró unas flores. Después seguimos andando hasta que llegamos a un cementerio. Alison se paró en la entrada, respiró hondo y entró. Yo la seguí. Pensé que le quedaba de camino y había llevado flores a alguien, pero estaba equivocado.

—Hola, papá; hola, mamá —dijo rozando con la mano los nombres que había grabados en la lápida.

Sus padres estaban muertos, y yo no me había dado ni cuenta.

—¿Por qué no me dijiste que tus padres habían fallecido? Por la forma en que hablabas de ellos parecía que vivían por aquí cerca.

—No es algo que le cuente a la gente a la que acabo de conocer.

—Claro.

—Perdona, no debería haberlo dicho así.

—¿Hace mucho que murieron?

—Unos años.

Me di cuenta de que bajó la cabeza y empezó a parpadear rápido, como si estuviera conteniendo las lágrimas.

—¿Estás bien? —le dije a la vez que le pasaba un brazo por los hombros.

—Sí.

Alzó la cara y se limpió la lágrima que no había sido capaz de contener. Sentí que algo se removía dentro de mí al ver esa lágrima. Me coloqué delante de ella y tomé su cara en mis manos.

—¿De verdad? No tienes que hacerte la fuerte conmigo.

Alison frunció el ceño, intentando contener más lágrimas, y la abracé fuerte para que sintiera que no estaba sola. Aunque no lloró, también me abrazó fuerte. Permanecimos así durante unos minutos, hasta que Alison se calmó.

—Gracias —dijo mirándome a los ojos.

—No hay de qué.

—Será mejor que nos vayamos ya.

—¿No vas a presentarme a tus padres?

—No tienes por qué seguirme el juego.

—No te estoy siguiendo el juego —miré los dos nombres en la piedra—. Me llamo Marc Biaggio, encantado de conocerles. Quiero que sepan que pueden estar tranquilos, voy a cuidar muy bien de su hija —dije cogiéndole la mano a Alison y besándosela—. Se lo prometo.

Alison y yo nos miramos a los ojos, sin parpadear, y volví a sentir algo extraño dentro de mí. Ella me apretó la mano antes de soltármela y puso rumbo a la salida. En el trayecto de regreso estuvo más callada de lo normal. Tenía que animarla.

—Te invito a cenar.

—No tengo muchas ganas de salir.

—Pero hay que cenar. Tú no estás con ánimo para cocinar, y yo... bueno, que lo de esta mañana fuera comestible es pura casualidad.

—Está bien, tú ganas.

Alison me llevó a un sitio en el que servían platos combinados al que solía acudir ella. Nos sentamos a una mesa y al momento se nos acercó un camarero.

—Buenas noches, ¿qué quieren tomar?

—Yo tomaré... —empezó a decir Alison—. ¿Dean? ¿Qué estás haciendo aquí?

—¡Alison! —se agachó para besarla en la mejilla—. Pues trabajar.

—Creía que tenías el turno de tarde.

—Sí, pero un compañero me ha pedido que le hiciese el favor de cubrirle. ¿Y tú qué haces aquí?

—Hemos venido a cenar. Ya sabes que este sitio me gusta bastante.

—¿Hemos?

—Te presento a Marc. Él es...

—Su chico —dije alargando la mano para saludar al tipo, que no se molestó en alargarse su mano.

—No te había visto. Yo soy Dean.

«No me has visto. Ya, claro, por eso me miraste como si quisieras arrancarme la cabeza, pensé». Se volvió para mirar solo a Alison y se alejó para traernos las bebidas.

—Muy bajo ese Dean.

—Sí, es un encanto. Es el hermano de Brenda, el que te comenté que nos ayudaba con los pedidos.

—Ya veo.

—¿Ocurre algo?

«¿Que si ocurre algo? Ocurre que este tío no me gusta, ocurre que te mira de una forma que no me gusta, ocurre que se toma demasiadas confianzas contigo, y eso no me gusta».

—No, nada, solo que creo que no le caigo demasiado bien a tu amigo.

—¿Por?

—¿No has visto la mirada que me ha echado? Me odia.

—No creo que sea para tanto.

—¿Ah, no?

Miré detrás de Alison y vi que Dean se acercaba con las bebidas. Como estaba sentado al lado de ella, le pasé el brazo por los hombros, la atraje hacia mí y le di un tierno beso.

—Las bebidas —dijo Dean golpeando la mesa con los vasos para llamar nuestra atención.

Alison y yo nos separamos al escuchar el ruido y miré a Dean con una grata sonrisa. Ahora sabía el lugar que ocupaba cada uno, y se marchó echando fuego por las orejas y sabiendo que había perdido esta batalla.

—Lo has hecho a propósito.

—¿El qué?

—Sabías que Dean se acercaba y me has besado para que lo viera.

—Es posible —le dije sonriendo.

«Este tipo no me gusta, y yo no le gusto a él. Se nota que está enamorado de Alison y yo he llegado y he ocupado su puesto. ¿Tiene ganas de luchar? Pues que sepa que se ha encontrado con un contrincante difícil».

Capítulo 8

Después de cenar regresamos a casa dando un paseo.

—¿Te lo has pasado bien? —me preguntó Marc, abrazándome por la espalda cuando dejé las llaves en la mesa del salón.

—Sí. Gracias por invitarme a cenar.

—Es lo que hacen las parejas, ¿no?

—Pero...

—No hay peros.

Marc me giró la cara para darme un beso, pero otro pinchazo en el estómago hizo que me quejara. «Esto no pinta bien».

—¿Otra vez el estómago?

—Sí —dije apoyándome en la mesa.

—Llevas todo el día mal. ¿Por qué no vamos al médico?

Tal vez te den algo para el dolor.

—Me estoy tomando algo, pero se me ha terminado y tengo que ir mañana a por la receta.

Marc me puso una mano en la espalda hasta que se me pasó. Luego me miró divertido.

—Entonces seré tu enfermero por esta noche. Me cogió en brazos y me llevó a la habitación.

—Cámbiate para dormir mientras yo abro la cama —dijo, dejándome en el suelo.

Cogí un pijama y me metí en el baño para cambiarme, a pesar de que ya me había visto desnuda, y más de una vez. Al salir, Marc me esperaba sentado a los pies de la cama, solo con los *bóxers*.

—Es la primera vez que te veo con tanta ropa para meterte en la cama —dijo señalando mi atuendo.

—Yo también.

Marc se levantó de la cama y me sujetó las sábanas para que me metiera dentro. Después se acostó él.

—A dormir —dijo haciendo ademán de apagar la luz.

—No tengo sueño —le dije con picardía.

—Esta noche no, Alison. No estás bien. Será mejor que descanses.

Alargó la mano y apagó la luz. Estábamos tumbados de lado mirándonos a la cara, y gracias a la luz que entraba por la ventana, pude ver que me estaba mirando.

—Gracias por animarme esta tarde.

—No ha sido nada.

—Les echo mucho de menos.

—Es normal, son tus padres.

—Murieron hace diez años. Lo pasé fatal. Hablé con un psicólogo y me recomendó que hablara con ellos como si estuvieran presentes, y la verdad es que eso me ayudó mucho.

—¿Quién se hizo cargo de ti cuando murieron?

—Los padres de Brenda me acogieron. Yo no tengo más familia que mis padres, y como ellos y los padres de Brenda se conocían de siempre, me ofrecieron su casa.

—Por eso trabaja Brenda contigo.

—Sí. A los dieciséis años dejé los estudios. No quería vender esta casa y había facturas que pagar, así que decidí ponerme a trabajar junto con la ayudanta que tuvieron mis padres en la tienda. Gracias a ella fui más o menos capaz de llevar el negocio. Cuando Brenda terminó los estudios no quería ir a la universidad, así que se puso a trabajar conmigo.

—Eres toda una superviviente.

—Se hace lo que se puede.

—¿Cómo murieron?

Guardé silencio durante unos segundos. No le había contado esto a nadie, y ya iba siendo hora.

—No tienes por qué hacerlo si no quieres —dijo Marc ante mi silencio.

—Unos días antes de mi cumpleaños abrieron un nuevo centro comercial en el pueblo de al lado. Estaban todo el día anunciándolo por televisión, y yo quería ir a verlo. Y fuimos.

Había un montón de tiendas para ver, y se nos hizo tarde, así que decidimos quedarnos a cenar en uno de los restaurantes que había allí —sentí que las lágrimas me anegaban los ojos y paré de hablar unos segundos—. Después, en el camino de vuelta a casa, nos salimos de la carretera. El coche quedó destrozado.

Mis padres murieron, y a mí no me pasó nada.

—Lo siento.

—Nada de esto hubiera ocurrido si yo no me hubiera encaprichado con ir al centro comercial. Ahora ellos estarían... vivos... Empecé a llorar y Marc me abrazó con fuerza.

—Shhh, tranquila. Tú no tienes la culpa de nada. Pasó porque tenía que

pasar. Si estaba predestinado que tus padres tenían que morir y tú no, no habrías podido hacer nada. Tal vez no hubiera pasado ese día o con el coche; pero habría pasado de todas formas. Que ocurriese ese día fue una fatal coincidencia, ¿me oyes? Nadie puede evitar eso.

Siguió abrazándome con fuerza hasta que dejé de llorar.

—No le había contado esto a nadie antes, ni siquiera los psicólogos que me atendieron consiguieron sacarme nada.

—Otra primera vez.

Sus palabras me hicieron sonreír.

—Así está mejor —dijo Marc, secándome las lágrimas que me quedaban en las mejillas.

—Ahora te toca a ti contarme algo.

—¿Qué quieres saber?

—¿Por qué te metiste en esto?

—¿En qué?

—En lo de ser gigoló.

Marc tomó aire antes de empezar el relato.

—Yo era un buen estudiante, y mi padre y yo siempre discutíamos sobre mi futuro. Yo quería estudiar Periodismo, y él quería que fuera abogado, como lo fueron él y mi abuelo. Un día tuvimos una fuerte discusión y me echó de casa. Así que me encontré en la calle con dieciocho años. La primera noche que pasé en la calle fue tumbado en un banco. Era verano, así que no lo pasé tan mal; pero la segunda noche hubo una tormenta colosal. Alec pasó por allí y me vio sentado en el banco bajo la lluvia, temblando y calado hasta los huesos. Se acercó a mí y me ofreció refugio. Los días pasaron y me dijo que podía quedarme en su casa si pagaba la mitad del alquiler. Trabajé de camarero, en una pizzería y en sitios así; pero me echaban pronto porque no me aclaraba mucho con los pedidos. Un día Alec me comentó cosas sobre su trabajo. Me llevó ante su jefe y me dijo que si me convertía en un hombre en dos meses, estaba contratado. Empecé a ir al gimnasio, me infiltraba en algún que otro trabajo de Alec para ir aprendiendo el oficio... Y así hasta hoy.

—¿Y no has vuelto a hablar con tus padres?

—Lo último que he sabido de ellos es que mi padre murió hace un par de años por culpa del cáncer. Mi madre no lo soportó y murió seis meses después.

—Lo siento.

—Es pasado.

—Has dicho que eras buen estudiante. ¿Por qué no seguiste estudiando cuando conseguiste algo de dinero?

—Al principio me pagaban muy poco, por lo que tardé bastante en conseguir

una cantidad decente. Después subí de categoría y empecé elegir mis propios trabajos. Esto me permite tener un techo sobre la cabeza y comida caliente en el estómago. Es cuanto necesito por ahora.

—Háblame de tus clientas.

—No hablo de mis clientas.

—No me refiero a que me cuentes cosas íntimas de ellas, sino cosa generales, como por ejemplo, ¿qué es para lo que más te demandan?

—Para lo que más me solicitan es para las bodas. Por lo visto las mujeres no soportáis que vuestra mejor amiga se case y vosotras sigáis solteras.

—Bueno, en mi caso eso me da igual.

—¿Seguro?

—Tú has sido la primera relación —dije haciendo las comillas con los dedos — que he tenido, mientras que Brenda ya ha perdido la cuenta de las parejas que ha tenido. Así que sí, me da igual. ¿Cómo son las mujeres que te contratan?

—Son lo contrario a ti.

—¿Modelos exuberantes de carrera?

—Mujeres huecas e interesadas.

—¿Huecas?

—Me refiero a que son pura fachada. Es cierto que hay mujeres que son de lo más normal; pero por lo general, suelen ser mujeres envidiosas que están solas y que quieren aparentar cosas que no son.

—¿Y qué opinión tienes de mí?

—Eres sencilla.

—No sé si eso es bueno.

—Te muestras tal cual eres, sin dobles intenciones. Me contrataste para experimentar como mujer, no para aparentar cosas que no son. Tratas a todas las personas por igual. Eres sensible, amable y cariñosa. Se puede hablar contigo de cualquier tema y das tu opinión sin miedo al qué dirán. Eres toda una mujer.

—¿Te arrepientes de haber aceptado el trabajo? Marc alargó la mano hasta mi mejilla y nos miramos fijamente a los ojos.

—Nunca.

Sentí que algo se removía en mi pecho. Me tensé, y Marc apartó la mano.

—Creo que ya va siendo hora de dormir.

Me giré para darle la espalda. No quería que viera que me había afectado su descripción sobre mí. Noté cómo se me acercaba, y luego me abrazó contra su pecho.

—Que descanses —dijo dándome un beso en la cabeza. Era un gesto de lo más inocente, pero yo volví a sentir que había algo raro dentro de mí. ¿Qué me estaba pasando?

* * *

Me desperté al sentir que Alison se levantaba de la cama. Miré en su dirección y vi que estaba apoyada en la mesilla y ligeramente encorvada.

—¿Te encuentras bien? —dije, incorporándome sobre un codo.

—Sí, solo me duele un poco el estómago, nada más.

Se metió en el baño y escuché el grifo del lavabo. Después se quedó el baño en silencio y escuché un ruido sordo. Me levanté y toqué con los nudillos en la puerta.

—¿Alison? ¿Estás bien? ¿Alison?

No hubo respuesta y volví a aporrear la puerta.

—No me hace gracia, Alison. ¡Contéstame!

Pero de nuevo la única respuesta que tuve fue el silencio.

—Alison, voy a entrar, estés como estés.

Abrí la puerta y vi a Alison tirada en el suelo, inconsciente.

—¡Alison!

Me arrodillé a su lado, la incorporé y empecé a darle cachetes flojos en la cara, pero no reaccionaba. La cogí en brazos y la llevé a la cama.

—Alison, cariño, despierta. ¡Alison!

Seguía sin responder. Tenía que llevarla al hospital. Me puse la primera ropa que encontré, envolví a Alison con la sábana de la cama y la cogí en brazos. Nunca en mi vida había conducido tan deprisa como en esta ocasión. Sentía que el corazón me iba a mil. Miré al asiento del copiloto y le aparté a Alison el pelo de la cara

—Tranquila, nena, ya estamos cerca.

Tardamos siete minutos más en llegar. Dejé el coche en la entrada, cogí a Alison en brazos y la llevé a la zona de urgencias.

—¡Ayuda! —grité cuando estuve dentro—. ¡Ayuda, por favor!

Un celador trajo una camilla, acompañado de un hombre vestido de verde.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó el que supuse que sería el médico.

—No lo sé. Se levantó de la cama con dolor de estómago y entró al baño, y cuando he ido a ver cómo estaba me la encontré tirada en el suelo.

—¿Le había pasado antes?

—No lo sé, pero ayer ya le estuvo doliendo el estómago.

—Está bien. Usted tiene que esperar en la sala —dijo cuando la metieron en un *box*.

—¿Se pondrá bien?

—Primero tengo que saber qué le pasa, pero no se preocupe, haremos todo lo

posible.

El hombre se metió en la sala, y antes de que las puertas se cerraran vi a Alison tumbada en la camilla. Verla ahí tumbada, tan quieta, tan pálida... Me pasé una mano por el pelo, nervioso.

—Señor, aquí no se puede estar. Tiene que esperar en la sala de fuera.

Una de las enfermeras me estaba echando de allí. Hice lo que me pedía y me senté en una de las sillas a esperar.

Y yo odio esperar.

* * *

Tenía los ojos pesados. Intenté abrirlos, pero no fui capaz. Algo me estaba tocando la cara, pero no sabía lo que era. Intenté de nuevo abrir los ojos, pero una luz cegadora me hizo cerrarlos otra vez.

—¿Me oyes? Intenta abrir los ojos una vez más. Venga, mírame.

Hice lo que se me pedía y vi la cara de un hombre.

—¿Cómo te llamas?

Miré a mi alrededor y vi que había varias personas.

—Alison.

—Bien. ¿Cómo te encuentras?

—No demasiado bien.

—¿Sabes dónde estás?

Seguí mirando a mi alrededor y vi que tenía algo puesto en el brazo.

—Creo que estoy en el hospital.

—Sí. Te han traído porque te encontraron inconsciente en el baño. ¿Recuerdas lo que te ha pasado?

—Me dolía el estómago. Me empecé a marear y... no me acuerdo de más.

—Está bien. Voy a hacerte unas pruebas para ver lo que te ocurre, ¿vale?

A cada minuto que pasaba la cabeza se me iba despejando y fui siendo más consciente de la situación.

—No quiero que me hagan ninguna prueba —dije incorporándome.

—Pero necesito hacértelas para saber lo que te ocurre.

—Lo que ocurre es que me estoy muriendo.

Noté que la sala se quedaba en silencio y que varios pares de ojos se centraban en mí.

—Tengo cáncer de estómago en fase terminal. Me dijeron que me podían pasar cosas como ésta. Me quedé sin los calmantes que me recetaron y no he sido capaz de aguantar el dolor.

—¿Qué médico te está tratando?

—El doctor Wilson.

—Iré a ver si está de guardia.

—Doctor —dije antes de que se fuera—, ¿puedo hablar un momento con usted?

Miró al resto de personas que había en la sala para que salieran. Cuando nos quedamos solos, se colocó a mi lado y me miró para que empezara a hablar.

—No le he contado a nadie lo que me ocurre, así que si hay alguien que le pregunta lo que me pasa no diga nada, por favor.

—¿No lo sabe ninguno de tus familiares?

—No tengo familia.

—El chico que te ha traído estaba bastante preocupado. Supongo que querrá saber lo que te ocurre.

—Él, menos que nadie, debe saberlo. Si le pregunta, dígame que es un virus o lo que le dé la gana, menos la verdad. Por favor, doctor, le ruego que no le diga nada a nadie.

—De acuerdo. Ahora descansa. Avisaré a una enfermera para que venga a ponerte un calmante e iré a ver si está de guardia el doctor Wilson.

—Gracias.

El hombre salió por la puerta y me quedé sola. Al poco rato apareció una enfermera con un bote que conectó a la vía que me habían cogido en el brazo.

—Esto te hará efecto enseguida.

Me apretó el brazo y me sonrió con cariño.

—Que te mejores.

—Gracias.

Volví a quedarme sola, pero no por mucho tiempo, ya que entraron el doctor Wilson y el médico de antes.

—Alison, me han dicho que te has desmayado. ¿Cómo te encuentras?

—Bueno, os dejo —dijo el otro doctor, apretando el hombro del doctor Wilson.

—Me encuentro bastante cansada.

—Es normal. Ya te comenté que te pasarían cosas como ésta.

Se acercó a mí y empezó a palparme el estómago hasta que dio con el foco del dolor, haciéndome gritar.

—Ahí, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

—Ayer me quedé sin calmantes. Llamé para que me dieran cita y me dijeron que me pasara hoy.

—Ahora te hago la receta. ¿Cómo lo llevas? —dijo, apoyando una mano en la cabecera de la camilla.

—Intento evitar acordarme de ello todo lo que puedo, pero cuando me dan

los pinchazos...

—Te entiendo. Supongo que te habrá traído alguien. ¿Quieres que pase?

—Sí, por favor. Se llama Marc Biaggio.

—Voy a buscarle.

—Gracias por todo, doctor.

El doctor Wilson me dio una sonrisa que no le llegó a los ojos. No compartía mi idea de no decirle a nadie que me estaba muriendo. Pero era mi decisión, y tenía que respetarla.

* * *

Hacía más de una hora que había llegado al hospital y nadie salía a decirme nada. Había visto salir al médico con el que estuve hablando y me dijo que la estaba tratando su médico habitual, que casualmente hoy estaba de guardia, pero que estaba bien.

Y si estaba tan bien, ¿por qué no me dejaban pasar a verla? «¿Cuánto más tendré que esperar?».

—¿Marc Biaggio?

Me levanté de un salto de la silla.

—¡Soy yo! —grité, acercándome al hombre que había dicho mi nombre.

—¿Eres familiar de Alison Gallardo?

«En verdad no soy su familiar, pero si le digo el tipo de relación que tenemos seguro que no me permitirán verla».

—Soy su novio.

—Acompáñame.

—¿Cómo se encuentra Alison?

—Está fuera de peligro. Le han puesto un calmante para el dolor y ya se encuentra mejor.

—¿Qué es lo que le ha pasado? Una persona no se desmaya por nada.

—Alison tiene un virus desde hace un tiempo.

—¿Un virus? No me dijo nada.

—Es aquí —dijo el doctor abriendo una puerta.

Al entrar vi a Alison tumbada en la camilla, conectada a un gotero y apenas cubierta por una sábana, aunque ya no estaba tan pálida como cuando me la encontré en el baño. Me acerqué a ella y la abracé. Podía notar sus manos frías en mi espalda y su respiración acelerada, aunque no sabía a ciencia cierta si el corazón que latía tan rápido era el suyo o el mío. Suspiré aliviado y la besé. ¡Gracias a Dios que estaba bien!

—¿Cómo estás? —dije acariciándole las mejillas.

—Mejor.

—Voy a prepararte el alta —le dijo el doctor a Alison.

Cuando nos quedamos solos, me senté en la camilla y la agarré de la mano.

—Me has dado un buen susto. Escuché algo raro y te estuve llamando desde el otro lado de la puerta, pero como no contestabas entré al baño... Prométeme que otra vez me pedirás ayuda si te encuentras mal, por favor.

—Te debo la vida —dijo sonriendo.

—No me hace ninguna gracia. ¿Por qué no me has dicho que estabas enferma?

—Solo es un virus.

—Como si es una espinilla. ¿Qué pasa si te llega a ocurrir estando lejos de un hospital? ¿Qué hubiera pasado entonces?

—No creí que tuvieras que saberlo.

Aquellas palabras no me gustaron nada; pero había que admitir que tenía razón. Yo solo era alguien con quien follar, no un amigo que tuviera derecho a preocuparse por ella. Le solté la mano y me levanté de la camilla.

—Perdona, no quería entrometerme.

—Soy yo quien lo siente. Llevo mucho tiempo sin darle explicaciones a nadie. Debería habértelo dicho.

—Aquí tienes el alta —dijo el doctor, entrando con varios papeles en las manos—. También te traigo la receta del calmante. Sigue tomándotelo como hasta hora. También sería conveniente que descansaras unos días para recuperarte del todo. Y si tienes algún problema, si te vuelve a pasar esto, lo que sea, ve a mi consulta sin pedir cita y te atenderé en un momento; así te evitas tener que estar esperando aquí en Urgencias.

—Eso haré.

—Muchas gracias, doctor —le dije al hombre, tendiéndole la mano.

—Cuídala —me dijo estrechándome la mano.

—No lo dude —dije mirando a Alison.

En pocos minutos estuvimos de regreso en casa. Al llegar, Alison dijo que se encontraba mejor y que iría a abrir la tienda, pero conseguí convencerla de que desayunara algo y se fuera a la cama. Cerré la puerta de la habitación para no molestarla y fui a la cocina para tomarme un café. Todo había ocurrido demasiado deprisa. Ayer no parecía enferma, y hoy...

Sonó el teléfono y fui a cogerlo.

—¿Diga?

—¡¿Qué le pasa a Alison?! ¡¿Por qué no ha abierto hoy la tienda?! —me chilló Brenda por el auricular.

—Está enferma. He tenido que llevarla al hospital.

—¿Qué le pasa?

—Por lo visto tiene un virus.

—Jodido virus. Con lo bien que estaba...

«Brenda también lo sabe, claro».

—Voy ahora mismo para allá.

—Ven más tarde. Acabo de conseguir que se acueste un rato y descanse.

—Vale —dijo antes de colgar.

Me terminé el café y dejé la taza en el fregadero. Después fui al salón y me tumbé en el sofá, para llamar a Alec e informarle de que todo estaba bien. Aún me sentía alterado por todo lo ocurrido, así que cerré los ojos para intentar relajarme, y terminé quedándome dormido.

Capítulo 9

Llevaba bastante tiempo despierta, pero aún no quería levantarme. Miré la hora en el reloj de la mesilla, y vi que eran las doce y media de la mañana. Me di la vuelta para ver si Marc se había acostado un rato después del ajeteo de esa madrugada, pero no le encontré.

Me levanté para ir al baño y aproveché para ducharme, ya que esa mañana no me dio tiempo. Salí de la habitación con un pijama limpio, no tenía muchas ganas de ponerme otra cosa, y al entrar en el salón vi a Marc dormido en el sofá. Parecía cansado. A pesar de que hacía calor, regresé a la habitación a por una sábana para taparle. Cuando le estaba cubriendo se despertó.

—¿Estás bien? —dijo abriendo los ojos de par en par y poniéndose de pie.

—Sí, tranquilo. Solo vine a ver dónde estabas.

—¿Te duele el estómago otra vez?

—Ahora no. Con todos los calmantes que me pusieron en el hospital no creo que me duela en varias horas.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres desayunar algo?

—No, ahora no tengo hambre.

Marc se fue a la cocina, se sirvió café y regresó al salón para sentarse en el sofá. Había algo raro en él. Fui a sentarme a su lado.

—Gracias por todo lo que has hecho por mí. No sé qué hubiera pasado de no ser por ti.

—No tienes que agradecerme nada. Yo estaba ahí cuando ocurrió todo y te ayudé, nada más. Cualquiera en mi lugar hubiera hecho lo mismo —dijo dando otro sorbo al café.

—¿Estás enfadado conmigo? ¿Hice algo mal?

Marc soltó un suspiro y dejó la taza de café sobre la mesa. Luego se giró para mirarme.

—No estoy enfadado, Alison. Estoy... decepcionado, supongo. Anoche fuiste lo suficientemente valiente como para revelarme algo sobre tus padres que no le habías contado a nadie; pero no eres capaz de decirme que estás enferma —apartó la mirada, tomó aire y volvió a mirarme antes de continuar—. Me asusté mucho cuando te vi tirada en el baño. Pasó mucho tiempo hasta que alguien del hospital salió para decirme que estabas bien y que podía pasar a verte. ¿Tienes

idea de la de cosas que se me pasaron por la cabeza? Y te aseguro que no eran nada tranquilizadoras.

Me quedé mirándole con la boca abierta. Estaba preocupado por mí. ¿Por qué? Hacía una semana no me conocía, pero tenía que admitir que me gustaba que se preocupara por mí, que le importase tanto. Algo se movió dentro de mí. «¿Yo le importo? ¿O es él el que me importa a mí y veo cosas donde no las hay?».

Marc seguía mirándome, esta vez algo más relajado. Me acerqué a él, le tomé la cara entre las manos y le besé muy despacio, más una caricia con los labios que un beso. No sabía si me aceptaría, pero Marc separó los labios para devolverme la caricia.

Y yo quería más.

Enredé las manos en su pelo para atraerlo hacia mí, pero seguía sin ser suficiente, mi cuerpo demandaba sus caricias. Me levanté y me coloqué a horcajadas encima de él. Nuestras bocas volvieron a fundirse mientras Marc me abrazaba contra su cuerpo. Yo coloqué las manos en su pecho y empecé a acariciarle, e inmediatamente noté el cambio de su anatomía.

—Alison, para —dijo contra mi boca—. Para, por favor.

Pero yo no dejaba de besarle. Llevé las manos hasta su cintura.

—No quiero parar.

—Pero tienes que hacerlo. Están llamando a la puerta.

—Pues que sigan llamando.

—Tal vez sea Brenda. Dijo que se pasaría para verte.

Me separé de mala gana de él, no sin antes darle un último beso antes de bajarme de su regazo. Marc se levantó y fue a ver quién era. Al momento, Brenda apareció por la puerta del salón.

—¿Cómo estás? —dijo acercándose a mí para darme un beso. Luego se sentó en el lugar que había sido antes ocupado por Marc.

—Estoy bien.

—La verdad es que para estar enferma tienes muy buen aspecto. Aunque claro, con un enfermero como éste... —señaló a Marc, que traía un refresco para ella.

—Bueno, os dejo para que habléis —dijo Marc.

—No hace falta que te vayas, así me alegras la vista.

Brenda y yo nos hicimos cada una a un lado para que Marc se sentara en el centro.

—Entonces, ¿qué es lo que te ha pasado? —dijo Brenda dando un sorbo a su bebida.

—Ayer me quedé sin calmantes, y me estuvo doliendo el estómago durante

todo el día. Pero esta mañana el dolor era tan fuerte que me desmayé en el baño, y Marc me llevó al hospital.

Le puse una mano en el muslo, cerca de su entepierna. Marc se tensó, me agarró la mano y la puso más cerca de su rodilla. Brenda no se perdió ni un solo detalle.

—¿Y qué te han dicho que tienes que hacer?

—Tiene que mantener reposo unos días para recuperarse, pero no quiere —dijo Marc adelantándoseme.

—Tengo que abrir la tienda.

—Deja la tienda en paz. Te han dicho que descanses y es lo que vas a hacer. Además, desde que tú te estás ocupando de la tienda no hemos cogido vacaciones.

—Pero tengo que trabajar. Las facturas no se pagan solas.

—Pero si no descansas empeorarás, y te tocará cerrar la tienda por más tiempo. Cógete una semana para descansar y recupérate del todo.

—¿Y qué hago mientras tanto?

Brenda miró a Marc, luego a mí, y sonrió.

—Podemos irnos de viaje —dijo Marc viendo las intenciones de Brenda.

—¿A dónde? —le pregunté.

—A Pienza.

—¿Y dónde está eso? —esta vez fue Brenda la que preguntó.

—En la Toscana. La mujer que me cuidaba de pequeño vive allí. Voy a visitarla todos los veranos.

—¿No crees que está un poco lejos para una sola semana?

—¿Acaso tienes la oportunidad de ir todos los días a Italia? —preguntó Brenda alzando las cejas.

—Es un pueblo pequeño y la gente es encantadora. Te gustará.

—Está bien. ¡Vámonos a Pienza!

—Llamaré a un amigo del aeropuerto para que nos consiga los pasajes.

Marc se levantó y se fue a hablar por el móvil. Cuando nos quedamos las dos solas en el salón, Brenda se acercó a mí y habló en voz baja.

—¿Te trata bien? ¿Es bueno contigo? —me preguntó muy seria.

—¿Marc? En demasiado bueno conmigo. Tendrías que haberle visto la cara que tenía cuando entró en la sala en la que me atendieron.

—No me refiero a lo que te ha pasado, sino en general.

—Marc en un sol. Siempre está pendiente de mí. Ayer me acompañó al cementerio, y cuando empecé a llorar, se limitó a abrazarme fuerte y permaneció todo el tiempo en silencio —dije sonriendo.

—Me parece que para ti Marc es algo más que un rollo pasajero.

—¿Qué? ¡No! Bueno, quiero decir, sí que me gusta, pero no de la forma en que estás pensando.

—¿Y de qué forma estoy pensando?

—Ya sabes a lo que me refiero.

—¿Qué se supone que estabais haciendo cuando he llegado?

—Nada.

—¿Y por qué estabas tan acalorada? ¿Y por qué Marc tenía el pelo revuelto? Estabais en plena faena, ¿verdad?

—En los preliminares —dije sin pensar.

—¡Lo sabía! —dijo Brenda apoyando la espalda en el respaldo del sofá.

—Te odio —le dije entrecerrando los ojos y con una gran sonrisa en los labios.

Seguimos hablando un rato más y Marc entró con el móvil en la mano.

—Arreglado. Nos vamos mañana por la mañana.

—¿Tan pronto? —pregunté impresionada.

—Tengo un amigo en el aeropuerto que me ha conseguido los billetes.

—Entonces yo me marchó, tenéis muchas cosas que preparar.

Brenda me dio un beso y se fue.

—¿Estás seguro de que no le importará a esa mujer que yo también vaya a su casa?

—Tonterías. Es una mujer encantadora que siempre me está diciendo que ya es hora de que me eche novia y siente la cabeza.

—Pero yo no soy tu novia.

—A ojos de los demás sí, ¿recuerdas?

Me levanté y me acerqué a él.

—Bueno, ¿dónde lo habíamos dejado antes? —le dije mordiéndole la barbilla.

—Hay que preparar la maleta —dijo apartándome y yendo hacia la habitación.

Me quedé mirando cómo desaparecía por el pasillo. ¿Me había rechazado?

* * *

Me excité cuando Alison se sentó encima de mí, pero gracias a Dios Brenda vino de visita y me pude relajar. Alison estaba débil a pesar de su apariencia. La estuve ayudando a preparar su maleta, pero ver su ropa interior hizo que la llama en mi interior se reavivara. «¡Solo es tela, por el amor de Dios!». Y mientras comíamos no fui capaz de apartar la vista de sus labios retirando la comida del tenedor.

—Yo lavo los cacharros mientras te cambias —le dije dejando los platos en la pila.

—¿A dónde vamos?

—Yo también tengo que hacer mi maleta, ¿recuerdas?

—¿Y para qué necesitas que vaya yo? Puedes ir tú solo.

—¿Y que te pongas peor en mi ausencia? Con una vez fue más que suficiente, gracias.

Al cabo de media hora estaba esperando a Alison para ir a mi casa. Apareció en el salón con unos pantalones pirata y una camiseta de manga corta ligeramente escotada. La recorrí con los ojos sin perderme ningún detalle.

—Vámonos.

Fuimos en mi coche, y mientras conducía, no dejé de pensar en la cantidad de cosas que se pueden hacer en un coche. Definitivamente, estoy enfermo. ¡Parezco un adolescente! Llevo dos días sin acostarme con Alison y parece que voy a explotar.

Decidí concentrarme en la carretera para no pensar en la mujer que iba sentada a mi lado.

—¿Queda muy lejos tu casa?

—No demasiado.

—Vuelves a estar distante. ¿Te hice algo?

«Si tú supieras...».

—No. Solo estoy pensando en las cosas que quiero meter en la maleta —le dije sonriendo. Pero mirarla fue un error. Se había recogido el pelo que antes tenía suelto en una coleta alta que dejaba todo su cuello al descubierto. Ese cuello que tantas veces había recorrido con la boca... Una punzada de deseo se me alojó en la entrepierna. De repente el coche me pareció un espacio demasiado pequeño para dos personas.

Ya en la puerta, la dejé pasar primero a casa. Definitivamente esos pantalones le hacían un trasero increíble. Cerré la puerta y me reuní con ella.

—¿Aquí es donde vives?

—Sí.

Me dirigí hacia mi habitación y Alison me siguió. Al entrar se puso a mirar minuciosamente todo lo que había.

—Me gusta tu habitación.

Me giré para sacar la maleta del armario y vi que Alison se había recostado en la cama, con los codos apoyados en el colchón y las piernas cruzadas colgando por el lateral de la cama. Estaba increíble. Sentí la tentación de tirar la maleta y tumbarme a su lado, pero tenía que recordar que aún estaba convaleciente. Aquel pensamiento me hizo serenarme y empecé a seleccionar la

ropa que iba a guardar en la maleta. Alison no se perdía ninguno de mis movimientos, y sentir sus ojos clavados en mí no me estaba ayudando demasiado.

—¿Quieres que te ayude? —me preguntó.

Me giré con un par de camisas en las manos y me choqué con ella. Se había levantado y colocado justo detrás de mí, con lo que nuestros cuerpos se pegaron cuando me moví.

—No hace falta. Tú puedes ir al salón, allí estarás más cómoda.

—Pero yo quiero ayudarte —me dijo quitándome las camisas de las manos.

Nuestras manos se rozaron y noté un hormigueo por el brazo. Sus pechos subían y bajaban al ritmo de su respiración, haciendo que el escote se le abriera ligeramente y dejándome ver una porción más que generosa de sus pechos. Tragué saliva.

—Alison...

—¿Sí? —dijo pegándose más a mí.

Le quité las prendas de las manos, las lancé a alguna parte de la habitación y la abracé para besarla. Pegué mi boca a la suya en un beso duro, exigente, y ella me lo devolvió de igual forma. La cogí en brazos y ella me rodeó la cintura con sus piernas y el cuello con sus brazos. Avancé y apoyé su espalda en la pared. Alison no dejaba de mover sus caderas, restregando su entrepierna con la mía, provocándome oleadas de deseo.

—Alison...

—No hables.

Y volvió a besarme, exigiendo y dando a partes iguales. Alejó una de sus manos de mi cuello y empezó a desabrocharme la camisa. Cada roce de sus dedos en mi piel me hacía estremecer.

—Estás convaleciente...

—Te deseo —dijo antes de introducirme la lengua en la boca.

Aquello acabó por desatarme. Me terminé de quitar la camisa y le quité a ella su camiseta. Necesitaba el contacto de su piel con la mía. Entrelacé mis dedos con los suyos y coloqué las manos unidas a la altura de su cabeza, haciendo que nuestros cuerpos se pegaran todavía más.

—Marc... —gimió en mi boca cuando sus pezones rozaron mi pecho a través de la fina tela del sujetador.

—Antes me preguntaste si me hiciste algo —moví las caderas para que notase lo excitado que estaba—. Esto es lo que me haces, Alison.

—Me gusta hacerte eso.

—Y a mí que me lo hagas.

Y volví a besarla. Tan absorto estaba en ella que no me di cuenta de que

alguien había entrado en la casa.

—¿Se puede saber qué cojones estás haciendo?

Paré al escuchar la voz, miré por encima del hombro y vi que se trataba de Alec. Tenía el entrecejo fruncido y cara de pocos amigos. Hizo ademán de adentrarse en el cuarto pero le detuve, no quería que viera a Alison medio desnuda.

—¡Espérame fuera!

Alec retrocedió y tuvo la decencia de cerrar la puerta tras de sí, aunque dando un portazo.

—Será mejor que te vistas —le dije a Alison dejándola de pie en el suelo. Recogí la camisa del suelo y fui a hablar con Alec, que me esperaba en el salón.

—¿Qué puñetas te crees que estás haciendo? —me soltó nada más verme.

—Déjame que te lo explique.

—No hay nada que explicar. La regla era nada de mujeres en el piso. ¿Tan difícil es?

—Anoche Alison se puso enferma y no quería dejarla sola en su casa.

—¿Enferma? Pues no me parecía que estuviera muy enferma hace un momento.

—Esto no fue planeado. Fue más bien un impulso...

—Pues contrólate y dile a esa tía que se largue ahora mismo.

No me estaba gustando nada la forma en la que Alec se estaba refiriendo a Alison.

—Se llama Alison.

—Me importa una puta mierda cómo se llama. Y si no la sacas tú de aquí, lo haré yo.

Intentó ir hacia la habitación, pero le empujé en la dirección contraria.

—Te estás pasando, Alec —le dije alzando las cejas.

—¿Que yo me estoy pasando? ¿Y tú qué? Primero aceptas el trabajo porque la chica te da lástima. Casi no me informas sobre tu situación porque estás muy ocupado follando con ella. Y ahora te la traes aquí.

—Solo he venido a por algo de ropa. Nos vamos a Pienza.

—¿Que te la vas a llevar a Pienza? —Alec me miró con cara de desconcierto—. Has cambiado, tío, ya casi no te reconozco.

—Sigo siendo el mismo.

—No, eso no es cierto. Estás llevando esto al terreno personal y no va a acabar bien. Lo sabes. Joder, tío, tú no eres así.

—La gente puede cambiar.

—Pero no en tan poco tiempo, y menos en este trabajo —se llevó una mano al pelo—. ¿Sabes qué?, haz lo que quieras, pero luego no digas que no te lo

advertí.

Alec se fue y yo regresé a la habitación. Alison se había vuelto a vestir y estaba sentada en la cama.

—¿Va todo bien?

—Sí. Será mejor que me esperes en el salón mientras termino de hacer la maleta.

Salió por la puerta sin decir nada más. Tiré una camiseta con rabia contra la cama y apoyé las manos en la maleta. «¿Qué puñetas acaba de pasar?».

Terminé de hacer la maleta en tiempo récord y regresamos a casa. En el camino, Alison me preguntó por el incidente de antes en la habitación.

—Supongo que el que entró antes era Alec, ¿no?

—Supones bien.

—¿Y por qué se puso así cuando nos vio juntos?

—Se puso así al verte a ti.

—¿Y yo qué le he hecho?

—Tú nada, fui yo. Hay una norma no escrita de que no se pueden llevar chicas a casa. La pusimos para evitar que nuestros compromisos laborales se interpusieran en nuestra vida privada.

—Y cuando queréis acostaros con una mujer que no os haya contratado, ¿a dónde vais?

—La mayoría de las veces lo hacemos en el coche.

—¿En este coche?

Vi que Alison apartaba la mano que había apoyado en el reposabrazos de la puerta y miraba la tapicería del coche con asco. No pude evitar reírme.

—Puedes estar tranquila, que en este coche nunca lo he hecho.

—Bueno, siempre hay una primera vez.

Colocó su mano encima de la mano que yo tenía en la palanca de cambio. Sentir el calor de su piel hizo que mi deseo resurgiera de nuevo.

—Necesito la mano para manejar la palanca.

—Si quieres, puedo ponerla en otro lugar —alargó la mano y la colocó en mi pierna—. ¿Aquí está mejor? —dijo arrastrando su mano hacia arriba.

Solté la palanca de cambio y le sujeté la mano antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Desde cuándo eres tan lanzada? —le dije colocando su mano en su pierna.

—Desde que nos han interrumpido en tu cuarto y me he quedado a medias.

—Da gracias a que nos han interrumpido. Aún no estás recuperada del todo.

—Me encuentro perfectamente.

—Te han mandado reposo, y eso es lo que tendrás.

Después de eso no volvió a sacar el tema. De hecho, no hablamos nada, salvo lo justo para planificar la cena y la hora de salida del día siguiente.

El ambiente estuvo tenso, sobre todo cuando nos metimos en la cama. Cada uno se fue para un lado y apagamos la luz sin decir una sola palabra.

Yo también la deseaba, y mucho, pero tenía que reconocer que había sufrido un episodio bastante fuerte para su salud y necesitaba descansar. Seguro que por la mañana se le habrá pasado el enfado.

Algo me despertó en mitad de la noche. Era Alison, que no dejaba de moverse. «¿La estará doliendo otra vez el estómago?». Encendí la luz de mi mesilla y me incorporé sobre un codo para verle la cara.

—¿Alison? ¿Te encuentras bien?

Le aparté el pelo de la cara y vi que dormía. Estaba soñando. Sonreí. Estaba tan bonita cuando dormía... Me di la vuelta para apagar la luz.

—Marc...

Alison se había girado en sueños y se me agarró a la espalda. Me quedé quieto unos segundos por si se había despertado, pero seguía inconsciente, así que me tumbé lo más despacio que pude, lo que propició que me pasara un brazo y una pierna por encima. Estaba atrapado. Hablaba en sueños, y me gustó ser el único que lo sabía.

Con ese pensamiento desconcertante apagué la luz, aunque no tardé mucho en encenderla de nuevo. Alison empezó a mover las caderas contra mi pierna y apretó su pecho contra mi costado. La camiseta de tirantes y las minúsculas braguitas que se había puesto para dormir, que no dejaban mucho a la imaginación, no eran suficientes para ocultar el calor que desprendía su cuerpo. Movié la cabeza sobre mi pecho.

—Marc...

Al hablar, su aliento me rozó uno de los pezones provocándome tal oleada de deseo que hizo que mi entrepierna se sacudiera.

—Esto no puede estar pasándome —susurré incrédulo.

Pero para probar que aquello era muy real, Alison movió las piernas otra vez, colocando una justo encima de mi erección y dejando su entrepierna completamente pegada a mi pierna. Apretó sus pechos contra mí y empezó a mover sus caderas a un ritmo constante.

—Ahhh —suspiró en sueños.

La aparté de mí y la coloqué boca arriba en la cama. Después me senté y la miré. Estaba más que excitado. «¿Qué se supone que tengo que hacer yo ahora?».

—No me dejes... otra vez no...

Alison había fruncido el ceño y agitaba las manos buscando algo. Me tumbé

a su lado y la abracé.

—Estoy aquí. No me voy a ninguna parte —susurré.

La expresión de su cara se relajó.

—Hazme tuya...

Sus palabras me hicieron sucumbir a la tentación. Subí la mano hasta su cara y empecé a acariciarle la mejilla... el cuello... el hombro... mientras con los labios le acariciaba y besaba la mandíbula y el cuello.

Seguí bajando la mano hasta llegar a sus pechos, cubiertos solo por la fina tela de la camiseta que revelaba sus pezones endurecidos, ya que se había quitado el sujetador para dormir. Tomé uno de los pechos en la mano y le rocé el pezón con el pulgar. Su respiración cambió y abrió la boca para tomar aire, elevando el torso. Bajé la cabeza hasta su otro pecho y tomé el pezón entre los dientes.

—Ah... Marc...

Tiré suavemente con los dientes y volvió a gemir. Sonreí. Le bajé el tirante de la camiseta para descubrir su piel y succioné el pezón. Luego introduje la mano por debajo de la camiseta y le acaricié el otro pezón enhiesto.

—Ah... más...

Succioné más fuerte hasta que el pequeño montículo estuvo rojo e hinchado. Me moví para colocarme mejor y rocé mi pene, erecto y ansioso de atención, contra su pierna, lo que me hizo gemir. Había estado excitado toda la tarde, pero esto ya era el culmen. No quería despertarla, pero necesitaba darnos el placer que nuestros cuerpos ansiaban.

Bajé la mano por sus costillas, acaricié su estómago y seguí bajando hasta toparme con la tela de la otra prenda. Metí los dedos por debajo de las bragas hasta llegar a su vello púbico. Acaricié sus rizos y seguí mi camino hasta mi objetivo. Pasé un dedo por encima del clítoris para luego tomarlo entre dos dedos.

—¡Marc! —chilló.

Su respiración era fuerte y su pulso acelerado se veía claramente en la base de su cuello. Seguí haciendo círculos sobre el botón endurecido hasta que las piernas se le tensaron, entonces bajé un poco más la mano hasta dar con su entrada. Coloqué la mano abierta encima y noté su humedad. —Estás tan húmeda...

Le introduje un dedo con cuidado y sus piernas se separaron, facilitándome el acceso.

—Ah... así...

Moví el dedo para retirarlo y ella adelantó sus caderas para no perder el contacto.

—No...

—Tranquila, cariño... —le dije besándola en el cuello.

Esta vez le introduje dos dedos. Estaba tan apretada, tan húmeda, tan cálida... que mis caderas se movieron con voluntad propia, haciendo el contacto más íntimo. Creo que nunca había estado tan excitado como en ese momento. Pero lo que quería era darle placer a ella, así que moví los dedos a un ritmo lo suficientemente intenso como para llevarla al límite, y lo suficientemente suave para no despertarla.

Las paredes internas de su cuerpo empezaron a contraerse, señal inequívoca de que estaba a punto de llegar al orgasmo. Coloqué mi pierna encima de las suyas para inmovilizarla e incrementé el ritmo de los dedos.

—Eso es, pequeña... dámelo...

Solo hicieron falta un par de penetraciones más para que Alison culminara.

—Sí... así... Marc...

Y explotó. Tenía la boca abierta, las mejillas sonrosadas, las manos cerradas en puños, los tendones del cuello tensos, el cuerpo sudoroso, y jadeaba sin parar. Era una visión increíble.

Ya en el letargo que siguió al fuerte orgasmo, Alison se acurrucó contra mí y noté que su piel comenzaba a enfriarse. Alargué la mano hasta la sábana y nos cubrí a ambos con ella. Murmuró algo contra mi pecho, pero no lo entendí. La estreché más cerca de mi cuerpo y la besé en la frente.

Ella dormiría plácidamente lo que quedase de noche, mientras que yo tendría un dolor de huevos insoportable por la necesidad no satisfecha. Podría ir al baño a masturbarme y aliviar el dolor, pero preferí esperar a tener la oportunidad de cobrarme esa noche y que fuera ella quien me aliviase.

Cerré los ojos e imaginé a Alison masturbándome, esa mano tan pequeña intentando cubrir mi masculinidad...

La noche iba a ser muy larga.

Capítulo 10

¿De verdad todo lo de anoche fue un sueño? Parecía tan real... Pude sentir perfectamente las caricias de Marc, los besos de Marc... pude sentir a Marc. Pero ahora estaba sola en la cama, otra vez.

Me levanté por instinto para ir al baño y me quedé parada. La puerta estaba entreabierta y pude ver a Marc en la ducha, el agua recorriéndole el cuerpo desnudo, con las manos apoyadas en las baldosas de la pared y muy excitado. Agarré la manija de la puerta para abrirla un poco más y tener una mejor visión. ¡Y qué visión! Ya estaba acostumbrada al cuerpo desnudo de aquel hombre, pero eso no quita que cada vez que lo veo mi cuerpo responda.

Pasé la vista por cada centímetro de su cuerpo, imaginando que eran mis manos quienes lo hacían. Movié la cabeza para que el agua le diera en la cara y después cerró el grifo. Abrió la puerta de la ducha y al salir desapareció de mi campo de visión, por lo que me dispuse a meter un poco más la cabeza por el hueco; aunque no me hizo falta ya que Marc, completamente desnudo, abrió la puerta de golpe, me agarró del brazo y tiró de mí hacia su cuerpo para estrecharme entre sus brazos.

—¿Me estabas espiando? —me preguntó sonriendo de medio lado.

—¡No! —le puse las manos en el pecho para apartarlo, pero no me dejó ir, sino que me estrechó aún más contra su cuerpo.

—¿Y qué se supone que estabas haciendo?

—Pues te estaba mir... —cerré la boca antes de delatarme—. ¡Suéltame, estás mojado!

Marc bajó una de sus manos por mi espalda, se coló por debajo de las braguitas que llevaba puestas, se apoderó de mis nalgas y me acarició el sexo.

—Tú también.

Pasé de intentar apartarlo a echarle los brazos al cuello.

—Bueno, puedes ponerle remedio.

Me puse de puntillas para besarle, rozando mis pezones endurecidos contra su pecho húmedo, lo que me hizo gemir en su boca antes de presionar mis labios contra los suyos.

—Me encantaría, pero resulta que nuestro avión sale dentro de dos horas, y yo con eso no tengo ni para empezar.

Y salió del baño sin más. «¿Por qué tengo que ser tan débil cada vez que me toca?». Me metí debajo del agua para intentar enfriar mi temperatura, pero no tuve mucha suerte.

Al salir, Marc ya había preparado el desayuno y estaba sirviendo el café en las tazas.

—Por cierto, anoche hacías unos ruiditos algo extraños. ¿Con qué estabas soñando?

El café que estaba bebiendo se me fue por mal lado y casi lo escupo en la mesa al empezar a toser.

—¿Estás bien? —dijo Marc dándome unas palmadas suaves en la espalda.

—Sí, bien —le dije cuando pude volver a respirar.

—Entonces dime, ¿qué soñabas?

«No puedo decirle la verdad. ¡Qué vergüenza!».

—Nada en especial.

—Eso pensé, pero luego dijiste mi nombre varias veces.

«¿¡Hablé en sueños!?»». Tomé otro sorbo de café para suavizar el picor que tenía en la garganta.

—Estaba soñando contigo —le dije encogiéndome de hombros, intentando restarle importancia.

—¿Y qué se supone que estábamos haciendo?

—¿No te has levantado hoy algo preguntón? —alargué la mano para coger una tostada del plato, pero Marc lo retiró antes de que pudiera hacerlo y me miró con las cejas levantadas, pidiéndome una explicación—. Pues estábamos aquí, en casa, tumbados en el sofá viendo una película.

Volvió a dejar el plato donde estaba antes, y volvió a retirarlo en cuanto intenté coger otra tostada.

—Creo que el hecho de que te hayas sonrojado me indica que no me estás diciendo la verdad.

—¿Voy a poder desayunar hoy?

—Cuando me digas lo que soñaste.

«¡Será capullo!»». Me levanté para servirme más café y respiré hondo antes de hablar.

—Era de noche, estábamos en la cama y tú me... besabas... me acariciabas... Vamos, que tuve un sueño erótico contigo. ¿Contento? —dije, girándome, con la cara ardiendo.

Marc tenía una mirada felina. Agarró el plato con las tostadas y me lo ofreció.

—Sí, por ahora.

Al fin pude coger una de las tostadas, untarla con mermelada y llevármela a

la boca.

—Me gusta que sueñes conmigo de ese modo. Yo también lo hago contigo.
Volví a atragantarme.

—¿Tienes sueños eróticos conmigo?

—Puede, no sé; tal vez no, o tal vez sí. Como bien sabes, el subconsciente es libre.

—¿Pero entonces has soñado o no conmigo?

—Cada momento que paso contigo es un sueño —me dio un tierno beso en los labios y se levantó para dejar su taza en el fregadero—. Por cierto, Alec nos llevará al aeropuerto.

—¿No estabais peleados?

—Sí, pero me ha llamado antes y ya está todo arreglado. Además, quiero que le conozcas, te llevarás una grata sorpresa.

—¿Por?

—Ya lo verás.

Apuré el desayuno y recogí la cocina. Veinte minutos después Alec llamó a Marc para avisarnos de que ya había llegado.

En la entrada había un hombre recostado sobre el coche y mirando el móvil. Cuando llegamos a su lado Marc y él se dieron un abrazo.

—Alec, te presento a Alison —dijo apartándose para que el hombre me pudiera ver.

—Encantada de... ¡Tú! —dije, dejando caer la mano con la que tenía intención de saludarlo.

—¿Nos conocemos? —dijo el hombre algo desconcertado.

—Ya lo creo que te conozco —miré a Marc, que intentaba contener una sonrisa—. ¿Éste es tu amigo?

—Oye, sin faltar.

—Encima no me digas lo que tengo que hacer, capullo.

—¿De dónde cojones has sacado a esta tía? —le preguntó a Marc, que ya no pudo aguantar y se reía a carcajadas.

—Puede que no te acuerdes de mí, pero a mi bolso seguro que sí lo recuerdas.

Alec entrecerró los ojos, me miró concentrado, y pasados unos segundos abrió los ojos como platos.

—¡Tú eres la tía arisca del bar!

—La misma.

—Ten cuidado, amigo, ya viste lo peligrosa que es.

Miré a Marc, que se estaba secando una lágrima de tanto reír.

—¿Tú también estabas?

—Claro que estaba. Lo hacemos todo juntos, encanto, para eso somos amigos.

—Pues apártate de él, la «gilipollitis» se pega —le dije a Marc antes de entrar al coche, y volvió a reír a carcajadas.

El trayecto al aeropuerto fue en silencio, interrumpido de vez en cuando por alguna pregunta que Alec le hacía a Marc.

—Bueno, tened cuidado en Pienza —dijo Alec dándole un abrazo a Marc—, y encantado de conocerte —me dijo alargando otra vez la mano.

—Ya, me gustaría poder decir lo mismo —esta vez sí que se la estreché.

Tuvimos que esperar una hora en el aeropuerto después de facturar las maletas hasta que nos permitieron embarcar.

Ya en nuestros asientos, con el cinturón bien abrochado y después de que nos informaran de las medidas a tomar en caso de emergencia, el avión empezó a moverse y agarré la mano que Marc había apoyado en el reposabrazos.

—¿Te da miedo volar?

—Nunca he montado en avión.

—Otra primera vez —dijo agarrándome fuerte la mano.

El avión cogió pista y fue ganando velocidad hasta que se alzó en el aire. La verdad es que no era tan aterrador como me había imaginado.

—Ya ha pasado todo —me dijo Marc acariciándome los dedos con el pulgar—. ¿Has tenido miedo?

—Era más sugestión que otra cosa. ¿Cuánto tardaremos en llegar?

—En llegar a Roma tardaremos unas dos horas y media. Luego alquilaremos un coche para ir hasta Pienza, y tardaremos otras dos horas y media o tres. Será un viaje largo.

A la media hora de estar en el aire las azafatas pasaron ofreciendo refrescos y prensa. Marc pidió el periódico del día y un refresco para cada uno.

—No te vi en el local el día que le pegué a Alec.

—Estaba justo detrás de ti.

—¿En serio? ¿Y no me reconociste?

—Lo hice el día que fui a la panadería, cuando vi la foto —dio un sorbo a su refresco—. ¿Vas a contarme ahora por qué ibas disfrazada?

—Salí en busca de un buen partido, pero solo me topé con tu amigo. Y luego te contraté a ti.

—Como última opción, ¿no?

—Suena mal; pero sí, fuiste mi último recurso. Y he de decirte que haces tu trabajo muy, pero que muy bien.

—Me alegro —hizo un amago de sonrisa, pero la alegría no le llegó a los ojos. Volvió a enfrascarse en la lectura del periódico.

—¿Te ha molestado lo que he dicho? Si es así, no era mi intención ofenderte. Solo quería meterme contigo.

—Tranquila. Aún no me he acostumbrado a tu franqueza, eso es todo —esta vez la sonrisa fue algo más sincera.

El resto del viaje lo pasamos en silencio. Me aseguró que no se había molestado por lo que le dije; pero si no lo hizo, ¿por qué se puso tan tenso? ¿Por qué no volvió a decir nada en todo el viaje? Por eso, en cuanto aterrizamos le pedí otra vez disculpas.

—Siento lo que te dije antes en el avión.

—Ya te he dicho que no importa.

—¿Y por qué has estado tan callado? Parecías enfadado.

—Estaba pensando en lo que podríamos hacer cuando lleguemos y en si te gustará Antonella.

—¿Quién es Antonella?

—Es la mujer que te comenté que me cuidó de pequeño —Marc agachó la cabeza y sonrió.

—Cuéntamelo, yo también quiero reírme.

—Estaba pensando en enseñarte el baño del avión en el viaje de vuelta.

—¿Acaso el retrete tiene alas?

—No —miró alrededor y me apartó del resto de viajeros que esperaban el equipaje, me estrechó contra su cuerpo, pegó su entrepierna a la mía y me besó con ansia—. Pero tiene el espacio justo para un desahogo de altura —me susurró al oído antes de separarnos.

Después de recoger las maletas alquilamos un coche para ir hasta la casa de Antonella. A mitad de camino paramos en Baschi para comer algo, y aprovechamos para ver el pueblo. El viaje fue bastante largo y cansado, pero Marc me enseñó un montón de paisajes increíbles y se hizo bastante ameno.

Por la tarde me puse nerviosa al llegar a Pienza. No sabía si le gustaría a esa mujer, o si me acogería, ya que habíamos ido sin avisar.

—Tranquila —me dijo Marc cogiéndome de la mano cuando nos bajamos del coche y esperábamos delante de la casa a que nos abrieran la puerta—. Es una mujer encantadora, te gustará.

—El problema no es si me gustará, sino si yo le gustaré a ella.

—Si a mí me gustas, le gustarás a ella.

—¿Te gusto? —le dije sonriendo con picardía.

—No sé, puede —dijo acercándose y dándome un beso—. Algo —me dio otro beso—. Mucho —dijo rodeándome la cintura con un brazo y besándome de verdad.

Le eché los brazos al cuello y él me apretó todavía más contra su cuerpo. Me

encanta que haga eso.

—¿Marcus? —escuché decir a una mujer.

Nos separamos, y miramos hacia el lado del que procedía la voz. Marc sonrió y fue en busca de la mujer con los brazos abiertos.

—¡Antonella!

¡¿Cómo?! ¡Aquella mujer era Antonella! Pues menuda manera de conocernos, empezamos bien. Vi que Marc le daba dos besos antes de abrazarla. Después le quitó la bolsa que la mujer traía en las manos y pasándole el brazo por los hombros, se encaminaron hasta mi posición.

—Antonella, te presento a Alison —le dijo Marc en italiano.

La mujer se me acercó, me dio dos besos y empezó a hablar, pero como lo hizo en italiano, no me enteré de nada. Cuando dejó de hablar, Marc me tradujo lo que dijo.

—Ha dicho que está encantada de conocerte, que eres muy guapa y que aquí ya tienes una casa para lo que quieras.

Me acerqué a la mujer y le di dos besos como había hecho antes Marc.

—*Grazie*.

La mujer me miró con cara de asombro al principio, pero luego sonrió y me dio un par de palmadas en el moflete antes de ir a abrir la puerta.

—Le has caído bien —me dijo Marc al oído.

La mujer me enseñó toda la casa, que era más grande de lo que esperaba: en la planta baja estaban la cocina, la habitación de Antonella, un baño y el inmenso salón; y en la parte de arriba las habitaciones y dos baños más.

Cuando regresé a la que sería mi habitación durante la próxima semana me encontré con que Marc ya había comenzado a sacar la ropa de su maleta, y me dispuse a hacer lo propio con la mía.

—Antes, cuando apareció Antonella, te ha llamado Marcus. ¿Por qué?

—Porque ése es mi verdadero nombre.

—¿Y por qué me dijiste que te llamabas Marc? —colgué los vaqueros que tenía en las manos y me di la vuelta para mirarle a la cara.

—Porque también me llamo así.

—¿Acaso tienes dos nombres?

—Marcus es mi nombre real, y Marc es el nombre que uso cuando trabajo.

—¿Y cómo prefieres que te llame?

—Como quieras.

—Creo que te seguiré llamando Marc, como hasta hora.

Seguimos colgando la ropa. Para cuando terminamos, ya era la hora de la cena. Al entrar en la cocina sentí un olor muy rico.

—¿A qué huele?

—Seguro que Antonella ha preparado sus famosas *bruschettas*.

—No sé qué narices es eso, pero si sabe la mitad de bien que huele, me conformo.

—Es una tosta de pan con tomate y albahaca, pero ella le da su propio toque. Tuesta el pan que hace ella misma, lo cubre con su increíble salsa de tomate, le pone un poco de *mozzarela* cortada en rodajas finas y las hojas de albahaca frita.

—Dios, tengo que probar eso.

Y vaya si lo hice. Decir que estaba bueno era quedarse corto. Y para bajar la cena, Marc y yo nos ofrecimos a recoger.

—¿Qué te ha parecido Antonella?

—Una mujer encantadora, aunque el que nos pillara en la calle ha sido un corte.

—Es normal que una pareja se dé un beso, ¿no?

—Sí, pero tú y yo no somos pareja.

—Ya, pero eso ella no lo sabe. Además, es mejor que le digamos a todo el mundo lo mismo para que luego no metamos la pata.

—Tienes razón.

—¿Te ha gustado lo que llevas visto de Italia?

—Me ha encantado. Solo conocía lo que se ve en las películas, pero esto no tiene nada que ver. Es espectacular. Me alegro de estar aquí.

—Y yo —nos quedamos unos segundos en silencio—. ¿Qué te apetece hacer ahora? —dijo colocando el último plato en el escurridor.

—La verdad es que me gustaría acostarme. Estoy muerta.

—Tus deseos son órdenes.

No me esperaba que Marc me cogiera en brazos y solté un grito. Subió conmigo en brazos las escaleras, y no me soltó hasta que no llegamos a la habitación. Me quitó la ropa, me puso un camisón y volvió a cogerme en brazos para meterme en la cama. Después se desnudó él, sin apartar la mirada ni un momento de la mía, y se metió en la cama también, me acurrucó contra su pecho y me dio un tierno beso en los labios.

—*Dormire bene, mia bella.*

Y me quedé dormida en sus brazos.

Por la mañana me desperté sola en la cama. Aquello se estaba convirtiendo en una costumbre y no me gustaba. Me puse una bata y fui a la planta de abajo para ver dónde estaba la gente. Me encontré a Antonella y Marc en la cocina, preparando unos *tuppers* con comida y metiéndolos en una cesta.

—*Buon giorno.*

—Buenos días. ¿Qué tal has dormido? —me preguntó Marc antes de darme un beso de buenos días. Cuando se separó, vi que Antonella nos estaba mirando, sonrió y se dio la vuelta para seguir cocinando.

—Demasiado bien.

— *Buon giorno. Ecco la prima colazione*—me dijo Antonella, dejándome un plato en la barra de la cocina.

—Supongo que se refiere al desayuno.

Me senté en uno de los taburetes y Marc me trajo una taza de café recién hecho.

—¿Qué estáis haciendo?

—Preparando la comida. Tú y yo nos vamos de picnic.

—¿En serio?

—Sí.

—Me encanta ir de picnic. Los padres de Brenda solían llevarnos muchas veces al campo en los meses de verano.

—Pues apúrate, que salimos en media hora.

Engullí el desayuno y subí a ducharme. Cuando bajé, Marc ya me estaba esperando en la puerta con la cesta.

—Ya estoy aquí.

—En marcha.

Tardamos poco más de una hora en llegar a Castiglione della Pescaia, una localidad costera.

—¿Te gusta?

—¡Es precioso!

Salimos del coche, y cuando abrí el maletero para coger la cesta vi una sombrilla.

—¿Vamos a la playa?

—Ésa es la idea.

—Pero no he traído ropa de baño.

—Supongo que te habrás puesto ropa interior, ¿no?

—Sí.

—Pues ya tienes un bikini.

Nos encaminamos a la playa, la cual estaba casi vacía, ya que todavía no era la temporada fuerte de turismo. Dejamos las cosas cerca de la orilla y Marc se fue quitando la ropa hasta quedarse con el bañador. Le imité.

—Toma, ponte esto.

Me dio un bote de protector solar que me fui untando por la cara, los brazos, el pecho, el estómago, las piernas... pero no era capaz de apañarme con la espalda.

—¿Te importa dármelo por la espalda?

Marc dejó de intentar clavar la sombrilla en la arena y se acercó a mí, me quitó el bote de las manos, y antes de que empezara a extender la crema me desabroché el sujetador con cuidado, sujetándome la parte delantera para no dejar al descubierto más de la cuenta. Le escuché suspirar y puso un poco de crema en mi espalda. En cuanto noté su contacto di un respingo.

—¿Está frío?

—Un poco —le dije, aunque no estaba segura de si fue por la temperatura de la crema o por el tacto de sus manos.

Me cubrió la piel con una fina película de crema, muy despacio, como si me estuviera dando un masaje. Giré la cabeza y nuestras miradas se encontraron. Bajó la mano por mi espalda hasta dar con la cinturilla de las braguitas y acarició la zona. Yo abrí la boca en busca de aire y vi que sus ojos abandonaban los míos y se posaban en mi boca. Me humedecí los labios y él hizo lo mismo.

—Creo que ya está bien así —dijo colocándose el bote debajo del brazo y abrochándome el sujetador.

—¿Quieres que te ayude?

Le vi titubear en un principio, pero terminó por entregarme el bote de protector. Me coloqué delante de él, me puse un poco de crema en una mano, le di el bote para que lo sujetara, me repartí la crema entre las manos y las posé en sus pechos. En cuanto le toqué soltó otro suspiro.

Empecé a mover las manos por sus pechos y las fui bajando poco a poco por su abdomen hasta llegar al bañador. Levanté la cabeza para mirarle a los ojos y vi deseo. Sin apartar la mirada, coloqué las manos en sus hombros y las bajé por sus musculosos brazos, las regresé a sus hombros y volví a bajarlas por su torso. Soltó un leve gemido.

—Alison...

—Aún me queda la espalda.

Le quité el bote de crema, me eché otro pegote en una mano antes de devolvérselo y me coloqué detrás de él. Me encantaba su espalda tan musculosa, con esa línea vertical en el centro. Le coloqué las manos en los hombros y las fui bajando lentamente para no dejarme ni un centímetro de piel sin cubrir. Cuanto más bajaba las manos, más se tensaba, y eso me hizo sonreír.

—¿Ya has terminado? —me preguntó cuando volví a colocarme delante de él.

—Todavía me queda la cara.

Volví a repetir el ritual de ponerme la crema en las manos, pero cuando las alcé para cubrirle el rostro, no llegaba bien, así que me puse de puntillas, lo que propició que nuestros pechos se rozaran. Nos miramos y supe que ambos

pensamos y sentimos lo mismo. Empecé a esparcirle la crema por la frente, la nariz, las mejillas, la barbilla, el cuello... y mientras tanto Marc no me quitaba los ojos de encima.

—¿Has terminado ahora? —estábamos tan cerca que su aliento me hizo cosquillas en la cara.

—Por desgracia.

Se apartó de mí para seguir con la sombrilla y yo me dispuse a sacar las toallas de la bolsa y extenderlas en la arena.

—¿Te apetece un baño? —me preguntó cuando estuvo todo montado.

—Claro.

Ambos nos dirigimos al agua. Marc salió corriendo y se zambulló en el mar a pocos metros de la orilla. Yo, en cambio, tomé la temperatura del agua con el pie y me fui metiendo poco a poco hasta que me llegó a la cintura.

—¡Vamos, el agua está estupenda!

—Es que hay un problema.

Marc nadó en mi dirección, se puso de pie como Daniel Craig en *James Bondy* se acercó a mí, que no me perdía ninguno de sus movimientos, aprovechando para recorrerle con la mirada el cuerpo húmedo, envidiando a las gotas que acariciaban su piel.

—¿Qué ocurre?

—No sé nadar —le dije, agachando la cabeza, avergonzada.

Marc alargó la mano y me tomó de la barbilla para que le mirase.

—¿Confías en mí?

—Sí —le contesté sin dudar.

Me cogió en brazos, y yo le puse los míos alrededor del cuello. Fue introduciéndose poco a poco en el mar hasta que el agua le llegó a la mitad del torso.

—Suéltame —susurró. Dejé caer las manos y las puse en mi estómago—. No voy a soltarte, así que no tengas miedo, no te va a pasar nada —me miró buscando alguna señal que le indicara que le había entendido y yo asentí con la cabeza—. Cierra los ojos.

Le hice caso y noté que fue moviendo las manos hasta que colocó una en mi cuello y la otra cerca de mi trasero, de modo que quedé completamente extendida sobre el agua. Las olas me mecían y me relajaron bastante, pero era demasiado consciente del hombre que me sostenía y volví a abrir los ojos.

—¿Te gusta?

—Sí, pero quiero incorporarme.

Volvió a colocar las manos donde las tenía antes, y tras un solo movimiento estaba otra vez en vertical. Intenté tocar el fondo con los pies, pero no llegaba,

así que coloqué las piernas alrededor de su cintura y pude sentir que estaba excitado.

—¿Qué estás haciendo?

—No hago pie.

Se movió en dirección a la orilla, pero le detuve.

—Espera, quiero quedarme así un rato más.

Marc se quedó quieto y yo le puse mejor los brazos al cuello para juntar nuestros cuerpos al máximo. Con mis movimientos, nuestras caderas se rozaron y ambos soltamos un pequeño gemido.

—Alison... no...

—No me rechaces otra vez, por favor.

Marc me miró a los ojos y vio el deseo que sentía por él. Abrí la boca para suplicarle otra vez, pero sus labios tomaron los míos y su lengua comenzó una lenta invasión de mi boca. La mano que tenía en mi espalda fue bajando por mi costado hasta colocarse en mi cadera, y me empujó la pelvis contra la suya.

—Ahhh... —gemí cuando mi entrepierna se rozó con la de él.

Repetí el movimiento, y esta vez fue él quien gimió. Fue bajando la boca por mi cuello y la clavícula, hasta llegar a la parte superior de mis pechos. Yo me separé un poco y arqueé la espalda para darle mejor acceso a mi cuerpo. Sonrió.

—La sal le da un toque especial a tu piel.

Con una mano me bajó las copas del sujetador para dejar mis pechos al descubierto, y me cubrió un pezón con la boca, lo acarició con la lengua y le dio un pequeño mordisco, produciéndome una intensa punzada de deseo. Repitió el gesto con el otro pecho y me miró a los ojos.

—Exquisita.

Me apreté contra él para rozar mis pechos con los suyos y le besé en la boca con fuerza.

—¿Ansiosa? —preguntó cuando nos separamos para respirar.

—Mucho.

La mano que tenía en mi cadera desapareció por debajo de la prenda, se escurrió entre mis piernas y me acarició el clítoris.

—¡Marc! —grité dando un respingo.

—Intenta controlarte o alguien se dará cuenta de lo que estamos haciendo.

—Pues que se mueran de envidia.

Y volví a besarle. Marc siguió acariciándome el clítoris un poco más, y después bajó la mano y me introdujo un dedo. Fue besándome al ritmo en que movía el dedo. Siguió un poco más así y me introdujo un segundo dedo.

—Oh, Marc... es increíble —le dije pegando mi frente a la suya.

—Tú sí que eres increíble.

Me instó a que moviera la cadera. Cuando la movía hacia atrás sus dedos se introducían más en mí, y cuando la movía hacia delante sus dedos salían y me rozaba el clítoris con su pene enfundado en el bañador.

—Más rápido, Alison, más rápido.

Hice lo que me pedía y el placer se multiplicó.

—No creo que aguante mucho más —le dije entre jadeos.

—Déjate ir, pequeña, quiero sentir tu orgasmo en mi mano.

Movió más rápido los dedos en mi interior y eso terminó de derretirme.

—¡Oh, Marc! —gemí cerrando los ojos y abandonándome al placer.

Me derramé en sus dedos en un orgasmo increíble. Marc siguió moviendo la mano, haciendo que el orgasmo durara más. Cuando las pulsaciones cesaron, abrí los ojos y me encontré con su mirada ardiente.

—Gracias por darme tu orgasmo —dijo, rozando sus labios con los míos.

—Ha sido un placer... —dije, cerrando los ojos a causa del sopor post orgasmo; pero me di cuenta de algo y los volví a abrir—. Tú no te has...

—No te preocupes por mí, yo estoy bien.

—Pero debes de estar incómodo.

—Ya estoy acostumbrado al dolor de huevos —me dijo sonriendo.

Me besó de nuevo, me colocó el sujetador en su sitio y me hizo estremecer cuando sacó los dedos de mi interior.

—Creo que lo mejor será que salgas ya del agua.

—¿Tú no sales?

—No creo que la gente quiera ver cómo el bañador hace una carpa en mis caderas.

—Entonces me quedo contigo —le dije cuando me soltó en un lugar en el que logré hacer pie.

—Si te quedas conmigo no conseguiré calmarme, y terminaré haciéndote mía. Y te mereces algo más que un polvo rápido en el agua.

—Volverás a apartarte de mí.

—Ahora que he vuelto a tenerte en mis brazos no pienso dejarte ir muy lejos.

Sus palabras sonaron a promesa, y eso me hizo sonreír. Salí del agua y me tumbé en una de las toallas para secarme al sol. Poco después se acercó Marc, e hizo lo mismo. Estaba tan relajada que no me di cuenta de que me había dormido hasta que Marc me despertó con un beso.

—Despierta, bella durmiente.

—Me he quedado dormida.

—Yo también me he quedado dormido, pero tenemos que reponer las fuerzas perdidas durante el ejercicio —me dijo sonriendo.

Comimos los deliciosos manjares que Antonella nos había preparado,

jugamos una partida a las cartas mientras hacíamos la digestión, y antes de regresar, fuimos a dar un paseo por la zona cogidos de la mano. Sacamos un montón de fotos, y en todas salíamos los dos haciendo muecas y riéndonos a carcajadas.

De regreso al coche pasamos por enfrente de un mirador, y no pude resistirme a parar y admirar la bella puesta de sol sobre el mar. Escuché que Marc se acercaba y que me sacaba una foto.

—Perfecta —dijo mirando la foto en la pantalla del teléfono—. Voy a llamar a Antonella para decirle que vamos de regreso.

—Vale.

Después nos montamos en el coche y emprendimos el camino de regreso a casa. Porque así es como me sentía, como en casa.

* * *

Nada más montarse en el coche, Alison se quedó frita. Hice el camino de vuelta a Pienza en silencio, salvo por algún que otro ruidito que Alison hizo en sueños. Cuando aparqué el coche en la puerta de entrada le retiré un mechón de pelo de la cara y ella abrió los ojos.

—Ya hemos llegado.

—¿Por qué no me has despertado?

—Me gusta verte dormir.

Entramos en la casa, y al cerrar la puerta vi una nota colgada en ésta de Antonella, informando de que se había ido a su habitual partida de bingo con sus amigas y que dejaba la cena preparada en el horno.

—Al parecer tenemos la casa para nosotros solos. —¿Y Antonella?

—Se ha ido con unas amigas a jugar al bingo. Subimos para ducharnos y cambiarnos antes de cenar. Dejé a Alison secándose el pelo en el baño y bajé para poner la mesa. Coloqué el mantel, las copas, las servilletas, los platos y los cubiertos en la mesa del salón, junto a un par de velas que encendí cuando escuché que Alison descendía por la escalera. Miré en dirección a la puerta por la que aparecería, y me quedé sin aire al verla. Se había puesto un vestido blanco ibicenco que le llegaba a los pies, con calados en la cintura y a medio muslo, con unos tirantes finos más parecidos a hilos y un escote en uve que dejaba al descubierto una pequeña porción de sus pechos sin sujetador, y con el pelo semirrecogido sujeto con una pinza en lo alto de la cabeza. Parecía una diosa. «¿Intenta matarme de deseo o qué?».

—Estás preciosa —le dije cuando estuvo a mi lado. —¿Esto lo has hecho tú?

—Poner la mesa, sí; la comida es de Antonella. Nos la preparó antes de irse.

—Es un encanto de mujer, aunque no la entiendo cuando habla.

—El italiano no es tan complicado, y si te lo hablan despacio seguro que lo entiendes.

—Anoche me hablaste en italiano. ¿Qué fue lo que dijiste?

—Te deseaba buenos sueños.

Nos acercamos a la mesa y retiré una de las sillas para que se sentara. Después rodeé la mesa y me senté justo enfrente.

—Todo esto tiene una pinta estupenda.

—Antonella cocina muy bien. Cuando era pequeño, había veces en que me quedaba sin comer porque la comida que hacía la cocinera de casa no me gustaba. Entonces, la buscaba a ella para que me preparara algo rico, y me lo comía a escondidas en la cocina.

—Comamos, se me está haciendo la boca agua.

Serví vino en las copas y empezamos a cenar. Con el primer bocado, Alison cerró los ojos y gimió de gusto. Tenía que reconocer que esta vez Antonella se había superado.

A la mitad de la velada me quedé embobado mirando a Alison: cada vez que se inclinaba hacia delante para llevarse un bocado a la boca, el escote del vestido se abría, proporcionándome una grata visión de sus pechos desnudos. Sus labios retirando la comida del tenedor, sacando la lengua para limpiar cualquier resto de comida de los labios y las comisuras... Tomé un sorbo de vino, y al dejar la copa sobre la mesa lo hice con tal fuerza, que Alison levantó la cabeza.

Estaba increíble con ese vestido y con el peinado, a lo que había que sumarle el ligero tono rosado que habían tomado sus mejillas a causa del sol. La seguí mirando fijamente, dándole a entender lo que me estaba haciendo, y pareció percatarse, porque abrió la boca para tomar aire y sus pezones se endurecieron bajo la fina tela que los cubría.

La erección que tuve al verla entrar en el salón seguía creciendo bajo los pantalones. Intenté controlarme, pero en cuanto ella se introdujo el último bocado en la boca me terminé el vino que tenía en la copa de un solo trago y me levanté, la agarré de la mano y tiré de ella para que también se pusiera de pie. —Ya no aguanto más —dije contra sus labios antes de agarrarle la cara y besarla con pasión. Cuando nos separamos, ambos estábamos jadeantes.

—Aún queda el postre.

—Tú eres mi postre —le dije, cogiéndola en brazos y subiendo la escalera mientras la besaba.

Al llegar a la habitación la dejé en el suelo y le pasé una mano por la cintura para estrecharla contra mi cuerpo. «Llevo varios días deseándola, y ya no aguanto más. Esta noche la haré mía».

—Esta vez quiero ser yo la que te dé placer.

—Tú siempre me das placer.

Bajé la cabeza para besarle el cuello y fui descendiendo por su escote.

—Me refiero a que quiero ser yo... la que haga las... cosas esta vez —me dijo entre jadeos.

Levanté la cabeza y la miré a los ojos. Estaba segura de su decisión y me entró curiosidad por ver lo que tenía pensado. Di un paso atrás y dejé de tocarla.

—Soy todo tuyo.

Y era cierto. Estaba más que dispuesto a dejarme hacer lo que ella quisiera. Se acercó a mí y me dio un cálido beso en los labios. Después colocó las manos en el cuello de la camisa, y empezó a desabrocharla muy despacio, rozando mi piel con las yemas de sus dedos. Sacó los faldones de la camisa del pantalón y colocó las manos en mis hombros para bajar la tela por los brazos, y aprovechó para acariciarlos. La camisa cayó al suelo, y me olvidé de ella. Se quedó mirando mi pecho desnudo como si estuviera decidiendo por dónde empezar.

Hundió las manos en mi pelo, tiró de él lo justo para hacerme levantar la cabeza y posó los labios en la base de mi cuello. Besó y lamió toda la zona para seguir por los hombros y las clavículas. Levantó la vista, buscando la mía, y yo hice una inclinación de cabeza para instarla a continuar. «Que no pare, por Dios, ¡que no pare!».

Colocó una mano encima de uno de mis pechos y fue acariciando el pezón mientras agachaba la cabeza para introducirse el otro pezón en la boca, lamerlo y morderlo con cuidado. Hacía círculos con la lengua sobre el pequeño montículo y sus dedos hicieron el mismo movimiento sobre el otro. Cuando el pezón que tenía en la boca estuvo rosado y ligeramente hinchado por la succión, cambió de pecho para darle la misma atención al otro. ¡Dulce tortura!

Después de un par de minutos más de esa deliciosa agonía, se fue agachando para besarle el resto del torso, hasta que llegó al ombligo, se puso de rodillas y fue mordisqueando la sensible zona hasta llegar a la cintura de los pantalones, mientras con las manos me acariciaba la piel que había dejado atrás.

Cuando me desabrochó el cinturón bajé la cabeza para mirarla. La visión de Alison arrodillada delante de mí derrumbó todo mi autocontrol. La cogí por los brazos para ponerla en pie, junté nuestros cuerpos y me apoderé de su boca, introduciéndole la lengua y mordiéndole los labios.

—Esto no era lo acordado —dijo apartándose para tomar aire.

—Tampoco acordamos que me llevarías al límite tan pronto —intenté besarla otra vez, pero retiró la cara.

—Tú fuiste implacable conmigo, y yo lo seré contigo. Además, aún no he tenido la oportunidad de explorar tu cuerpo a fondo, así que voy a hacerlo ahora.

Dejé de abrazarla, y regresó a su tarea de quitarme los pantalones. Primero desabrochó el botón, rozándome el vientre con los dedos sonriendo y mirándome a los ojos, y cuando bajó la cremallera, sus dedos rozaron mi masculinidad, haciéndome echar la cabeza hacia atrás y contener la respiración. Agarró la cintura de los pantalones y se fue agachando para bajarlos por mis piernas. Cuando la prenda me llegó a los tobillos, saqué un pie, y con el otro lancé la prenda lejos. Estaba en calzoncillos y ella aún seguía completamente vestida.

—Yo también quiero mirar.

—Todo a su tiempo. Ahora quiero que te tumbes en la cama. Eché toda la ropa de cama a los pies y me tumbé boca arriba en la inmensa cama. Cuando me quedé quieto ella se bajó un tirante del vestido, luego el otro, y dejó que la tela cayera, dejando libre su delicioso cuerpo. Solo le quedaban puestas unas bonitas bragas de encaje blanco, las cuales tuvieron el mismo destino que el vestido. Se acercó a la cama por los pies, como una gata salvaje, hasta que su cara estuvo a la altura de la mía.

—¿Te gusta lo que ves?

—Me encanta, pero más me gustaría ser yo el que te estuviera matando de deseo.

—Si te portas bien puede que te deje tocarme.

Volvió a besarme el cuello, pero esta vez no se entretuvo ahí y fue bajando en línea recta hasta llegar al calzoncillo, lo levantó con los dientes, metió los pulgares debajo de la tela y lo bajó, instándome a levantar las caderas para facilitarle el trabajo.

Ahora ya estábamos los dos completamente desnudos, sin ninguna barrera que nos impidiera sentir la mirada del otro sobre la piel.

Me abrió las piernas con las suyas y se colocó de rodillas en el hueco que dejé, alargó la mano y me agarró el pene erecto. Solo con eso me hizo aplastar la cabeza contra la almohada y contener la respiración.

Acercó la boca al orificio del glande y lo lamió varias veces antes de introducirse por completo la punta en la boca. Sus labios me envolvían el miembro mientras su lengua lo acariciaba y humedecía.

Dejó el glande y fue bajando la boca por el tronco hasta llegar a los testículos. Se metió uno en la boca, y luego el otro, varias veces, antes de acariciarlos con la mano.

Los movimientos de Alison eran torpes, pero no por eso menos excitantes. Cuando volvió a agarrarme el miembro con la mano, yo coloqué la mía encima y la apreté para que viera la presión que tenía que ejercer. Una vez que lo tuvo controlado fui bajando y subiendo las manos unidas, hasta que cogió el ritmo. Entonces aparté mi mano y ella volvió a meterse la punta en la boca. Cada vez

que bajaba la mano se introducía el pene en la boca, y cuando se lo sacaba subía la mano.

—Oh, Dios, Alison... me estás matando —dije cerrando los ojos y echando hacia atrás la cabeza.

El ritmo fue lento al principio, agradable, pero apartó la boca e incrementó la presión y el ritmo, provocándome unas oleadas de placer incontrolables; tanto, que no puede aguantar y me derramé sobre su mano.

—¡Joder, Alison! —dije entre gemidos, jadeante.

Alison siguió acariciándome el miembro mientras oleadas de placer me atravesaban el cuerpo. Cuando todo pasó abrí los ojos, y busqué los de ella. Se sentía orgullosa de lo que había hecho.

—Ha sido... —no tenía palabras para describirlo. Había tenido el mejor orgasmo de mi vida, y aún estaba erecto.

—Explosivo —terminó la frase por mí.

Se levantó de la cama, cogió una toalla pequeña del armario y un preservativo y retomó su posición anterior.

—Voy a limpiarte.

Fue pasando la toalla por mi entrepierna. Al acabar la tiró al suelo, rasgó el envoltorio del preservativo con los dientes y también lo tiró por el lateral de la cama. Después colocó el látex en la punta del pene y lo desenrolló hasta la base, se sentó a horcajadas sobre mis caderas y se tumbó sobre mi pecho para besarme. Le agarré la cara con las manos para que no se retirara y alargar el beso.

—Ahora es mi turno de sentir —me susurró al oído.

Se apoyó en mi pecho para incorporarse, levantó las caderas, me agarró el pene con una mano y fue descendiendo lentamente sobre él, introduciéndome por completo en ella. Cuando estuve profundamente hundido en su interior soltó un pequeño gemido y se quedó un momento quieta para acostumbrarse a la invasión.

Al empezar a mover las caderas lentamente hacia delante y hacia atrás, le coloqué las manos en la cintura y se la acaricié. Como no me apartó, me aventuré a subir las manos por sus costados hasta llegar a sus pechos, y tomé cada uno en una mano. Alison abrió la boca cuando le acaricié los pezones con los pulgares y me apretó las manos con las suyas. Volvió a gemir.

—Apoya las manos en mis hombros y levanta un poco las caderas.

Cuando hizo lo que le dije la miré a los ojos, fui bajando una mano por su torso hasta introducirla entre sus piernas, y con la otra mano la insté a que se moviera otra vez para rozarle el clítoris con los dedos.

—Oh, Marc, se siente tan bien...

Siguió moviéndose, y aceleró el ritmo a medida que su cuerpo se lo demandaba. Cuanto más placer sentía Alison, más fuertes eran las contracciones con las que me retenía en su interior. Realicé círculos alrededor de su botón con el dedo y se echó hacia atrás, colocando las manos en mis piernas, mientras jadeaba y gemía sin parar.

—No pares, no pares, ¡Marc, no pares!

Ya no aguantaba más. Me incorporé y la abracé fuerte, aplastando sus pechos contra los míos.

—No voy a parar, cariño —dije, también jadeando—. Toma lo que necesites.

Le rodeé la cintura con un brazo para ayudarla a deslizarse mejor sobre mí, y con la otra mano le sujeté la cabeza para besarla. Alison me rodeó el cuello con los brazos y me apretó las caderas con sus rodillas para incorporarse mejor.

—Oh, sí, estoy a punto, Marc.

—Di mi nombre, Alison... di mi nombre...

—¡Marc! —gimió.

—Ése no... —dije como pude.

Dejé de sujetarle la cabeza y bajé la mano para cogerle las nalgas. Alison separó un poco la cabeza para mirarme.

—Marcus... —susurró.

Nos miramos a los ojos y sentí que el corazón me daba un vuelco en el pecho, y que dos palabras se abrían paso en mi mente: «te quiero».

Llegamos juntos al mejor orgasmo de nuestras vidas. Echamos la cabeza hacia atrás y cerramos los ojos, abandonándonos al placer. Cuando regresamos a la tierra abracé a Alison y me desplomé en la cama con ella encima, y yo todavía enterrado en lo más profundo de ella. Tardamos unos minutos en recuperar la respiración. Alison apoyó la barbilla en mi pecho y me miró a los ojos.

—Lo que acaba de pasar ha sido increíble, pero tanto esfuerzo me abrió el apetito.

Sonreí y la besé en la frente.

—Bajaré a por el postre que nos preparó Antonella.

Alison se quitó de encima de mí y gemí al salir de ella. Me quité el preservativo, me puse los pantalones y bajé al salón.

«¿Qué es lo que acaba de ocurrir?» El corazón me latía muy deprisa, las manos me temblaban y estaba muy nervioso.

Entonces lo vi todo claro: la necesidad de tocarla a todas horas, el miedo que sentí cuando la encontré inconsciente en el suelo del baño, lo que acaba de pasar... Estaba enamorado de Alison.

Cogí el plato con los *canolis* de chocolate de la mesa del salón y regresé sonriendo junto a la mujer más increíble que he conocido en la vida, y la que a

partir de entonces sería mía.
Mi mujer.

Capítulo 11

Me desperté e intenté moverme, pero no pude. Abrí los ojos y busqué la causa de mi inmovilidad, y vi que la mitad del cuerpo de Marc descansaba boca abajo sobre el mío. Intenté apartarlo, pero era demasiado pesado y no fui capaz de moverlo, así que le soplé en el cuello para hacerle cosquillas y que se despertara. Lo único que conseguí fue que girara la cabeza hacia mí y que su brazo me aprisionara más bajo su cuerpo. Perfecto, me tenía acorralada.

Como pude, conseguí sacar un brazo de debajo de su cuerpo y le acaricié la mejilla. Aquello se parecía mucho a una de las primeras veces que me desperté a su lado, con la diferencia de que esta vez no me apartaría, no después de lo de anoche. Le puse la mano en la nuca y tiré de él, a la vez que yo acercaba mi cara para darle un beso. Nuestros labios apenas se habían rozado cuando Marc se despertó.

—Bonita manera de despertar —sonrió, y me besó.

—Intenté hacerte cosquillas para que te despertaras, pero no hubo manera.

—Prefiero tus besos.

—No eres el bello durmiente.

—Puedo ser lo que tú quieras.

Se puso de lado y me estrechó contra su cuerpo para besarme.

—Como sigas así, no voy a querer levantarme en todo el día —conseguí decirle entre beso y beso.

Dejó de besarme y se apartó un poco para mirarme a la cara.

—Deja que lo piense: pasar todo el día en la cama... contigo desnuda entre mis brazos... no sé si podré con ello —dijo sonriendo.

Volvió a acercarse y me besó con pasión. Una de sus manos descendió por mi costado y me colocó la pierna por encima de su cadera, de forma que su entrepierna endurecida presionó la mía.

—Marc...

—Mmmm.

—Hay que levantarse...

—¿Quién te lo impide? —me rodeó la cintura y nuestros cuerpos se rozaron —. Yo no te estoy reteniendo.

Le di un par de besos más y me escurrí por los pies de la cama.

—¿A dónde puñetas vas? —dijo incorporándose sobre un codo. Tenía el ceño fruncido y su pecho subía y bajaba a causa de la respiración acelerada.

—Voy a preparar el desayuno. Quiero agradecerle a Antonella todas las molestias que se tomó anoche.

—¿En serio? ¿Y piensas dejarme así?

Bajé la mirada hasta su entrepierna que, aunque estaba cubierta por la sábana, revelaba que estaba excitado. Sonreí.

—Sobrevivirás.

Me agaché al suelo a por su camisa y me la puse antes de salir de la habitación. Si me hubiera quedado en la cama no habríamos salido hasta mediodía, y no quería que Antonella pensase que era una holgazana.

Miré por toda la planta baja en busca de la mujer, pero no la encontré por ningún lado, así que me adentré yo sola en la cocina. Rebusqué entre los armarios hasta que encontré todo lo que necesitaba para preparar unas ricas tortitas.

Cuando había echado la segunda tanda de masa en la sartén noté que alguien se acercaba, y pensé que era Antonella, suponiendo que la había despertado con el ruido. Pero estaba equivocada.

—Eso huele bien —dijo Marc rodeándome la cintura con los brazos y pegando su cuerpo semidesnudo al mío.

—Podrías haberte quedado un rato más en la cama, hubiera subido a llamarte cuando estuviese todo listo.

—Te echaba de menos —dijo besándome en el cuello.

—Pero si hace quince minutos escasos que bajé —dejé la paleta de madera apoyada en la sartén, y giré la cabeza para verle la cara.

—Demasiado tiempo para mí.

Me empujó para que quedara atrapada entre la cocina y su cuerpo, y se apoderó de mi boca. El beso era intenso, y le coloqué la mano en la nuca para evitar que se apartara. No sé cuánto tiempo estuvimos así, pero estábamos tan concentrados comiéndonos la boca, que ninguno de los dos nos dimos cuenta de que Antonella estaba delante hasta que nos habló.

—*Buon giorno. Qualcosa sta bruciando.*

Nos separamos y noté un ligero olor a quemado. Miré la sartén donde se estaban haciendo las tortitas, y vi que se habían quemado. Aparté la sartén del fuego y me volví para mirar a una Antonella sonriente. Era la segunda vez que me pillaba con Marc. ¡Qué vergüenza!

Marc se acercó a la mujer y le dio un beso en la mejilla, como hizo el día que llegamos. Estuvieron un rato hablando, y como yo no me enteraba de nada, aproveché para terminar las tortitas.

Durante el desayuno, Antonella me contó anécdotas de cuando Marc era pequeño; o mejor dicho, ella se las contaba a Marc y él me las traducía. Cuando terminamos todo lo que había en los platos no hubo forma de que la mujer nos dejara recoger, así que nos quedamos sentados un rato más a la mesa.

—¿Qué te apetece hacer hoy?

—Quiero ver Pienza.

—Hecho.

Nos levantamos y nos fuimos a la ducha. Marc intentó convencerme para que nos duchásemos los dos juntos, pero sabía que si aceptaba, una simple ducha de cinco minutos se convertiría en algo más, y terminaríamos perdiendo toda la mañana.

Media hora después nos disponíamos a salir de casa bajo la atenta mirada de Antonella. Marc me enseñó un montón de lugares increíbles: el Palazzo Piccolomini, la Casa Borgia, la Catedral, el Palazzo Comunale, el Pieve de Corsignano y otros edificios renacentistas. Definitivamente, Pienza era un museo al aire libre. Era todo tan bonito que nos olvidamos de llamar a Antonella para confirmarle si finalmente regresaríamos a la hora de la comida. Al final decidimos quedarnos en una pequeña terraza a degustar otro de los fantásticos platos de la gastronomía italiana.

Ya por la tarde, nos compramos un helado en la tienda más popular del pueblo y regresamos a casa cogidos de la mano. En el camino pasamos por un mirador, y no pude evitar la tentación de detenerme y admirar las maravillosas vistas que ofrecía el atardecer.

El resto de la tarde la pasé con Antonella en la cocina. Ella me enseñó a preparar uno de sus mejores platos, y yo la enseñé a preparar dulces, todo ello bajo la atenta supervisión de Marc.

Los demás días fueron iguales. Después de desayunar los tres juntos, Marc me llevaba a ver algún pueblo cercano y se convertía en mi guía turístico personal, comíamos en algún restaurante de la zona, por la tarde regresábamos a casa y por la noche... nos entregábamos a la pasión.

Y así llegamos al sábado, el último día que nos quedaríamos en Pienza, ya que nuestro avión salía por la noche. Quisimos aprovechar aquel día para seguir haciendo turismo, pero Antonella nos obligó a quedarnos en casa, aunque no quería decirnos por qué. Entonces Marc la cautivó con su labia y terminó sonsacándole la información que quería. Como no tuvimos una fiesta de bienvenida por presentarnos sin avisar, la mujer nos preparó una comida de despedida con algunos amigos y conocidos del pueblo.

Y como estaba previsto, a la una de la tarde la gente empezó a llegar a casa, y en pocos minutos me encontré rodeada de un montón de personas, todas

hablándome a la vez y sin entenderlas. ¡Menudo agobio! Menos mal que tenía a Marc a mi lado para hacerme de traductor. No me dejó sola ni un momento, rodeándome la cintura con su brazo para pegarme a su cuerpo.

La fiesta fue estupenda. Hubo baile, risas... buen rollo en general; pero no soy muy amiga de las multitudes y estaba deseando que se fuera la gente para terminar de hacer la maleta.

Cuando finalmente las últimas personas decidieron irse, Marc les acompañó hasta el coche para hablar un poco más, ya que, por lo que me contó, se conocían desde pequeños. Mientras, Antonella y yo nos pusimos a recoger todo el lío de vasos y platos que había desperdigados por el salón.

Ya estaba casi todo recogido, solo faltaban unos pocos platos en una mesa que había debajo de una de las ventanas. Fui a por ellos y al mirar por el cristal vi a Marc abrazando a una de las mujeres del grupo; estaban sonriendo, y cuando se separaron, ella le acarició la mejilla, dejando la mano en su cara más tiempo de lo debido.

No me estaba gustando lo que veía, pero era incapaz de apartar la mirada. Volvieron a abrazarse y algo en mi pecho se sacudió. «¿Por qué la está abrazando otra vez? ¿No fue suficiente con la primera? ¿O a lo mejor no era el primer abrazo?». Seguí mirando, y no supe que Antonella estaba a mi lado hasta que no habló.

—Lo siento, no entiendo lo que me dices —le dije a la vez que le hacía señas para intentar hacerme comprender. Entonces se me ocurrió sacar el móvil, escribí en el traductor la frase y se lo enseñé.

La mujer leyó la pantalla del teléfono, se fue a la cocina, y al regresar, trajo en las manos una libreta y un bolígrafo. Escribió algo en el papel y me lo mostró. Escribí las palabras en el traductor y leí la frase.

«Hacéis muy buena pareja».

—*Grazie*—le dije, y me dispuse a escribir para aclararle que en verdad no estamos juntos, pero la mujer me mostró otra vez la libreta con una nueva frase.

«Se nota que os queréis mucho».

Fue lo que leí en el traductor.

«¿Cómo? ¿Querernos? Eso no es cierto. Marc no está en amorado de mí, solo está haciendo un papel». Y yo... Volví a mirar por la ventana y vi que Marc seguía hablando con sus amigos. Sonreía abiertamente, y sentí... envidia, porque yo también quería eso. Volví a notar esa sensación el pecho. Necesitaba salir y que me diera el aire. Le di los platos que tenía en las manos a Antonella y salí, tomando la dirección opuesta a donde se encontraba Marc.

Llegué al mirador del pueblo, me acerqué al muro de piedra y miré a los campos bañados por los últimos rayos de sol. «No puede ser que me haya enamorado. No puede ser, hace muy poco que nos conocemos. Además, estamos viviendo una fantasía, mi fantasía, algo irreal. Pero lo que estoy sintiendo es demasiado real». Eché la vista atrás y recordé nuestra primera cena, cuando me acompañó al cementerio, cómo me cuidó después de volver del hospital, todo lo que vivimos el día de la playa... Una punzada intensa en el estómago me hizo volver al presente, y me hizo ser más consciente que nunca de que aquello no podía ser. ¿Cuánto me quedaba? ¿Un mes? ¿Menos? Las lágrimas que había estado conteniendo sin darme cuenta desbordaron mis ojos. Alcé las manos para secarme la cara.

—Por qué he tenido que ser tan tonta —me dije a mí misma.

—¡Alison!

Escuché mi nombre, y supe que era Marc. Me sequé la cara todo lo posible antes de que llegara a mi lado, esperando que no se diera cuenta de que había llorado.

—Antonella me dijo que saliste. ¿Estás bien? Tomé aire antes de volverme y sonreírle.

—Sí. Solo quería ver por última vez este maravilloso paisaje.

Aparté la cara, pues noté que estaba a punto de llorar otra vez. —Alison, mírame.

No me volví, y Marc me agarró la barbilla para girarme la cabeza.

—Has estado llorando —afirmó muy serio.

—No, es que el sol me está dando justo en los ojos y me molesta.

—No me mientas —dijo llevando su mano a mi mejilla para acariciarla.

—Pero es de alegría. Nunca he vivido algo como esto. Han sido demasiadas emociones juntas.

Me secó las lágrimas traicioneras que volvieron a caer de mis ojos y me alzó el rostro para que le mirase.

—No me gusta verte llorar.

Y me dio un suave beso antes de apoyarme en su pecho y abrazarme fuerte. Justo lo que necesitaba.

—¿Ya te encuentras mejor? —me preguntó después de abrazarme durante un rato.

—Sí, mucho mejor.

—Sabes que puedes contarme lo que sea, ¿verdad?

—Eres un cielo —dije acariciándole la mejilla.

—Entonces regresemos, que todavía nos queda mucho por hacer.

Cuatro horas después nos estábamos despidiendo de una llorosa Antonella, que nos dijo adiós con la mano desde la puerta de la casa hasta que nos perdió de vista.

Cuando llegamos al aeropuerto de Roma, facturamos las maletas y nos fuimos a la zona de espera hasta que nos dijeran que podíamos embarcar.

Una hora y media después, las azafatas nos estaban mostrando, otra vez, cómo debíamos comportarnos en caso de emergencia, y noté que Marc me cogía la mano.

—¿Te lo has pasado bien?

—He disfrutado como una niña. Incluso he sido capaz de olvidarme del cánc... del virus.

«¡Pero qué estúpida soy! He estado a punto de desvelarle lo de mi enfermedad. Tengo que tener más cuidado, o en cualquier momento puede enterarse de todo».

Al cabo de una hora de vuelo se iluminó la señal que nos informaba de que ya podíamos desabrocharnos los cinturones y yo me levanté para ir al baño; bueno, al espacio reducido que hacía de baño.

Al salir vi que había una persona en la puerta, pero antes de darme tiempo a verle la cara me empujó dentro de la cabina y cerró la puerta.

—¡Oye, más cuidado!

—¿Te hice daño?

Alcé la vista para verle la cara al intruso y vi que se trataba de Marc.

—¿Qué se supone que estás haciendo?

Sin decir nada, me apoyó la espalda en la pared, me levantó la camiseta y me retiró las copas del sujetador hasta descubrirme los pechos.

—Voy a enseñarte lo que es el sexo de altura.

Llevó las manos hasta mis pantalones vaqueros y bajó la cremallera.

—Estás loco —le dije sonriendo y moviendo la cabeza hacia los lados.

—Sí, pero por ti.

Introdujo la mano por debajo de mi ropa interior hasta dar con mi humedad y me penetró con un dedo.

—¡Ahhh! —gemí al notar su invasión.

—El inconveniente que hay al realizar sexo de altura es que la cabina no está insonorizada, y por tanto, los que están fuera pueden oírte con relativa facilidad. Así que, señorita, tendrá que contener su efusividad.

—¿Contenerme? ¿Contigo? Imposible.

—Entonces tendré que silenciarte yo.

Selló mi boca con la suya en un beso voraz a la vez que me estimulaba unos

de los pezones con una mano, mientras que con la otra introducía y sacaba los dedos de mi interior sin piedad.

—Oh Marc... Marcus... te quiero dentro de mí... ya.

—Eso es algo que me encantaría... pero... no tengo preservativos aquí.

Le puse las manos en el pecho para apartarle un poco y poder así mirarle a la cara.

—¿Tienes alguna enfermedad de transmisión sexual?

—No, estoy limpio. Estamos obligados a hacernos análisis cada poco tiempo.

—Yo tampoco tengo nada y además, tomo la píldora.

Marc pareció pensárselo un momento. Después puso las manos en la cintura de mi pantalón y me los bajó, se agachó para que sacara el pie de una de las perneras y dejó la prenda arrugada en el tobillo de la otra pierna. Las bragas siguieron el mismo camino. Luego le tocó el turno a él. Se deshizo de sus pantalones y los calzoncillos y yo le desabroché la camisa. Ambos estábamos demasiado ansiosos por recuperar el contacto con el cuerpo del otro.

—Esto será rápido, te deseo demasiado como para alargarlo mucho más.

Me alzó en brazos para que le rodeara la cintura con mis piernas, me puso un brazo en la cintura para poder sujetarme y con la otra mano se agarró la base del miembro, se colocó en mi entrada, después se agarró a la pared y me miró a los ojos.

—¿Lista?

—¡Sí!

Con un solo movimiento de sus caderas se enterró hasta el fondo, y su boca cubrió la mía para amortiguar mi gemido de gozo y asombro. El ritmo que impuso era rápido, fuerte e intenso, pero increíblemente placentero.

—Más... —conseguí susurrar cuando nuestras bocas se separaron para tomar aire.

Ante mi petición, Marc comenzó a mover las caderas en círculos, aumentando el placer hasta cotas insospechadas. Pocas penetraciones más hicieron falta para que alcanzara el orgasmo.

—Joder, Alison.

Poco después sentí cómo el miembro de Marc pulsaba en mi interior. Juntamos nuestras frentes hasta que dejamos de jadear y volvimos a respirar de forma normal.

—Por Dios, mujer, vas a acabar conmigo.

—Perecer por exceso de sexo. No suena mal —le dije sonriendo.

Me besó antes de salir de mi interior, y me dejó en el suelo. Menos mal que me tenía agarrada por la cintura, porque las piernas no me respondieron en un

principio. Como pudimos, nos vestimos y nos medio adcentamos para no llamar mucho la atención, aunque pensé que en cuanto nos vieran salir del baño juntos, con el pelo revuelto, los labios hinchados, acalorados y con la ropa arrugada, sabrán perfectamente lo que habíamos estado haciendo.

El trayecto en avión se me hizo bastante corto hablando con Marc, pero en cuanto me monté en el taxi que nos llevaría de vuelta a casa me quedé dormida, y no me desperté hasta que el coche se detuvo.

—Despierta, princesa, ya hemos llegado.

Sacamos el equipaje del maletero con la ayuda del taxista. Ya en casa, no nos molestamos en hacer nada: dejamos las maletas en el salón y nos fuimos directos a la cama.

Había sido un día muy largo, con muchas cosas en las que pensar.

* * *

El sonido del móvil vibrando en la mesilla me despertó. Alargué la mano para cogerlo y vi que Alec me había mandado un mensaje. Me levanté de la cama con cuidado de no despertar a Alison y fui al salón para llamarle.

—¿Sí? —contestó Alec al segundo toque.

—Soy yo.

—¡Pero si estás vivo!

—No hace tanto que hablamos. ¿Qué quieres?

—¿A qué hora tengo que ir a recogeros al aeropuerto?

—Regresamos anoche.

—¿Pero no me dijiste que regresabas hoy?

—Sí, pero de madrugada.

—¿Y no me pudiste avisar? —preguntó ofendido. —Supuse que tendrías trabajo.

—Anoche no.

—No importa, cogimos uno de los taxis que había en el aeropuerto.

—¿Y me has traído algo de recuerdo?

—Ahora que lo dices... tengo algo que contarte.

—No sé por qué, pero me da que no me va a gustar.

—Por teléfono no. Quedemos a comer y hablamos.

—¿Tan grave es? —preguntó con tono serio.

—Es algo bueno, tranquilo.

—De ti me espero cualquier cosa. Entonces quedamos a las dos en el restaurante de abajo.

—Mejor espérame en casa y nos vamos juntos. —Como quieras.

La comunicación se cortó, y me quedé mirando la pantalla del teléfono hasta que se puso negra. Después regresé a la habitación y vi que Alison se había girado hacia mi lado. Me tumbé en la cama con cuidado, me puse el brazo debajo de la cabeza y la miré dormir. ¿Cómo no me había dado cuenta antes de lo que sentía por ella?

Todo lo que vivimos en Pienza se parecía más a un sueño que a la realidad; pero fue muy real, sobre todo por las noches, cuando tenía a Alison para mí solo, entre mis brazos, fundiendo nuestros cuerpos en horas eternas de pasión sin límite. Y como siempre que se trataba de ella, estaba sonriendo como un adolescente enamorado; aunque no era adolescente, sí que estaba enamorado.

Unos minutos después, Alison fue abriendo los ojos lentamente y me miró.

—Buenos días —dijo poniéndose boca arriba para desperezarse.

—Buenos días —me incliné sobre ella para rozar mis labios con los suyos.

—¿Llevas mucho tiempo despierto?

—No. Alec me despertó hace un rato con un mensaje y ya aproveché para llamarle.

Vi que Alison hizo un gesto de disgusto cuando nombré a mi amigo.

—No te cae muy bien Alec, ¿verdad?

—No es santo de mi devoción, que digamos —dijo haciendo una mueca con la boca.

—Por cierto, hoy he quedado a comer con él, espero que no te importe.

—Puedes hacer lo que quieras, no estás obligado a estar las veinticuatro horas conmigo.

—¿Y si quiero estarlo?

Algo que, por cierto, era verdad.

—¿Por qué te has puesto tan serio de repente?

Intenté relajarme y me acerqué para rodearle la cintura con mi brazo y darle un beso.

—¿Sabes que tienes una boca muy tentadora cuando estás dormida?

—¿En serio? —dijo sonrojándose.

—En serio.

Volví a besarla, pero como ocurre cada vez que estamos juntos, lo que comenzó siendo un beso dulce pasó rápidamente a ser un beso intenso, y las caricias seductoras hicieron acto de presencia.

—Será mejor que me separe de ti o dejaré plantado a Alec —le dije contra su boca.

—¿No crees que yo soy mucho más divertida que tu amigo?

Se puso de costado para poder pasarme una de sus piernas por encima de la

cadere, y sus manos empezaron a vagar por mi torso desnudo.

—Alison... que no respondo...

—Eso es lo que quiero, hacerte perder la razón.

Nos besamos con pasión y, haciendo acopio de toda mi fuerza de voluntad, conseguí separarme de ella.

—Ésta me la guardo —dijo haciendo un mohín.

—Estoy deseando que te la cobres —le dije desde la puerta.

Me metí en el baño para ducharme, y al salir noté que Alison estaba hablando en la cocina con Brenda.

—Se está duchando.

Me quedé en la puerta de la cocina, sin llegar a entrar. «¿Están hablando de mí?».

—Tía, ha sido la mejor semana de mi vida. Antonella, la mujer que nos acogió, fue un encanto conmigo desde el principio, a pesar de que nos pilló varias veces.

Hubo un silencio breve antes de que volviera a hablar.

—¡No soy una exhibicionista! Solo nos estábamos besando.

Sonreí al recordar la cara que puso Alison cuando vio a Antonella por primera vez.

—Me ha llevado a un montón de pueblos, hemos comido en muchos lugares distintos, incluso me llevó a la playa.

Asomé con cuidado la cabeza por el marco de la puerta para verla. Estaba sentada en la silla en la que suelo ponerme yo para desayunar, con una mano sujetando el teléfono y la otra extendida sobre la mesa y jugando con una cucharilla de postre.

—Pues ahora sí sé. Marc me enseñó.

La miré la cara y vi que estaba colorada. Seguro que estaba recordando todo lo que hicimos aquel día en el agua, que no fue precisamente nadar. Entré en la cocina y levantó la cabeza en cuanto sintió mi presencia.

—Te tengo que dejar —dijo antes de colgar.

—Conque disfrutaste el día de la playa —dije sonriendo con picardía.

Alison abrió los ojos como platos y la boca como un pez.

—¡Me estabas espiando!

Me acerqué a ella y la besé, obligándola a echar la cabeza hacia atrás para profundizar el beso.

—¿Sabes que estás preciosa cuando te enojas? —le susurré contra los labios.

—Te perdono —dijo, sonriendo antes de besarme.

—¿Qué tienes pensado hacer hoy?

—Quiero deshacer la maleta, y seguro que vendrá Brenda para que le cuente

todos los detalles del viaje.

—No creo que tarde mucho con Alec. Después será todo tuyo.

«Aunque si soy sincero, ya lo soy».

—No te preocupes, tómate tu tiempo.

—¿No me echarás de menos? —le pregunté, poniendo cara de perrito abandonado.

—Aún no te has ido y ya te echo de menos —se quedó unos segundos en silencio y agachó la cabeza—. Perdona, eso ha sido demasiado cursi.

La tomé de la barbilla para que me mirara.

—No es cursi, me gusta.

Le di un beso en la punta de la nariz y me dispuse a salir de la cocina, pero me di la vuelta en la puerta.

—Alison.

—¿Sí?

—Yo también te estoy echando ya de menos.

Una hora después estaba aparcando en la puerta de mi casa, y pensando en cuál sería la mejor forma de comunicarle a Alec la decisión que había tomado. Ya arriba, usé mi llave para entrar y le llamé.

—¿Alec?

—¡Estoy en la cocina! —chilló.

Me dirigí hacia allí y le encontré, como siempre, con una taza de café y el teléfono móvil en las manos.

—Dichosos los ojos, colega —dijo chocando la mano conmigo.

—Hola, tío, ¿qué pasa?

—Eso mismo me pregunto yo. ¿Cuáles son esas novedades? —Voy a dejar el trabajo.

«Hala, ya lo he dicho».

—No, en serio, ¿qué pasa?

—Es en serio. Quiero dejar de ser gigoló.

—¿Y puede saberse por qué? —preguntó, dejando el teléfono en la mesa con demasiada fuerza.

—Quiero dejar esta vida y encontrar un trabajo normal.

—¿Tu clienta tiene algo que ver en esto?

—Alison —dije remarcando el nombre— no tiene nada que ver en esto; ella no sabe nada.

—Pero lo haces por ella, ¿me equivoco? —me preguntó alzando las cejas.

Ambos nos miramos a los ojos en silencio.

—Estoy enamorado de ella.

—¡No! ¡No lo estás! ¡Es solo un calentón!

—No sigas por ahí, Alec.

—Lo sabes tan bien como yo. Estás acostumbrado a mujeres de mediana edad, y cuando te ha tocado una chica joven y agradable a la vista, te has encaprichado, nada más. Seguro que en cuanto te alejes de ella la olvidarás.

—No quiero alejarme, y mucho menos olvidarla. La quiero. Alec fue a decir algo, pero cerró la boca y suspiró.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Muy seguro. Me di cuenta de todo la segunda noche en

Pienza. La miré a los ojos, y lo vi todo claro. Entonces supe que mi forma de actuar con ella cuando estuvo enferma, o el hecho de que aceptara el trabajo, era porque ya me había cautivado. Me tomé unos segundos antes de continuar.

—Uno de los días que fuimos a ver uno de los pueblos de alrededor, estuve hablando con Antonella mientras Alison se duchaba. Me dijo que nunca antes me había visto así, que estaba feliz, que se me veía enamorado.

Volví a hacer otra pausa antes de continuar.

—Cuando estábamos de turismo por alguno de los pueblos siempre íbamos cogidos de la mano, y me ponía nervioso en cuanto unguirise la quedaba mirando más de lo debido. Estaba deseoso de que llegara la noche para poder encerrarla para mí solo en la habitación y hacerla mía.

El silencio se adueñó de la cocina hasta que Alec habló.

—Joder, tío, sí que te ha dado fuerte.

—No sé qué hacer. Hay veces, como esta mañana, que dice cosas y actúa como si me viera como algo más; pero por otro lado, sigue llamándome Marc a pesar de que conoce mi verdadero nombre.

—Me gustaría ayudarte en esto, pero esta vez solo tú tienes la respuesta. Ambos sabemos que no has tenido las cosas fáciles, pero siempre has salido victorioso. Si esa chica te gusta tanto como dices, no la dejes escapar. No cometas el mismo error que cometí yo.

—Gracias, tío.

Nos levantamos de nuestras respectivas sillas y nos abrazamos con fuerza en mitad de la cocina.

—Bueno, ya que me has contado todo esto, te dejo que me invites a comer.

—¡Tendrás cara!

No pensé que Alec se fuera a tomar tan bien todo eso, pero tenía razón en lo de no dejar escapar a Alison. Y no tengo intención de hacerlo. Aún me quedaban unas semanas a su lado, y pensaba conseguir que fuera tan dependiente de mí como yo lo era de ella, me costase lo que me costase.

Capítulo 12

Después de sacar toda la ropa de mi maleta, me dio apuro dejar la de Marc dentro de la suya, y también se la coloqué. Incluso llamé a Brenda para seguir con la conversación de antes; pero me dijo que mejor venía para casa y se lo contaba en persona. Apenas había apoyado el trasero en el sofá y encendido la televisión cuando tocaron al timbre de la puerta de abajo. Era ella.

—Hola, petarda —me dijo Brenda en cuanto abrí la puerta de casa.

—Hola, Brenda —dije haciendo hincapié en su nombre.

—Qué color más bonito has cogido estos días. ¡Qué envidia!

—Sí, tomé mucho el sol.

«Sobre todo el día que fuimos a la playa».

—Y me parece que por tu reacción no solo has tomado mucho sol, ¿no?

—¿Alguna novedad? —dije intentando cambiar de tema.

—El plasta de mi hermano se quería apuntar, pero me negué. Está coladito por ti.

—No digas tonterías.

—No he venido aquí para hablar de mi hermano, sino de ti. ¿Qué tal en Italia?

—Genial. Te recomiendo que en cuanto puedas vayas allí. Los paisajes, la gente, la gastronomía... todo es perfecto.

—Todo eso está muy bien, pero para ver paisajes me meto en Internet, para tomar comida italiana voy a un restaurante italiano y para ver gente salgo a la calle. Lo que quiero es que me cuentes los detalles morbosos entre Marc y tú.

—Se llama Marcus —le dije sin pensar.

—¿Marcus? ¿Pero no me dijiste que se llamaba Marc?

«¿Y ahora cómo le explico yo la relación de un nombre con el otro?».

—Es una historia muy larga que ya te contaré en otro momento.

—Por cierto, ¿dónde está el susodicho?

—Ha quedado con un amigo para comer.

—Mejor, así me puedes contar las cosas con más detalle.

—Eso estaba haciendo, pero solo te interesa el plano sexual.

—Como a todo el mundo. No se ve a un tío tan bueno todos los días.

Al final me dejó que le contara todo lo que vimos y casi todo lo que hicimos

en Pienza. Cuando se levantó para ir al baño, cogí el mando para apagar el televisor, era absurdo tenerlo encendido si ninguna de las dos le estaba prestando el mínimo interés. Entonces salió el anuncio de que por la noche echarían la película de *Pretty Woman*, y se me ocurrió una idea. En cuanto Brenda apareció por el salón la abordé.

—Te tienes que ir.

—¿Por qué? —me miró extrañada.

—Pues porque tengo algo que hacer.

—¿El qué?

—Tengo que ir a la compra.

—Es domingo.

—Pero el centro comercial está abierto.

—¿Y no te queda nada en la nevera?

—No he estado en casa en toda la semana, así que no.

—Te fuiste de un día para otro, algo tendrás.

—Lo congelé.

—Hay cosas que no se pueden congelar.

—Se han puesto malas y las he tirado esta mañana.

—¿Por qué estás tan a la defensiva?

—¿Por qué me preguntas tanto?

Me sonrió con las cejas levantadas y se colgó el bolso al hombro.

—Está bien, me voy.

Me levanté del sillón para acompañarla a la puerta.

—Que disfrutes de tu no compra.

—Lo haré —vi que Brenda se me quedaba mirando y entonces me di cuenta de lo que me había dicho—. Eres lo peor —le dije entrecerrando los ojos.

—Lo sé.

En cuanto cerré la puerta, corrí a la habitación para cambiarme de ropa, coger el bolso, algo de dinero y las llaves del coche. El anuncio de la película de Julia Roberts me había dado una idea. Por la mañana Marc me dejó a medias, así que esa noche me convertiría en la *femme fatale*. Cogí el móvil y marqué el número de Marc.

—¿Ocurre algo? ¿Estás bien?

—No pasa nada. Solo quería preguntarte los planes que tienes para la tarde.

—Ya te dije que regresaría después de comer.

—Hace una semana que no ves a tu amigo, ¿no tienes ganas de pasar la tarde con él?

—¿Qué ocurre, Alison? —me preguntó muy serio.

—Nada. Se me ha ocurrido algo para esta noche y necesito tiempo para

prepararlo.

—¿El qué? —su voz sonaba mucho más relajada.

—Es una sorpresa. Tú procura no llegar antes de las... ocho, por lo menos.

—Estaré a las ocho, ni un minuto más. Estoy deseando ver lo que me tienes preparado.

—Y yo de que lo veas.

Cuando la comunicación se cortó me acerqué hasta la tienda de disfraces que hay en el centro comercial, y me compré una peluca rubia como la de la película. Después fui a otra tienda a por velas y, finalmente, compré una rosa roja en la floristería a la que encargo los ramos para mis padres.

En cuanto regresé a casa me metí en el baño, saqué una cuchilla de uno de los cajones y me metí en la ducha.

Comencé todo un ritual, desde depilarme la entrepierna por completo hasta aceites corporales aromáticos para después del baño. Al terminar, me enrollé una toalla al cuerpo y salí a preparar el modelito de encaje que me obligó a comprar Brenda para mi primera noche con Marc, junto con las botas altas de tacón. Después me puse un chándal para estar cómoda, me preparé algo ligero para comer, y fui colocando las velas por la habitación, sobre todo cerca de la cama, para no perderme ningún detalle de su cara ni de su espectacular cuerpo cuando lo tuviera debajo de mí.

A las siete de la tarde empecé a recogerme el pelo para ocultarlo debajo de la peluca, cosa que no fue tarea fácil; me maquillé y me puse el conjunto de ropa interior y las botas. Cuando faltaban quince minutos para la hora, empecé a encender todas las velas. Estaba nerviosa. «No sé cómo reaccionará Marc al ver todo esto, pero al menos tendrá que reconocer que ambiente no le falta».

Como estaba previsto, a las ocho en punto escuché que llamaban al portero. Me acerqué al telefonillo y sin preguntar quién era, apreté el botón que abría la puerta de abajo. Volví a colocar el auricular en su sitio y abrí la puerta de casa, para que cuando llegara aquí arriba solo tuviera que empujar. Me fui corriendo a la habitación para cerrar la puerta, coger la rosa de la cómoda y esperarle.

—¿Alison?

«Ya está aquí».

—¡En el dormitorio! —le grité desde mi escondite.

Escuché cómo sus pasos le traían hacia mí. Respiré hondo cuando vi moverse el manillar de la puerta.

—Alis...

No fue capaz de terminar mi nombre en cuanto vio todo lo que había preparado. En ese momento salí de detrás de la puerta y él se dio la vuelta. En cuanto me vio, su asombro no hizo sino aumentar.

—Bienvenido.

Me acerqué a él, le puse una mano en la nuca para acercar su cara a la mía y le devoré la boca.

—¿Y esto? —me preguntó, jadeante por la intensidad de mi beso.

—Quería algo especial, y me he preparado para ti. Aunque ahora que lo recuerdo, esta mañana me dejaste sola en la cama y me hiciste una promesa — me llevé la rosa a la nariz para olerla y me pasé después los pétalos por el cuello y la coloqué entre mis pechos. Marc siguió el movimiento de la flor sin pestañear—. Pienso cobrármela ahora.

—¿De qué se supone que vas disfrazada?

—He intentado parecerme a Julia Roberts en *Pretty Woman*.

—¿Puedo sugerirte algo?

—Depende de lo que sea.

Marc se me acercó, colocó las manos en la peluca y tiró de ella hasta que me la quitó.

—Tú no necesitas esto —dijo dejando caer la peluca al suelo. Me deshizo el moño que tanto me había costado hacerme, y me colocó el pelo de tal forma que me enmarcara la cara—. Así me gustas mucho más.

Volvió a besarme y me estrechó contra su cuerpo, pero me revolví en su abrazo para separarme de él.

—Soy yo la que manda esta noche, así que espero que te controles.

—¿Seguro que quieres que me controle? —me preguntó con tono sugerente.

Me acerqué a él otra vez, pero sin que nuestros cuerpos llegaran a tocarse.

—Quiero que te vayas desabrochando la camisa, despacio.

Se llevó las manos al pecho y fue desabrochándose los botones mientras yo le separaba la tela con la flor.

—Quítatela del todo y déjala caer al suelo.

Se sacó los faldones de la camisa de dentro del pantalón y se quitó la prenda, consiguiendo que sus músculos se contrajeran con el movimiento. Menudo espectáculo.

—¿Y ahora?

Sin decirle nada, le señalé los pantalones con la flor. Marc se los quitó y los dejó al lado de la camisa.

—Todo —le dije cuando se quedó esperando mi siguiente orden.

Primero se quitó los zapatos, luego los calcetines, y por último los calzoncillos. Estaba delante de mí completamente desnudo. Y excitado.

—No te muevas.

Me acerqué a él, le rodeé para colocarme a su espalda y le acaricié con la rosa desde el cuello hasta los glúteos, subí por uno de sus brazos y me coloqué

delante de él para seguir pasando los pétalos por sus pezones endurecidos, sus abdominales, sus caderas...

A medida que la flor descendía, su respiración se hizo más entrecortada. La contuvo cuando sintió el roce aterciopelado de los pétalos en la punta del miembro, pero no apartó en ningún momento la mirada de mis ojos.

—Siéntate en la cama.

Marc retrocedió de espaldas, hasta que sintió la cama en las corvas y se sentó. Su mirada echaba fuego, y yo sentía su calor recorriéndome el cuerpo. Dejé la rosa sobre la cómoda, me acerqué a la cama, me senté a horcajadas sobre sus caderas y le sujeté la cara para que no pudiera apartarla.

—Ahora voy a hacerte mío —le dije justo antes de besarle.

Marc me respondió al beso con la misma pasión que yo. Le empujé los hombros y se tumbó de espaldas llevándome con él, quedando yo tumbada encima.

—Voy a hacerte suplicar, te voy a llevar al límite, y cuando ya no aguantes más, pararé para empezar de nuevo la tortura —le dije rozando sus labios al hablar.

—Me muero de ganas de que me hagas todo eso, pero no será esta noche.

De un solo movimiento se incorporó, me tumbó sobre la cama y me cubrió el cuerpo con el suyo.

—Esta noche pienso cobrarme la tortura a la que me sometiste en Pienza.

—Éste no era el plan —intenté moverme y me di cuenta de que tenía las manos atadas. Miré hacia arriba y vi que lo que me las retenía era mi propio sujetador—. ¿Cómo has hecho eso? —le pregunté asombrada.

—El maestro enseña al aprendiz, pero nunca le desvela todos sus trucos.

—Desátame.

—¿Me estás dando órdenes?

—No, solo te lo estoy pidiendo.

—Quiero que te estés quieta, y si te desato, harás lo posible por rebelarte.

—Me estaré quieta.

—¿Lo prometes?

—Sí.

Se sentó sobre mis caderas, su masculinidad descansando sobre mi vientre, y me desató las manos. Después cubrió mi cuerpo con el suyo y me besó, haciendo un recorrido desde mi boca hasta llegar a la oreja.

—¿Recuerdas el sueño erótico que tuviste conmigo?

—Sí... cómo olvidarlo... —jadeé al notar que una de sus manos me acariciaba un pezón.

—Pues no fue un sueño.

¿Cómo? ¿Que no fue un sueño?

—Fue muy real. Me despertaste y me abrazaste, y luego te restregaste contra mí —me separó las piernas con una de las suyas y movió las caderas para que le sintiera—. Me suplicaste que no te dejara y me sedujiste con tus gemidos. Aquella vez estabas dormida, pero voy a hacer que esta noche estés bien despierta para que no te pierdas nada. Seré yo el que te haga suplicar hasta que sientas que ya no puedas más. Voy a conseguir que no olvides esta noche en la vida.

Y con esa promesa empezó mi dulce tortura.

—Voy a hacerte el amor con la boca —me dio un beso húmedo en los labios —, con las manos —pasó el pulgar sobre unos de mis pezones hasta que estuvo duro—, y con mi cuerpo —movió otra vez las caderas contra mi pierna—. ¿Con qué prefieres que empiece?

Solo con sus palabras y sin apenas tocarme, había conseguido excitarme como nunca, pero me las ingeníé para responderle.

—Con la boca.

—Buena elección.

Empezó besándome en el cuello y fue bajando hasta mis pechos, que torturó con su lengua, labios y dientes hasta casi hacer que me corriera. Siguió descendiendo hasta que llegó a mis caderas, las mordisqueó, y su boca siguió por el camino que iban descubriendo sus manos al desprenderse del *culotte*.

—Te has depilado.

Bajé la vista hasta él, pero no me estaba mirando a la cara, sino que no apartaba los ojos de mi entrepierna totalmente desnuda.

—Esta mañana.

Se retiró para quitarme las botas y la ropa interior, me separó bien las piernas y se colocó en el hueco entre ellas, abriéndome más con sus hombros, y me dio un beso justo en el centro de mi feminidad.

—¡Marc!

—Quiero que me llames Marcus.

Sus palabras rebotaron contra mi cuerpo.

—Marcus... —gemí al notar su lengua hacer círculos sobre el clítoris.

Siguió acariciando aquella protuberancia un poco más antes de descender, chupando mis pliegues, hasta llegar a la entrada de mi cuerpo y penetrarme con la lengua.

—Oh, Dios...

—Eres tan dulce... nunca me cansaré de hacer esto...

Volvió a introducir la lengua una, y otra, y otra vez. Bajé la mano para enterrarla en su pelo y evitar que se separara. Entonces, los movimientos de su

lengua aumentaron. Solo me estaba tocando con la boca, por lo que todo el placer estaba concentrado en un solo punto, aumentando el gozo.

—Marcus... ya no puedo aguantar más... por favor...

Colocó un solo dedo justo debajo del clítoris y aumentó las acometidas de la lengua, y en cuestión de segundos, me dejé llevar por un intenso orgasmo. Pero no se detuvo, sino que siguió embistiendo hasta que se detuvieron las contracciones. Apartó el dedo y la boca de mí y se alzó, apoyándose sobre las manos. Después descendió para darme un beso, y probé mi sabor en sus labios.

—¿Cómo quieres que siga? —me preguntó mirándome otra vez desde arriba.

—¿Seguir? Pero si no puede haber nada más placentero que esto.

—Cariño, esto solo es el aperitivo de lo que te espera —me besó en la comisura de la boca antes de continuar—. Dime, ¿qué viene ahora?

—El resto.

Me miró fijamente a los ojos y pude apreciar que el deseo aumentaba dentro de él. Se tumbó encima de mí y dejó que parte de su peso descansara sobre mí, bajó la cabeza y me besó, separándome los labios con su lengua voraz. Pero se apartó demasiado pronto.

—Ponte de rodillas —dijo cogiéndome de la mano para ayudarme a incorporarme.

Me arrodillé en el centro de la cama, y cuando vio que estaba estable, se apartó, se acercó a la cómoda y regresó con la rosa en la mano. Se arrodilló delante de mí y me fue pasando la flor por todo el cuerpo, erizando cada poro de mi piel, poniendo alerta cada terminación nerviosa. Se levantó de la cama para pasarme la rosa también por la espalda y los glúteos. Luego se puso otra vez en frente de mí, y trazó una línea recta con los pétalos desde mi boca hasta mi entrepierna, pero se detuvo antes de llegar a esta.

—Esto es solo mío —dijo dejando la flor sobre la cama y cubriéndome con su mano, haciéndome jadear. Paseó la palma por toda mi humedad y me penetró con un dedo—. Estás muy mojada.

—Sí...

—Mírame a los ojos —lo hice sin dudar—. Dime por quién.

—Estoy mojada por ti...

—Separa las piernas.

Apoyé las manos en la cama para no perder el equilibrio e hice lo que me había pedido.

—Más.

Volví a repetir la acción y vi que ya estaba satisfecho con mi posición. Se subió a la cama detrás de mí y se colocó en el hueco que dejaban mis piernas abiertas.

—Voy a hacerte el amor con mis manos —pasó los brazos por debajo de los míos, me cubrió los pechos con sus manos y me acarició los pezones con los pulgares—, y con mi cuerpo —adelantó las caderas y sentí toda la longitud de su masculinidad erecta presionando contra mis nalgas—. Doble ración de placer —me susurró al oído, para después darme un suave mordisco en la oreja.

Sus manos recorrieron cada centímetro de piel que encontraban a su paso, mientras su pecho me hacía cosquillas en la espalda al respirar y su miembro me acariciaba las nalgas.

Sin previo aviso, me penetró con dos dedos, los dejó quietos un par de segundos y empezó a hacer círculos mientras me besaba en el cuello. Luego sus dedos me abandonaron y fueron sustituidos por su miembro, mucho más grande, mucho más cálido, mucho más intenso. Empezó a bombear dentro y fuera de forma suave, para ir incrementando el ritmo a medida que aumentaba el placer. Los dedos con los que me había penetrado se hicieron cargo del clítoris y su otra mano me rodeó el torso para acariciarme uno de los pezones.

Estaba al borde del abismo, con los ojos cerrados, la cabeza apoyada en el hombro de Marcus y abandonada a las sensaciones. Entonces se quedó inmóvil.

—Abre los ojos y mira al espejo.

Me costó un suplicio hacer lo que me pedía, pero lo que vi reflejado en el espejo me dejó sin palabras. Sus brazos me rodeaban, su cuerpo casi cubriendo por entero el mío, las llamas de las velas dibujando arabescos sobre nuestra piel. Pero lo que de verdad me llamó la atención fue el fuego que había en sus ojos.

—Eres mía.

Le miré fijamente a los ojos a través del espejo y supe que estaba realmente enamorada de ese hombre que veía reflejado delante de mí; y también supe que no existía el ayer o el mañana. Solo había el presente, este presente; y lo llevaría conmigo para siempre.

—No apartes la vista del espejo.

Y no lo hice. No podía. Estaba bajo el embrujo de su mirada.

Empezó a mover otra vez las manos y las caderas, creando cada vez más sensaciones hasta que me inundaron oleadas de placer.

—¡Marcus! ¡Marcus!

—¡Alison!

Llegamos al orgasmo juntos, lo que incrementó más, si eso era posible, el mayor orgasmo que he tenido. Las fuerzas me fallaron y me desplomé sobre el pecho de Marcus, que se dejó caer hacia atrás sobre las almohadas.

No nos movimos. Él seguía dentro de mí, y yo tumbada encima de él. Se giró para ponernos de costado, y me pegó a él para que no quedara ni un soplo de aire entre nuestros cuerpos.

—Hay que apagar las velas.

—Se apagan solas.

Y nos quedamos dormidos.

En mitad de la noche, Marcus se levantó a por algo de fruta, y volvimos a hacer el amor. Porque aquella noche no tuvimos sexo; hicimos el amor.

* * *

—¡Mierda, mierda, mierda! ¡Nos hemos dormido! Poco a poco fui saliendo del sopor del sueño, y noté que Alison intentaba deshacer mi abrazo para salir de la cama.

—¡Suéltame, por favor! El puñetero despertador no ha sonado y me he quedado dormida.

—No pasa nada por quedarte dormida un día.

—Pero los clientes esperaban que abriera la tienda hoy.

Dios, qué desastre.

Me gustaba ver cómo Alison intentaba deshacer mi agarre.

La tumbé boca arriba, le sujeté las dos manos por encima de la cabeza y la miré sonriendo.

—Por favor, déjame, tengo que ir a trabajar.

—Primero quiero mis buenos días.

Agaché la cabeza hasta que nuestras bocas se encontraron y noté cómo el cuerpo de Alison se relajaba debajo del mío. Entonces le solté las manos y me rodeó el cuello con ellas.

—¿No tuviste suficiente con lo de anoche? —me preguntó con la respiración agitada por la intensidad del beso.

—Nunca tengo suficiente de ti.

Le di otro beso y me retiré para que pudiera levantarse. Me tumbé boca arriba y admiré su cuerpo desnudo antes de que desapareciera por la puerta. Instantes después escuché correr el agua de la ducha.

Recordé el momento en que nuestras miradas se encontraron en el espejo y no pude evitar que mis labios se curvaran en una sonrisa de felicidad. «¡La quiero! Por fin soy feliz». Me acurruqué en la cama, y ya me estaba quedando dormido cuando el teléfono comenzó a sonar.

—¡Cógelo, que yo sigo en la ducha! —escuché que me gritaba Alison desde el baño.

Me levanté a la carrera y cogí el auricular.

—¿Diga?

—¿La señorita Alison Gallardo?

—Es aquí, pero ahora mismo no se puede poner. ¿Qué desea?

—Soy el doctor Peterson, del área de Oncología del hospital. Llamaba para ver si la paciente se podía presentar en la consulta de su médico el miércoles para hablar acerca de su enfermedad.

Dejé de respirar. ¿Área de Oncología? ¿Hospital? ¿Enfermedad?

—¿Hola? ¿Señor? ¿Sigue ahí? ¿Hola?

—Lo siento. ¿Está seguro de que no se ha equivocado de persona?

—Un momento —escuché el ruido de papeles—. En la ficha pone Alison Gallardo Méndez.

—Es correcto.

—Dígale que es muy importante que se presente en la consulta sin falta.

—Se lo diré.

—Gracias por atenderme. Buenos días.

—A usted. Buenos días.

Apenas fui consciente de que colgué el auricular, y menos de cómo llegué a la habitación y me vestí. Después me senté en el lateral de la cama a esperar a que Alison saliera del baño y me diera una explicación de todo eso. Se me hizo una eternidad hasta que Alison apareció.

—¿Quién era? —me preguntó cuando entró en la habitación.

Giré la cabeza y la miré a los ojos.

—¿Qué ocurre? ¿Ha pasado algo? —preguntó alarmada.

—Han llamado del hospital —vi que contuvo la respiración—. Tienes que presentarte el miércoles en la consulta de tu médico para hablar con el doctor Peterson, del área de Oncología.

Vi su cara de pánico y supe que todo era verdad.

—Te lo puedo explicar —dijo dando un paso en mi dirección, pero mi expresión la advirtió de que no debía seguir avanzando.

—¿Sí? —pregunté con ironía—. Por favor, empieza, estoy ansioso por conocer la verdad —dije, dando énfasis a las dos últimas palabras.

—Hace tiempo que me encontraba mal, y fui al médico para que me dijera lo que me pasaba. Me hicieron muchas pruebas, todas urgentes, y me detectaron un... —tomó aire antes de continuar—, cáncer de estómago en fase terminal.

Noté cómo el corazón se saltó un latido. ¿Cáncer? ¿Fase terminal?

—¿Cuánto hace que lo sabes? —¿aquella era mi voz?

—Unos pocos días antes de contratarte —dijo agachando la cabeza, avergonzada.

Aquello no podía estar pasando. Seguro que era una pesadilla; aunque dicen que en los sueños no existe el dolor, y a mí el pecho me estaba doliendo horrores.

Estuvimos un par de minutos en silencio.

—¿Por qué? —dije, alzando la cabeza para buscar su mirada—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque quería vivir todas la experiencias como una persona normal antes de...

—¡Pero no eres una persona normal, estás enferma! —grité, pero había algo que necesitaba saber—. ¿Cuánto... te queda de...? —no fui capaz de terminar la pregunta.

—Dos meses, tres como mucho.

Abrí la boca para tomar aire, no podía respirar. «¿Qué se supone que debo hacer ahora?» Me levanté de la cama y abrí el armario para empezar a hacer la maleta.

—¿Qué haces?

—Me voy.

—Lo siento.

—¡No te atrevas a decir que lo sientes!

—¡Tampoco tienes que ponerte así! ¡Y no me grites!

—¿Que no me ponga así? ¡Que no me ponga así! Acabo de enterarme de que la mujer de la que estoy enamorado se muere. ¿Cómo se supone que debo de estar?

Nos miramos a los ojos y fui el primero en apartar la mirada. No soportaba ver esos ojos. Los mismos que ayer por la noche estaban tan llenos de vida, ahora estaban casi apagados. Coloqué la bolsa de deporte en la cama, y al abrirla, vi el sobre de dinero que me dio Alison como pago por mis servicios. Lo cogí y lo tiré sobre la cama, haciendo que se abriera y salieran algunos billetes.

—Te lo devuelvo.

—Pero ese dinero es tuyo.

—No he cumplido el contrato que pactamos, así que es tuyo.

Fui guardando toda mi ropa bajo la atenta mirada de Alison, pero no volvimos a hablar.

«¿Cómo he sido tan estúpido? ¿Cómo he dejado que mis sentimientos interfirieran? Tenía que haberle hecho caso a Alec cuando me dijo que no era buena idea que aceptara el trabajo; pero yo, ingenuo, pensé: ¿qué puede pasar? ¿Que me enamore? Pues ha ocurrido. ¿Que la pierda? Está a punto de ocurrir». Guardé la última prenda y cogí la bolsa de la cama.

—Marcus, mírame.

Cerré los ojos, sujeté el asa con fuerza y me dirigí hacia la puerta.

—Si me quieres, mírame.

Me detuve en seco y cogí aire antes de girarme. —No te vayas.

—No puedo quedarme.

Volví a girarme, y juraría que al hacerlo vi cómo dos lágrimas caían por sus mejillas; pero no me di la vuelta para comprobarlo. No pude. Salí al pasillo dirección a la salida. Era consciente de que a cada paso que daba me alejaba más y más de ella, y que cuando cerrase la puerta tras de mí, todo acabaría; todo aquello que ni siquiera había comenzado, terminaría. Coloqué la mano en el picaporte, tiré de él, y la puerta se abrió. Di un paso para salir al descansillo, agarré el pomo exterior y cerré la puerta sin hacer apenas ruido, salvo el de mi corazón al romperse en pedazos.

Salí a la calle y busqué mi coche, metí la bolsa en los asientos traseros y emprendí la marcha de camino a casa. Al llegar solté la bolsa en medio del salón y me senté en el sillón para buscar respuestas.

«¿Por qué a ella?

¿Por qué ahora?

¿Por qué?».

No sé cuántas horas permanecí así. Alec llegó con algo en las manos y me lo tendió, pero al ver mi expresión se preocupó.

—¿Estás bien?

Me quedé en silencio y ni me molesté en mirarle.

—Ya me han dado los papeles de tu renuncia. Solo queda que los firmes.

Dejó los documentos encima de la mesa junto con un bolígrafo. Me incliné hacia delante, los firmé y me encaminé hacia mi habitación, seguido de cerca por Alec.

—¿Ha pasado algo con Alison?

Solo con escuchar su nombre me ponía malo. Cerré la puerta de mi habitación en sus narices y me recosté en ella. Recorrí la habitación con la mirada y recordé el día que traje a Alison aquí, lo apetecible que estaba recostada sobre la cama, o cuando casi la hice mía contra la pared.

Me acerqué a esa misma pared, apoyé la espalda en ella, me dejé caer hasta el suelo, e hice algo que no había hecho desde niño: lloré. Lloré de impotencia, rezando para que las lágrimas se llevaran todo el dolor que sentía, mientras miraba en el móvil la imagen de mi amada.

Capítulo 13

A pesar de que no escuché la puerta al cerrarse, supe perfectamente el momento en que Marcus se fue. La casa quedó completamente vacía. Me acerqué a la cama y me senté, sujetándome la cabeza con las manos.

«Se ha ido.

Me he quedado sola. Otra vez».

Me cubrí la cara con las manos, y noté que tenía la piel mojada. Estaba llorando y no me había dado ni cuenta.

El teléfono empezó a sonar, me sequé las lágrimas de las mejillas con las manos y me sorbí los mocos.

—¿Diga?

—¿Alison? ¿Dónde estás?

—En casa.

—¿No se suponía que íbamos a abrir hoy la tienda?

—Sí.

—¿Estás bien? —me preguntó Brenda, preocupada.

«Estoy de todo menos bien», pensé, y nuevas lágrimas brotaron de mis ojos.

—Ahora voy —dije antes de colgar.

Me metí al baño, me lavé la cara y me encaminé hacia la tienda. No era consciente de lo que estaba pasando a mi alrededor. Solo podía ver todo lo que la cara de Marcus reflejaba: dolor, pena, resentimiento... Y todo eso lo había puesto yo ahí. Nunca pensé que llegara a enterarse de que estaba enferma; pero claro, tampoco pensé que llegaría a enamorarme de él, y había ocurrido.

Cuando entré en la tienda, Brenda salió del obrador, agitada.

—¡Ya era hora! Los clientes ya han venido a por sus pedidos y... ¿te ocurre algo?

Alcé la vista para encontrarme con su mirada y caí al suelo de rodillas.

—¡Alison!

Brenda salió corriendo de detrás del mostrador y se acercó a mí.

—¿Qué te pasa? Dime algo. ¡Alison!

—Se ha ido...

—¿Quién se ha ido?

Estaba a mi misma altura, así que fue fácil encontrar sus ojos.

—Marcus se ha ido...

Nuevas lágrimas se agolparon en mis ojos, y en cuanto Brenda me abrazó y me apretó contra su cuerpo, las dejé salir, soltando todo el dolor que tenía dentro.

No sé cuánto tiempo estuvimos las dos arrodilladas en el suelo de la tienda, pero Brenda no aflojó el abrazo en ningún momento. Cuando conseguí controlar la respiración, me separé de ella y fui al baño de la parte de atrás, para limpiarme la cara. Al regresar vi que el cierre de la entrada estaba medio bajado, señal de que la tienda estaba cerrada. La verdad es que no me encontraba con fuerzas para trabajar.

—Ahora mismo te vienes conmigo a casa y me cuentas todo lo que ha pasado.

—No hay nada que contar.

—Digo yo que algún motivo habrá para que Marcus se haya ido.

—Se ha ido porque soy una mentirosa. Le he mentado, le he ocultado algo importante, al igual que a ti.

—Bueno, vayamos a casa y hablemos.

La casa de Brenda estaba vacía, lo cual agradecí. No había necesidad de que su madre también se preocupara. Me dejó sentada en el salón y se fue a preparar dos tilas. Después regresó, dejó las tazas en la mesita baja y se sentó a mi lado.

—Cuéntame, ¿qué es lo que ha pasado?

Bebí unos sorbos de tila antes de empezar a hablar.

—Estoy enferma.

—Eso ya lo sé.

—No. Tú crees que tengo un virus, pero no es así.

—¿Entonces qué es lo que te ocurre?

—Tengo cáncer de estómago, en fase terminal. Noté que Brenda contuvo la respiración.

—¿Por qué no has dicho nada?

—No quería preocuparos.

—Por eso tenías esa cara el día que te dieron los resultados.

—Sí.

—Y cuando te pasó lo del baño, ¿también fue por eso?

—Sí.

—¿Marcus lo sabe? —dijo afirmando más que preguntando.

—Se ha enterado esta mañana.

—¿Te ha dejado sola porque estás enferma? ¡Menudo cabrón!

—Hay algo de Marcus que no sabes.

—¿Más sorpresas? —preguntó con recelo.

—Marcus no es mi novio. Es un chico de compañía que encontré en Internet,

y le contraté. Quería vivir todo tipo de experiencias, y le convencí para que se hiciera pasar por mi novio.

—¿Contrataste a un gigoló para perder tu virginidad? —la miré con mala cara—. Perdona, sigue.

—Le dejé claro todo lo que quería de él, y empezamos a vivir juntos. Nos llevábamos bien, la convivencia era sencilla, agradable. Pero todo cambió cuando fuimos a Pienza. Estaba siempre cogiéndome de la mano, pendiente de mí, besándome y abrazándome a la menor oportunidad... —giré la cabeza en su dirección antes de continuar—. Estoy enamorada de él —dije justo antes de que dos nuevas lágrimas abandonaran mis ojos. Brenda también tenía los ojos llorosos.

—¿Y cómo se ha enterado él de lo del...? —dejó la frase sin terminar.

—Yo me estaba duchando cuando sonó el teléfono, y Marcus lo cogió. Llamaban del hospital para decirme que me tengo que presentar el miércoles en la consulta para hablar con los médicos. Luego yo le conté la verdad, y me dijo que no podía quedarse. También me dijo que me quería, y me devolvió el dinero que le di como pago por sus servicios.

Brenda se levantó del sillón negando con la cabeza.

—Aún no entiendo por qué no me has contado nada.

—No te enfades tú también, por favor.

—Eres mi mejor amiga; claro que estoy enfadada. Creía que confiabas en mí.

—No dije nada porque no quería hacer daño a la gente que me importa; pero por lo visto, he conseguido todo lo contrario —dije, quebrándoseme la voz al final.

Volví a llorar desconsoladamente, y Brenda se sentó a mi lado para abrazarme otra vez. En ese momento escuché que la puerta de la calle se abría, y poco después apareció la madre de Brenda.

—Hola, chicas. ¿Qué hacéis en casa? Pensaba que hoy... ¡Alison! Cariño, ¿qué te pasa?

—Voy a prepararte el cuarto para que te acuestes un rato, necesitas descansar —dijo Brenda poniéndose de pie.

Tatiana ocupó el lugar de su hija en el sillón, y me di cuenta de que Brenda le hacía un gesto a su madre para que no siguiera preguntando.

—Sabes que estoy aquí para lo que necesites, cualquier cosa, lo que sea. Puede que no seas mi hija, pero yo te quiero como si lo fueras.

Le rodeé el cuello con mis brazos.

—Gracias, Tatiana.

—Ay, mi niña —dijo acariciándome la cabeza.

—Ya tienes el cuarto preparado —dijo Brenda desde la puerta del salón

minutos después.

—Gracias.

Me levanté del sillón, fui a la habitación de invitados y cerré la puerta. Sabía que Brenda le contaría todo a su madre, pero ya nada me importaba. Solo quería meterme en la cama y dormir para soñar con que todo había sido una horrible pesadilla.

El miércoles llegó, y ahí estábamos Brenda y yo, sentadas en la sala de espera de la consulta del médico. Vi que el doctor Peterson llegaba y me hizo una seña con la cabeza para que entrase. Dentro estaba el doctor Wilson, detrás del escritorio, quien al verme se levantó y se acercó para darme la mano.

—Tumbate en la camilla.

Me tumbé boca arriba y me descubrí el estómago. El doctor Wilson me fue palpando toda la zona.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien —dije sin ánimo.

—Pues no lo parece.

Me hundió los dedos en el lugar donde más solía dolerme y me quejé.

—Vale. Cúbrete y siéntate en la silla.

Hice lo que me dijo y me senté al lado de Brenda.

—Me llamaron a casa para que viniera hoy.

—Sí, te llamé yo y me contestó un hombre.

—Sí, lo sé —dije bajando la cabeza.

Miré al doctor Wilson, y supe que se hacía una idea de lo que había pasado. El doctor Peterson comenzó a hablar.

—Te hemos llamado porque ha habido una confusión con tus pruebas.

—¿Qué tipo de confusión?

—Cuando te hicieron las pruebas se equivocaron al escribir tu número de expediente, y pusieron el de otra mujer.

—¿Y no vieron que no se llamaban igual? —intervino Brenda.

—Tú te llamas Alison Gallardo Méndez, y la otra paciente Allison Galiardo Menéndez. Los nombres son muy parecidos y no nos dimos cuenta —comenzó a explicarme el doctor Wilson.

—Hace dos noches ingresó de urgencia esta mujer y falleció a las pocas horas. Estuve repasando su caso, pues me parecía raro que falleciera de forma tan repentina cuando sus pruebas no dieron muestra de cáncer en la última revisión, sino que presentaba varias úlceras. Entonces vi que el número de expediente que aparecía en las pruebas no era el mismo que el que tenía yo en el ordenador, y así fue cómo descubrí que se había cometido el error de intercambiar sus pruebas con las tuyas.

Apenas me estaba enterando de nada.

—Lo que el doctor Peterson quiere decir es que no tienes cáncer, sino pequeñas úlceras que, aunque inofensivas, son muy molestas. Menos mal que solo te dimos calmantes y no medicación contra el cáncer.

Abrí los ojos como platos. Casi no me lo creía. «¿No tengo cáncer?».

—Gracias a Dios —dijo Brenda dándome un fuerte abrazo que yo no le devolví.

—¿Y qué es lo que tengo que hacer ahora?

—Te mandaré un nuevo tratamiento que debes seguir rigurosamente, y en poco tiempo estarás recuperada.

—Siento lo de su paciente —le dije al doctor Peterson.

—Yo también.

El doctor Wilson me mandó el nuevo tratamiento y salimos de la consulta, no sin que antes la enfermera me apuntara en la agenda para una revisión. Ya en la salida, Brenda volvió a darme un abrazo.

—¡Que no tienes cáncer!

—Lo sé.

—No pareces contenta de saber que no vas a morir.

—Lo estoy; pero lo que se suponía que iban a ser unas pocas semanas de dolor por no volver a ver a Marcus, ahora van a convertirse en toda una vida de tristeza y vacío.

—Seguro que algo se podrá hacer.

—No hay nada que hacer. Me dijo que no podía quedarse conmigo. No va a volver.

Brenda me dio un tercer abrazo, pero éste no era de felicitación, sino de consuelo.

* * *

«Ya ha pasado una semana desde que me enteré de la terrible noticia. Una semana desde que salí de casa de Alison. Una semana de muerte en vida.

Aún no he podido comprender por qué no me dijo nada. ¿Cuál se suponía que era el plan? ¿Esperar a estar en las últimas? ¿O a morir en mis brazos?».

La puerta de mi habitación se abrió de golpe y entró Alec como una exhalación.

—¡No quiero ver a nadie! —bramé.

—Y yo no quiero ver cómo mi amigo se desintegra. Te he dejado una semana entera y sigues igual. Por cierto, aquí huele a muerto, así que ya estás tirando al baño a ducharte.

«Muy acertada la comparación», pensé.

Me levanté del suelo, cogí ropa limpia y me metí en el baño. Abrí el grifo del agua caliente y me desnudé. Cuando el agua empezó a recorrer mi cuerpo recordé los momentos tan buenos que pasamos Alison y yo en la ducha y en el mar.

Alison...

Di un puñetazo tan fuerte a las baldosas de la pared que rompí una y me corté los nudillos.

Dejé que el agua limpiara la sangre, y me dispuse a ducharme. Cuando terminé, me afeité y me puse la ropa limpia.

Al salir, Alec ya había ventilado mi habitación y sacado la ropa de la bolsa de deporte. Fui al salón y lo encontré esperándome sentado en el sofá.

—Mucho mejor. Ahora cuéntame por qué estás así.

—Es por Alison —dije sentándome a su lado.

—¿Ya se ha cansado de ti? —me preguntó en broma.

—Se está muriendo.

El silencio se apoderó de la sala.

—¿Cómo que se está muriendo?

—Tiene cáncer.

—Lo siento, tío —dijo palmeándome el hombro.

—Tenía pensado dejar pasar unos días para decirle que la quería, que quería pasar el resto de mi vida junto a ella, y ahora... —apoyé los codos en las rodillas y me cubrí la cara con las manos—, ahora ya nada importa.

—La quieres de verdad.

—Daría mi vida si con eso consiguiera salvar la suya.

—Pues ve con ella —giré la cabeza para mirarle—. ¿No has dicho que querías pasar la vida con ella? Pues pasa el resto de su vida a su lado; demuéstrole que no está sola, que la quieres de verdad. Te arrepentirás si no lo haces.

—Tienes razón —ambos nos levantamos del sillón—. Gracias, tío —dije dándole un fuerte abrazo.

—Bueno, bueno, mariconadas, las justas —dijo sonriendo y apartándome con las manos—. Ánimo —me dio un apretón en el hombro.

—Gracias, amigo.

Cogí las llaves del coche y puse rumbo a casa de Alison. Llamé al portero, pero no contestó nadie. A pesar de que era por la tarde, todavía era temprano para que la tienda cerrase, así que fui para allá. Al entrar apareció Brenda, y por la cara que puso, supe que estaba molesta conmigo.

—Hola.

—¿Qué quieres? —dijo cruzando los brazos sobre el pecho.

—He venido a hablar con Alison.

—Te fuiste cuando más te necesitaba.

—Lo sé, por eso quiero pedirle perdón.

—Pues es una pena, porque ella ya no está.

«No.

No.

Eso no puede ser verdad. No puede ser que... ella no está... me dijo que aún le quedaba tiempo... Alison...».

Fui retrocediendo hasta salir de la tienda. Tenía que salir de allí. Empecé a andar por la calle y llegué a la floristería en la que Alison compró una vez flores. Entré, compré una rosa roja y puse rumbo al cementerio. Di por hecho que estaría en la tumba de sus padres, así que fui allí. Al llegar vi que había más flores que la última vez cubriendo casi por completo la lápida. Me puse a los pies de la tumba y toqué la fría piedra con la mano.

—Alison... —las piernas me fallaron y caí de rodillas al suelo—. Alison...

El dolor que había sentido esos días no era nada comparado a lo que estaba sintiendo. Ni las lágrimas derramadas conseguían aliviarme.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Giré la cabeza en la dirección a la voz, y pensé que era todo producto de mi imaginación. Alison no podía estar ahí de pie, mirándome.

—¿Marcus?

Aquello no era una ilusión, era real. Alison estaba delante de mí, viva, pero más demacrada que la última vez que la vi. Me levanté del suelo y corrí a abrazarla.

—Alison...

Parecía más pequeña, había perdido peso.

—Marcus... Marcus... no me dejas respirar...

Me aparté de ella de inmediato. No tenía ningún derecho a hacer lo que había hecho, pero la alegría de volver a verla me nubló.

—Lo siento —dije secándome con el dorso de la mano las lágrimas que me corrían por la barbilla.

—¿Qué haces aquí?

—Quería verte. Fui a tu casa, pero no me abriste la puerta. Entonces fui a la tienda y hablé con Brenda. Me dijo que no podía verte porque tú ya no estabas...

—Salí hace un rato para comprar flores a mis padres —dijo, enseñándome el ramo aplastado que no había visto antes—. Vine por otro camino y me encontré a una antigua vecina.

—Creí que... estabas...

—Puedes decirlo —esperó a que yo terminara la frase, pero no lo hice—. Muerta —concluyó.

—Perdóname por marcharme así.

Se acercó a la lápida, dejó las flores que traía y levantó la rosa que yo había colocado antes a los pies.

—La he traído yo. Me recordaba a ti. Quiero disculparme por todo lo que...

—Aquí no. Vayamos a mi casa.

En el camino de vuelta no hablamos, no nos miramos, no nos rozamos. Solo caminábamos uno al lado del otro, como si fuéramos dos desconocidos que iban a un mismo lugar.

Ya en su casa, nos sentamos en las sillas que rodeaban la mesa del salón. Entrelacé los dedos y me los quedé mirando, esperando a que dijera algo, pero permaneció callada.

—Lo siento —dije sin mirarla; me daba mucha vergüenza.

—Eso ya lo has dicho.

—Pero no lo suficiente.

—¿Por qué has venido?

—Me sentía solo. Me he pasado todos estos días encerrado en mi habitación, mirando tu foto en el móvil mientras me compadecía de mí mismo, cuando en verdad, no tenía ningún derecho a hacerlo. Entonces Alec me abrió los ojos.

—Antes de que sigas quiero contarte algo.

—Déjame terminar —la miré y vi que inclinaba la cabeza para que continuase—. Aún no he asumido que voy a perderte, pero hasta que eso ocurra, quiero pasar todo el tiempo a tu lado, cuidándote si quieres, amándote si me dejas, porque estoy enamorado de ti.

—Marcus...

—Lo confirmé la primera noche que hicimos el amor en Pienza; pero me di cuenta que te quería desde antes. Puede incluso que me conquistaras el día que me hiciste la encerrona en el parque para hablar conmigo —esbozó una sonrisa que no le llegó a los ojos—. Cada día a tu lado ha sido una aventura. Me has hecho ver cosas que antes no veía, sentir cosas que nunca había sentido, me has hecho ver que no estaba solo, que podía contar contigo. En cambio, yo, a la primera oportunidad que tuve, salí huyendo como un cobarde.

—No eres un cobarde.

—El día que te desmayaste en el baño sentí miedo porque no sabía si te iba a perder. Hace una semana sentí pánico porque supe con certeza que te iba a perder, que ya te estaba perdiendo. Pero he vuelto, y pienso quedarme hasta el final.

Nos miramos a los ojos y vi que Alison los tenía llorosos. Le acaricié la

mejilla, y las lágrimas brotaron de sus ojos.

—Ten cuidado con lo que dices, puede que te arrepientas.

—No me arrepiento de nada de lo que te acabo de decir.

—Hasta el final puede ser demasiado tiempo —me dijo sonriendo.

—No me hace ninguna gracia, esto no es divertido.

—Como bien sabes, hace unos días fui a ver a los médicos, y me han dicho que tengo vida para rato.

—Pero... el cáncer...

—No tengo cáncer. Hubo un error con otra paciente que sí que tenía cáncer. De hecho, ha fallecido.

«¿Un error? No estoy entendiendo nada».

Vio mi cara de incertidumbre y se dispuso a explicarse.

—La mujer y yo nos llamamos, o mejor dicho, nos llamábamos casi igual; y los médicos no se dieron cuenta de que los nombres estaban mal puestos, hasta que la mujer murió y el oncólogo que me vio a mí se dio cuenta.

—¿Entonces no tienes cáncer?

—No.

—¿Y qué es lo que te pasa?

—Tengo pequeñas úlceras que, si sigo el tratamiento que me han puesto y voy a las revisiones, no tienen por qué darme problemas.

Solté un suspiro de alivio. «Alison no está enferma, o por lo menos, no tan enferma. Y va a vivir. Y va a recuperarse. ¡Va a vivir!».

La agarré la mano que tenía sobre la mesa, me levanté, tiré de ella hasta que se puso también de pie, la rodeé con mis brazos y la besé, expresando en ese beso todo lo que sentía por ella.

Tuvimos que separarnos para coger aire y juntamos las frentes.

—Tengo otra cosa que decirte.

Separé la cabeza de la suya para verle la cara, pero sin deshacer mi agarre.

—En Pienza, después de la fiesta de despedida que nos preparó Antonella, te vi por la ventana mientras la ayudaba a recoger.

—¿Cómo que me viste? ¿A qué te refieres?

—Saliste a despedirte de tus amigos, y una de las chicas se te colgó del cuello. Tú no la apartaste, sino que la abrazaste. No me gustó, porque ya estaba enamorada de ti.

—¿Te pusiste celosa?

—Muy celosa.

—Ya sabes lo que sentí yo cuando el hermano de Brenda te comió con los ojos delante de mí.

Sonreímos y volvimos a besarnos.

—Otra cosa más. No tengo nada en contra de tu trabajo, pero sí con que lo practiques tú. Quiero que lo dejes. Quiero ser la única mujer en tu vida.

—Dejé el trabajo el día que regresamos del viaje. Por eso quedé a comer con Alec, para comentárselo.

Esta vez fue Alison la que inició el beso.

—¿Será esto la felicidad? —preguntó sonriendo.

—Si es lo mismo que siento yo cuando estoy contigo, entonces sin duda —dije dándole un beso en la nariz.

—Bésame —demandó.

—Tranquila, cariño, tenemos toda la vida —dije antes de apoderarme de su boca.

Y era cierto. Teníamos toda la vida por delante.

Esta primera edición de
El gigoló seducido, de Noelia González Fernández,
terminó de imprimirse el veinte de agosto de dos mil dieciséis
en los talleres de Safekat, S.L. en Madrid.